



DÍA 6

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 6

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Si no lo hace, los zombis se comerán su cerebro.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

DÍA 6

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIECISÉIS

17. DIECISIETE

18. DIECIOCHO
19. DIECINUEVE
20. VEINTE
21. VEINTIUNO
22. VEINTIDÓS
23. VEINTITRÉS
24. VEINTICUATRO
25. VEINTICINCO
26. VEINTISÉIS
27. VEINTISIETE
28. VEINTIOCHO
29. VEINTINUEVE
30. TREINTA
31. TREINTA Y UNO
32. TREINTA Y DOS
33. TREINTA Y TRES
34. TREINTA Y CUATRO
35. TREINTA Y CINCO
36. TREINTA Y SEIS

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo

Lee *Día 0* gratis ahora.

Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 6

Lo siguiente sucede el Jueves, 31 de julio en Dinamarca

UNO

—¡No permitas que le caiga arena!

—No, lo prometo.

—Bien, porque si le cae, no lo hacemos.

—No te preocupes, amor. Seré cuidadoso.

—¡Y no uses tus dientes para abrirlo! ¿No sabes que no puedes hacer eso?

—¿Por qué no?

—Porque sólo le harás un agujero. Entonces no servirá de mucho, ¿verdad?

Ricky suspira y le entrega el paquete de condón a Grace. —Bien, creo que es mejor que lo hagas tú.

—Yo también lo creo —dice ella, sonriéndole.

No puede evitar admirar lo bonita que es, tumbada en la manta en el tenue resplandor de la tarde, vistiendo sólo su camiseta y bragas. Venir aquí a la playa fue idea de ella, pero tener intimidad fue cosa de él, y aún no puede creer que haya dicho que sí; generalmente, ella es muy tímida cuando están en público. Por suerte, guarda una manta en el maletero y un condón en su billetera.

—¿Estás segura de que no hay nadie alrededor? —pregunta ella de nuevo, trabajando con el paquete.

—Estoy seguro —dice él, echando un vistazo a lo largo de la costa. No hay más coches y las últimas fogatas ya se han apagado. En el mar, las luces de un solo barco parpadean en la oscuridad—. Todos los viejos ya se han ido a casa. Hay un barco en el agua, pero no pueden vernos aquí arriba. Lo tenemos todo para nosotros.

Se inclina y le besa la mejilla.

—No puedo ver lo que estoy haciendo —ríe ella, empujándolo.

—Tal vez deberíamos arriesgarnos —sugiere Ricky, besándola de nuevo—. Estás tomando la píldora, ¿verdad?

—No, no lo estoy, y no voy a tener tu bebé sólo porque no puedas esperar un minuto. Maldita sea, esto es realmente difícil de abrir...

—Te dije que lo era.

—Es porque has babeado sobre él, ¿verdad? Lo has dejado todo resbaladizo.

—Estoy a punto de babear sobre ti —dice juguetón, separando sus piernas.

Ella ríe, pero esta vez no lo empuja.

Ricky está a punto de inclinarse, cuando un sonido corta el silencio de la noche. Es un sonido prolongado y crujiente. Como algo pesado siendo arrastrado por la arena.

—¿Qué fue eso? —dice Grace, sentándose.

—Eh —dice Ricky, mirando hacia la playa—. No lo sé, creo que... mira. El barco. Ha desembarcado.

Grace sigue su dedo mientras él señala. Las luces en la parte superior del barco siguen parpadeando. —Oh, ¿Crees que están viniendo aquí entonces?

—No lo sé, parece que sí.

—No podemos hacerlo entonces —dice ella, subiendo sus pantalones.

—No, espera —protesta Ricky—. Vamos, amor...

—¡No lo haré con unos marineros mirando! —dice firmemente.

Ricky suspira y se sube sus propios pantalones. Mira el barco de nuevo, deseando mal a quien esté en él. Entonces nota algo extraño.

—Espera —murmura.

—¿Qué? —Grace ya se ha levantado y se está poniendo los zapatos.

—Es raro, ¿verdad? La forma en que está inclinándose hacia un lado.

Ella mira el barco y se encoge de hombros. —No tengo idea. Nunca he aparcado un barco. O desembarcado. O como se llame.

—Yo tampoco, pero estoy seguro de que no es así como se hace —dice Ricky, casi hablando consigo mismo ahora. Mirando el barco, tiene una sensación extraña de que algo no está bien. Parece que ha sido navegado directamente hacia la playa a toda velocidad. Está a medio salir del agua e inclinado pesadamente hacia la derecha. Además, juzgando por la espuma que sale de la parte trasera, la hélice aún está funcionando.

Entonces finalmente se da cuenta de lo que encendió su preocupación; algo que sólo su subconsciente captó a primera vista.

—Maldición —dice—. Las luces. Mira las luces. ¡Están parpadeando S-O-S!

—¿Qué? —pregunta Grace, mirándolo a él y luego al barco—. ¿Estás seguro?

—Positivo —dice Ricky, saltando a sus pies—. Están en problemas, Grace. Necesitamos ayudarlos. Llama al 9-9-9.

—¡No puedo! Dejé mi teléfono en el coche.

—Entonces usa el mío. —Ricky lo saca y se lo lanza.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella, atrapando el móvil torpemente.

—¡No lo sé! —dice y corre hacia la playa.

Llega al barco y estira el cuello para ver a través de las ventanas frontales, pero no puede distinguir a nadie allí. En cambio, salta, agarra la barandilla y se sube a bordo. Luego camina hacia el lado, todavía mirando a través de las ventanas estrechas. No puede ver a nadie, pero el interior del barco parece haber tenido una gran pelea; las cosas están tiradas por todos lados y... Ricky jadea al ver la sangre manchando la pared y el suelo.

Joder, algo muy malo pasó aquí...

—¡Ricky!

Gira la cabeza para mirar atrás y ve a Grace acercándose, agitando su teléfono.

—¡Ya vienen! ¡La policía está en camino!

—¡Bien! —le grita de vuelta—. ¡Pero aléjate, Grace!

—¿Qué?

—¡No vengas aquí!

Ella se detiene a una distancia prudente, luciendo muy preocupada.

Ricky está a punto de saltar del barco y correr de regreso a Grace cuando oye algo desde abajo. Un golpe y un gemido.

¿Qué fue eso?

Entonces oye a alguien llorar. Suena como un niño.

—¿Hola? —llama—. ¿Hay alguien allí?

Espera una respuesta. Pasan varios segundos. Entonces, finalmente, una voz fina de niña llama desde dentro del barco: —¡Hjælp!

Aunque la palabra no está en inglés, Ricky no necesita una traducción para adivinar lo que significa.

—¡Espera! —grita—. ¡Voy para allá!

Va a la parte trasera del barco y se sube a la cubierta. Luego abre la puerta al interior. Un hedor a sudor y sangre sale inmediatamente.

Ve las escaleras que conducen a la parte inferior del barco. Desde allí puede oír los gemidos y los movimientos aún más fuerte.

¿Qué es eso? ¿Algún tipo de animal?

Ricky entra y se acerca a las escaleras. Se agacha y mira a través de la apertura en el suelo.

Y entonces ve que es lo que está haciendo el ruido.

Tres personas, dos hombres y una mujer, todos apretados en la esquina, empujándose y pellizcando un armario. La superficie de madera está completamente cubierta de arañazos, lo que le dice a Ricky que los tres han estado en ello durante bastante tiempo.

Sus ropas están rasgadas en varios lugares, y todos tienen heridas grandes y sangrantes. A la mujer incluso le falta un brazo; el muñón sangriento hace que parezca que la maldita cosa fue mordida.

—Joder —respira Ricky, mientras las piezas finalmente encajan.

La cosa horrible que se está extendiendo por Dinamarca. Un virus, lo llaman los medios. Zombies, lo llaman otros.

Sea lo que sea, estas personas obviamente lo tienen. Y algo, o alguien, está atrapado dentro de ese armario.

—¡Hjælp! —la voz llama de nuevo, confirmando el pensamiento de Ricky—. ¡Vær sød at hjælpe os!

Ricky quiere ayudar al niño desesperadamente, pero no tiene idea de qué hacer.

Entonces uno de los hombres de alguna manera logra abrir el armario medio centímetro y mete sus dedos por la grieta.

Un grito se escucha desde dentro del armario mientras el niño dentro de él, tira de la puerta, comenzando un tira y afloja con el hombre.

—¡Oye, tú! —grita Ricky—. ¡Y antes de saber lo que está haciendo, agarra una botella del suelo y se la lanza a la espalda del hombre—. ¡Mira aquí! ¡Aquí! ¡Mírame!

La mujer es la primera en darse la vuelta, seguida por el otro tipo. Ricky deja escapar un jadeo al ver sus ojos blancos y abultados. Entonces, justo cuando comienzan a venir hacia él, el segundo tipo pierde su agarre en la puerta, y el armario se cierra de golpe. El tipo parece darse cuenta de que es una causa perdida, y se da la vuelta y se une a los otros para caminar hacia Ricky.

Ricky no ve nada de esto, ya que está ocupado saliendo de allí. Se pone de pie y corre afuera. Da la vuelta a la parte delantera del barco y salta a la arena, justo cuando los zombies salen a la cubierta.

—¡Ricky! —grita Grace—. ¿Qué pasó?

—¡Aléjate! —grita Ricky, agitándole frenéticamente—. ¡Corre, Grace! ¡Corre al coche!

Mira hacia atrás para ver a la mujer caer al agua con un chapoteo. Ella se levanta y comienza a dirigirse hacia la orilla. Los hombres también no pierden tiempo en caminar alrededor del barco, sino que simplemente caminan directamente hacia la barandilla y se vuelcan.

Ricky sigue retrocediendo hacia la playa, sin atreverse a apartar los ojos de los zombies. Por suerte, se están moviendo muy lentamente, y no tendrá problemas para escaparse de ellos. Pero primero necesita asegurarse de que el niño esté bien.

Se lleva las manos a la boca y grita hacia el barco:

—¡Está bien! ¡Puedes salir ahora!

Se da cuenta de que probablemente el niño no lo entenderá.

Pero entonces, en el siguiente instante, ve la cabeza de un niño apareciendo en la cubierta. Seguido por una niña. Se están abrazando y mirando alrededor como un par de pequeños animales asustados. Hasta donde Ricky puede ver, ambos están ilesos.

Lo que ha sucedido en ese barco mientras cruzaba el mar desde Dinamarca es casi demasiado horrible para que Ricky lo pueda imaginar. Deben haber traído la enfermedad con ellos, tal vez sin saberlo, y una vez que estalló, los niños lograron esconderse en el armario mientras los adultos se atacaban entre sí.

Dios mío... esos pobres niños. ¿Cuánto tiempo han estado atrapados en ese armario? ¿Escuchando a sus padres devorarse vivos?

Una mano en su hombro hace que Ricky grite y se gire, sólo para ver a Grace mirándolo, sus ojos muy abiertos y en shock.

—¿Estás bien, amor?

—Estoy bien, no me pasó nada —dice Ricky—. Salgamos de aquí.

Corren hacia el coche. Ricky saca las llaves, desbloquea las puertas y se lanza al volante.

Grace toma el asiento del pasajero y se abrocha el cinturón de seguridad.

—Apresúrate, amor —le dice, respirando rápido—. Están viniendo.

Él mete la llave en el encendido y mira hacia fuera para ver que ella tiene razón; ambos hombres están tambaleándose hacia el coche. Sin embargo, la mujer se ha desviado del camino y se dirige hacia otro lugar. Ricky sigue su dirección y ve otro coche estacionado un poco más abajo en la playa. Una pareja de ancianos está de pie junto al coche.

—Oh, maldición —susurra Ricky—. ¡Aléjense de ahí!

Toca la bocina, y la pareja de ancianos aparentemente lo escucha, porque giran sus cabezas en su dirección. Sin embargo, no prestan atención a la advertencia, ya que comienzan a caminar hacia la mujer, probablemente porque parece alguien que necesita ayuda.

—¿Son esos... niños? —pregunta Grace, señalando hacia el barco.

Ricky sigue su dedo y ve al niño y la niña saltar a la playa y correr en dirección opuesta.

—Bien —susurra, sintiendo un alivio mínimo—. Niños listos. Están huyendo.

Uno de los hombres, que va un poco más lento que el otro gracias a que le falta un gran trozo de su pantorrilla, aparentemente percibe a los niños, porque se detiene, se da la vuelta y comienza a perseguirlos. Los niños se dirigen hacia el lugar donde Ricky y Grace estaban acostados en una manta, hace sólo unos minutos, preparándose para hacer el amor. Están corriendo rápido, con suerte lo suficientemente rápido para que el tipo no los alcance.

Ricky nunca lo sabrá, ya que los tres pronto desaparecen de la vista detrás de las colinas.

—¡Ricky! —la voz aguda de Grace lo saca de sus pensamientos.

El segundo hombre ha llegado al coche y choca contra él justo al lado de Ricky, haciendo que el coche se tambalee. Gime y se tambalea por la ventana, dejando marcas pegajosas de sangre.

Grace grita y Ricky gira la llave, despertando el motor con un rugido y poniendo el coche en reversa. Retrocede lo suficientemente rápido como para hacer que la arena vuele, y por un momento teme que se queden atascados. Luego, el coche se mueve hacia atrás, haciendo que el zombie se caiga.

Ricky retrocede, se detiene y lo pone en marcha, luego acelera y se dirige hacia la carretera que sale de la playa.

En el espejo retrovisor ve al tipo levantándose de nuevo, ahora todo cubierto de arena. Y más atrás puede ver el coche de la pareja de ancianos. La pareja de ancianos también es visible, aunque ambos están en el suelo, y la mujer está agachada sobre ellos. Desde aquí, a Ricky le puede parecer que está realizando RCP en ellos, pero sabe que está lejos de la verdad.

—Oh Dios —sigue repitiendo Grace, retorciéndose en el asiento—. Oh Dios, ¿qué acaba de pasar?

Ricky gira hacia la carretera, y tan pronto como la arena se convierte en asfalto, presiona el acelerador aún más.

Dos coches de policía en blanco y negro pasan junto a ellos, con las sirenas aullando.

—Ya están aquí —dice Grace, llorando ahora, pero con un tono de esperanza en su voz—. No puedo creer lo rápido que vinieron. Lo pararán, ¿verdad, Ricky? Detendrán a esas personas horribles.

—Lo harán —asiente Ricky, mirando en el espejo retrovisor para ver los coches de policía dirigirse a la playa—. Lo harán —dice de nuevo, pero teme que ya sea demasiado tarde. Teme que la policía no pueda detenerlo. Teme que los muertos vivientes ya han llegado a Gran Bretaña.

DOS

Dennis se sienta en la tapa del inodoro, y observa en silencio mientras mamá hace los preparativos finales.

Aunque ha visto a su madre hacer sus rituales muchas veces, todavía le llenan de inquietud. El hecho de que esta vez mamá lo esté haciendo en un baño, no lo hace menos escalofriante.

Ella ha puesto el colchón a un lado, apoyándolo contra la pared y despejando un lugar en el suelo de concreto. Aquí, ha esparcido arcilla y tiza molidas en un patrón meticuloso formando un círculo con picos. En la punta de cada pico hay una vela blanca encendida. También hay plumas negras que bordean el círculo.

Mamá ha apagado las luces, por lo que las llamas de las velas son lo único que ilumina la habitación abarrotada; el aire huele a humo, y Dennis hace lo posible por no toser.

Mamá también se ha dibujado líneas en la cara con sangre de una pequeña herida en el dedo que se hizo con una aguja. A Dennis le recuerda la pintura que usan en la guerra los indios.

En el medio del círculo está la muñeca, que mamá pasó todo el día de ayer tejiendo. Para Dennis, parece algo con lo que jugaría un niño, excepto por el hecho de que no tiene cara ni ropa.

Mamá está sentada con las piernas cruzadas en el suelo, con los ojos cerrados, el libro abierto en su regazo, y está recitando los versos en un murmullo suave. Dennis sólo entiende algunas frases aquí y allá, el resto es jerga.

Esta parte del ritual, la recitación del libro, siempre es la más larga y tediosa, y Dennis sigue encontrándose a sí mismo cabeceando.

Entonces, de repente, oye pequeños sonidos crepitantes cuando las llamas de las velas comienzan a parpadear. Se endereza. Esto significa que el ritual está llegando a su fin.

Mamá deja el libro a un lado y cuidadosamente recoge algo del suelo. Dennis no puede ver qué es, pero lo sabe: es el mechón de cabello que mamá arrancó de la cabeza de Silas sin que él lo

notara.

Lo sostiene entre dos dedos y lentamente pone la punta en una de las velas. Se puede ver un breve resplandor cuando la punta del cabello se derrite. Todas las otras velas también reaccionan, sus llamas crecen más, alcanzando el techo, luego disminuyen de nuevo.

Mamá recoge la muñeca y la coloca contra su frente, luego contra su barbilla, luego contra sus labios, mientras susurra suavemente. Dennis capta algunas de las palabras, y le ponen la piel de gallina.

—... llamamos a ti, oh espíritus del más allá y de la oscuridad eterna, llamamos a ti para que tu fuerza sirva a este tótem de bien y mal, llamamos a ti para que cierres el vínculo firmemente, lo suficientemente firme como para que nunca se desate sino por tu voluntad...

Ella coloca la punta derretida del cabello en el pecho de la muñeca, apretándola con su pulgar. Luego, frunciendo los labios, voltea la muñeca, respira profundamente y exhala sobre la parte posterior de la cabeza de la muñeca.

No es como si estuviera soplando fuerte, simplemente dejando salir su aliento. Pero la habitación reacciona como si una tormenta la barriera. Las velas parpadean y se apagan una tras otra, el polvo en el suelo es soplado en todas direcciones, las plumas salen volando, y Dennis incluso siente que el aire es succionado por sus pulmones.

Entonces, cuando la última vela se apaga, todo ha terminado.

Todo cae en un silencio muy profundo. La oscuridad es espesa como el alquitrán. Dennis alcanza automáticamente el interruptor de la luz, encendiendo las luces del techo revelando la habitación.

Mamá está sentada allí con los ojos cerrados, abrazando la muñeca, con una pluma descansando sobre su hombro.

Dennis contiene la respiración, su corazón está latiendo con fuerza en su garganta.

Mamá parpadea como si despertara de un sueño profundo. Mira alrededor como si no pudiera recordar qué ha estado pasando. Sostiene la muñeca frente a ella, dándole la vuelta lentamente, la examina de cerca, como si tratara de distinguir algún detalle minúsculo que nadie más puede ver.

Finalmente, una sonrisa se forma en sus labios.

—Funcionó —dice, mirando a Dennis—. Funcionó.

—Genial —dice Dennis, forzando una sonrisa—. Entonces, ¿qué sigue, mamá?

Mamá mantiene la mirada en Dennis. La sonrisa todavía está en su rostro, pero se ha convertido en algo mucho menos alegre, algo más parecido a una mueca, las líneas rojas oscuras de sangre en su cara de repente parecen malvadas.

—¿Ahora? —susurra ella—. Ahora nos vamos de aquí.

TRES

Nasira no está exactamente dormida, pero tampoco está exactamente despierta. Está en algún punto intermedio, descansando en un estado pacífico de no pensar. El zumbido bajo del helicóptero, y las vibraciones que recorren su espalda y piernas, son muy reconfortantes. Ali está apoyado contra ella, durmiendo y respirando profundamente. De vez en cuando, da un respingo y levanta la cabeza, como si estuviera teniendo una pesadilla. Nasira sospecha que tendrá muchas pesadillas en los años venideros. Su corazón llora por su hermano, y por las pérdidas que ha sufrido a tan temprana edad. Y al mismo tiempo, confía en que estará bien. Se revisa el dedo de vez en cuando, lo examina de cerca, doblándolo con cuidado. Todavía le duele un poco, pero el color rojo está lentamente subiendo por su palma. El virus, o lo que sea, definitivamente está avanzando, y eventualmente la matará; Nasira no tiene ilusiones al respecto. No está deseando en secreto que se revierta o que de repente aparezca una cura. Su calma no proviene de una vana esperanza de rescate; proviene de una completa aceptación. Morir resulta sorprendentemente fácil una vez que estás en paz con ello. Un movimiento a su izquierda la hace girar la cabeza. Y lo que ve no tiene sentido para ella al principio. Eli, que ha estado sentado en el extremo opuesto, desplomado en un sueño profundo, se ha quitado su cinturón de seguridad improvisado y está avanzando gateando, moviéndose torpemente, como un niño pequeño. Se dirige directamente hacia ella, y cuando levanta la cabeza y revela su rostro, Nasira ve sus ojos e inmediatamente se da cuenta de que Eli está muerto. No grita de inmediato, aunque una punzada de shock atraviesa su cuerpo. En lugar de eso, reacciona extendiendo los brazos y lo agarra por los hombros. Ha visto suficientes personas muertas para saber que él se siente atraído por la presa más cercana, que resulta ser ella, y que irá directamente a su garganta o a cualquier otra parte de su cuerpo en la que pueda hundir sus dientes. Su intención es empujarlo, pero Eli, para su sorpresa, no se resiste. En cambio, se mueve un poco hacia un lado, saliendo de su alcance. Es casi como si

intentara pasar de largo en lugar de atacarla. Nasira lo mira con asombro durante un par de segundos, mientras Eli simplemente pasa a su lado, avanzando meticulosamente alrededor de ella. Luego, con repentina rapidez, se lanza sobre Ali. —¡No! —grita Nasira. Vuelve a agarrar a Eli por los hombros e intenta apartarlo, pero él viene con una fuerza sorprendente, extendiendo sus brazos y arañando y mordiendo a Ali. Aún no muestra ningún interés por Nasira, es como si sus brazos fueran más como ramas de un árbol para él, meros obstáculos, no algo para comer. Ali se despierta y grita al ver a Eli intentando atacarlo, mientras Nasira lo retiene y lo mantiene fuera de su alcance. —¡Que alguien ayude! —grita, mientras Eli se retuerce y casi se escapa de su agarre. Ella le agarra la camisa y siente cómo la tela empieza a rasgarse.—¡Despierten!

CUATRO

Dennis se sienta bruscamente al escuchar un disparo proveniente de algún lugar arriba. Otro le sigue. Luego un tercero, y un cuarto. Mira a mamá, que está sentada tranquilamente en la cama, con la muñeca descansando en su regazo.

—¿Por qué están disparando?

—Creo que sus invitados están llegando —dice mamá, mirando hacia el techo como si tuviera visión de rayos X—, Probablemente necesiten despejar el patio de personas muertas, para que sus invitados puedan entrar en la casa. Unos cuantos disparos más, luego hay silencio.

—¿Quiénes son los invitados, mamá?

—Supongo que su familia.

Pasa un minuto aproximadamente. Dennis espera ansiosamente. Luego escucha el leve sonido de la puerta de metal del búnker abriéndose y cerrándose. Pasos se acercan al baño. Se escucha el tintineo de las llaves. La persona afuera silba alegremente mientras desbloquea la puerta. Se abre de golpe y Silas está allí, con la misma ropa de ayer, su cabello desordenado, una taza de café humeante en la mano. Él sonríe, mostrando sus dientes torcidos.

—Buenos días. Veo que ya están despiertos. Bien. Tenemos compañía y quiero que vengan a conocerlos. Dennis simplemente se queda allí, sin decir nada, mirando a mamá. Ella se pone de pie lentamente y deliberadamente, sin hacer ningún esfuerzo por esconder las cosas en el suelo ni la muñeca en su mano.

—¿Qué demonios? —dice Silas, viendo el polvo naranja, las velas y las plumas— ¿Tuvieron una fiesta aquí o qué? —Mira a mamá con furia— ¿Qué demonios te hiciste en la cara? Dios mío, sabía que estabas loca, pero esto es...

Silas deja de hablar al notar la muñeca en la mano de mamá. La mira durante varios segundos. Luego entrecierra los ojos. —¿Es eso... una maldita muñeca vudú? —Mira a mamá, sonriendo—

¿Estás de broma? ¿Pasaste toda la noche haciendo esa cosa? ¿A quién se supone que representa... a mí? —Se echa a reír—. Dios mío, mujer. ¡Estás loca! No me digas que realmente crees en esas cosas.

Mamá no le responde. En cambio, levanta la muñeca, le agarra el brazo izquierdo y lo baja con un chasquido. Dennis mira a Silas. Durante dos o tres largos segundos, no pasa nada. Silas simplemente se queda allí, sus ojos brillando con diversión, la estúpida sonrisa ensanchándose en su rostro.

—Odio reventar tu burbuja —dice— Pero creo que... De repente, su brazo izquierdo, el que sostiene la taza de café, se lanza hacia el suelo. La taza vuela de su mano y explota en un millón de pedazos al golpear el concreto. El movimiento es lo suficientemente violento como para empujar a Silas hacia un lado, y se golpea contra el marco de la puerta. Él se agarra, aferrándose como un borracho y apenas logra mantenerse de pie. Mira su mano izquierda como si nunca la hubiera visto antes.

—¿Qué demonios? —resopla. Luego mira a mamá. Y su rostro se transforma en una máscara de shock, incredulidad e ira—. Maldita perra...

Da un paso adelante, pero mamá está lista. Le clava un dedo con fuerza en el plexo solar de la muñeca. Silas logra dar dos pasos más, extiende sus brazos para agarrar a mamá por la garganta, y luego... Luego es empujado hacia atrás con la fuerza de un coche pequeño golpeándolo, lo envía volando hacia atrás fuera del baño, un fuerte y estridente: —¡huuuuaaaaaaah!— escapando de él mientras el aire es expulsado de sus pulmones. Cae al suelo y da varias volteretas antes de detenerse contra una pierna de la mesa del comedor en el centro de la habitación.

Inmediatamente intenta levantarse, pero sólo logra volver a caer, volcando una silla con un golpe. Se retuerce y jadea por aire, agarrándose el pecho. Mamá sale del baño con la calma de un sacerdote acercándose al altar. Mira hacia un lado y recoge el rifle que Silas había dejado apoyado contra la pared al desbloquear la puerta. Se lo entrega a Dennis, diciendo con voz firme: —Toma esto. No lo uses.

Dennis toma el rifle con manos temblorosas, apuntando el cañón al suelo y teniendo cuidado de no tocar el gatillo. Silas intenta levantarse de nuevo, pero sólo llega a ponerse en manos y rodillas. Los mira, sus ojos están como sobresaliendo de sus órbitas, una vena está palpitando en su frente.

—Será mejor que te calmes —le dice mamá— O te desmayarás. Respira por la nariz.

Silas cierra la boca e inhala aire por las fosas nasales. Se desploma hacia adelante con alivio, su respiración volviendo lentamente a la normalidad.

—Tú... maldita... perra —resuella con voz ronca—. ¿Qué demonios... hiciste...?

—Guarda tu aliento —le dice mamá con calma—. Lo necesitarás para subir las escaleras. Ahora, levántate.

Silas niega con la cabeza, su cabello grasiento está ondeando de un lado a otro. —De ninguna manera —resopla entre dientes— No haré nada de lo que me digas, maldita psicópata...

Mamá coloca dos dedos suavemente a cada lado de la cabeza de la muñeca, luego la levanta hacia arriba. Esta vez, no es un tirón repentino, sino un movimiento lento. Medio latido después, la cabeza de Silas comienza a levantarse hacia el techo. Al principio, parece que simplemente está estirando el cuello. Pero la expresión en su rostro revela de inmediato que, no lo está haciendo por su cuenta.

—¡Espera! ¡Detén eso! ¡Detén—aaaargh!

Él agarra su cabeza con ambas manos, como si intentara evitar que se le escapara. Sin embargo, no funciona. Para Dennis, parece que una cuerda invisible se ha atado alrededor del cuello de Silas y ahora lo está levantando. Silas no tiene más remedio que seguir, levantándose de un salto, levantando la barbilla mientras su cabeza sigue subiendo hasta que se pone de puntillas.

—¡Detenlo! ¡Detenlo! —resuella— ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haré!

Mamá suelta la cabeza de la muñeca, y Silas inmediatamente se hunde de nuevo sobre sus talones, agarrándose el cuello.

—Maldita sea... casi me arrancas el maldito cráneo —resopla, jadeando del dolor—. La próxima vez, no habrá un ‘casi’ —le dice mamá con frialdad, señalando con la cabeza la puerta del túnel—. Ahora: arriba.

CINCO

Dan se despierta bruscamente por un grito que atraviesa el ruido del helicóptero.

Se sienta, registrando un dolor agudo en el cuello causado por la posición incómoda en la que ha estado durmiendo, pero no le presta atención. Mira a su alrededor y de inmediato ve de dónde provino el grito.

Eli está inclinado sobre Nasira, intentando alcanzar a Ali, y Nasira está haciendo lo mejor que puede para mantenerlo alejado, pero hay poco que pueda hacer ya que todavía lleva puesto su cinturón de seguridad, sujetándola firmemente a la pared. Eli, por otro lado, está completamente libre, y de la forma en que se está agitando, es cuestión de segundos antes de que se deslice más allá de Nasira y alcance a Ali. Ali está gritando e intentando abrir su cinturón, pero no funciona.

Dan instintivamente intenta alcanzar su propio cinturón.

—¡Oh, mierda! —exclama William desde el otro lado de Dan—. ¿Qué demonios está haciendo?

—¡Está muerto! —se oye gritar a Dan, tirando del broche, que resulta difícil de abrir—. ¡Tenemos que ayudarla!

—¿Qué está pasando allá atrás? —alguien grita desde el frente—. Parece ser Sebastian.

Josefine, que está sentada frente a Dan, también está despierta ahora, gritando inútilmente a Eli para que se detenga.

No hay tiempo, piensa Dan desesperadamente, mirando a Ali, quien ha dejado de intentar liberarse y en su lugar está empujando a ciegas contra el cinturón, extendiendo los brazos para que alguien lo ayude.

Nasira está gritando en árabe, empujando a Eli, pero su camisa se está rasgando en el pecho, revelando su piel pálida con venas azules, lo que le permite lanzarse hacia Ali.

Dan se prepara para ver al chico siendo devorado vivo.

Entonces, hay un clic metálico agudo desde donde está William, seguido de una orden: — ¡Atrápalo!

Algo marrón y negro pasa volando por la cabeza de Dan, mientras Ozzy se lanza sobre Eli, atrapando su brazo en el aire y tirándolo violentamente hacia atrás.

Eli cae de espaldas, con las piernas desparramadas mientras el pastor alemán aterriza sobre él, aún mordiendo su brazo superior, gruñendo furiosamente. Eli, sorprendentemente, es ajeno al perro que le está destrozando el brazo; simplemente intenta levantarse, usando su brazo libre.

Ozzy se sacude y tira de su brazo. En lugar de arrastrar a Eli hacia atrás, el resultado es que le arranca un gran trozo de músculo. Eli apenas lo nota; en cambio, usa la oportunidad para lanzarse nuevamente hacia Ali antes de que Ozzy tenga tiempo de soltar el trozo ensangrentado y volver a morderlo.

Dan mira hacia abajo y se da cuenta de que su cinturón está abierto, sus manos deben haber continuado trabajando en el broche casi sin darse cuenta mientras observaba a Ozzy pelear con Eli.

Se pone de pie y está a punto de ir hacia Eli, cuando alguien lo agarra por la parte trasera de la camisa.

—¡No, Dan! —grita William—. ¿Qué estás haciendo? ¡Te va a morder!

Dan intenta soltarse, pero William lo sostiene firmemente. Dan ve a Ozzy morder la pierna de Eli y tirarlo hacia atrás. Pero Eli vuelve a escapar cuando Ozzy simplemente logra arrancar la mayor parte del músculo de su pantorrilla. Eli se lanza sobre Ali, lo único que lo detiene ahora son los brazos de Nasira, protegiendo desesperadamente a su hermano. Pero Eli no tiene intención de ser engañado esta vez, y comienza a luchar contra Nasira con movimientos ansiosos.

—¡Suéltame! —se oye gritar Dan, golpeando la mano de William—. ¡Tengo que ayudarlo!

—¡Retrocede! —la voz de su padre sisea en su oído mientras pasa corriendo junto a Dan, empujándolo a un lado.

Dan tropieza y se apoya en la pared para evitar caer. Quiere gritar, pero sólo puede mirar con horror atónito mientras su padre se une a la pelea en la parte trasera del helicóptero.

Lo que se desarrolla es tanto aterrador como fascinante. Dan nunca ha visto a su padre así, sus movimientos rápidos y seguros, su expresión severa. Ha traído una chaqueta que arroja sobre la cabeza de Eli, cegándolo. Luego se mueve a su alrededor, usando los pocos segundos antes de que Eli pueda quitarse la chaqueta para rodearlo y sujetar sus brazos. Luego levanta al chico del

suelo, haciendo que sus piernas pateen cómicamente en el aire, recordándole a Dan los pies de Pedro Picapiedra mientras conduce su coche sin motor.

Ozzy, que ha estado atacando a Eli varias veces ya, dejando heridas graves por mordidas en sus piernas y brazos, salta de inmediato y muerde la rodilla de Eli.

—¡William! —ruge el padre de Dan—. ¡Sácalo! ¡Llámaló!

—¡Ozzy, suelta! —grita William—. ¡Suelta!

Ozzy muy a regañadientes abre su mandíbula y suelta la pierna de Eli. Eli se retuerce y se agita bajo la chaqueta, echando la cabeza hacia atrás y golpeando la barbilla del padre de Dan, haciéndolo tambalearse contra la pared.

Dan da un paso adelante instintivamente, dándose cuenta de que William lo ha soltado, pero su padre lo ve y, recuperando el equilibrio, le grita que se quede atrás.

Dan se detiene, dividido entre obedecer a su padre e intervenir para ayudarlo.

—¡Josefine! —grita su padre, señalando la puerta corrediza—. ¡Ábrela!

Josefine ya se ha desabrochado el cinturón y se está poniendo de pie.

—¿Qué estás haciendo? —grita Sebastian por encima del rugido del motor, girando en su asiento para mirar hacia atrás—. ¡No, no hagas eso! ¡No la abras! ¡Es demasiado peligroso!

—¡Ábrela! —ordena el padre de Dan, mirando a Josefine—. ¡Pero ten cuidado. Mantente fuera del camino!

Josefine asiente una vez, agarra el mango y desliza la puerta hacia un lado. Tan pronto como se abre, Dan siente un tirón fuerte que lo empuja contra la puerta. El aire fresco de la noche entra a toda prisa en el helicóptero, presionando contra los tímpanos de Dan, llenando todo con el olor salado del mar. Dan ve el agua negra debajo de ellos, extendiéndose como una manta ondulada en todas las direcciones.

—¡Retrocede! —grita su padre a Josefine, innecesariamente, ya que ella ya se ha apartado.

Él se empuja fuera de la pared y avanza tambaleándose un par de pasos hacia la abertura, su cabello ondeando en el viento. Eli se agita como un caimán en los brazos del padre de Dan, pareciendo que podría deslizarse de la chaqueta en cualquier momento.

El padre de Dan pierde el equilibrio por medio segundo, inclinándose peligrosamente cerca de la puerta abierta antes de retroceder y recuperar el equilibrio. Parece considerar la situación por un momento, de pie allí, sosteniendo a Eli con fuerza mientras el chico muerto se desliza otros centímetros, sus brazos se liberan un poco más y comienzan a arañar la cintura de su padre.

No puede acercarse lo suficiente para dejarlo caer, se da cuenta Dan con una sensación de hundimiento. No sin caerse él mismo.

Entonces, su padre toma una decisión. En lugar de acercarse más a la abertura, jala a Eli hacia atrás y simplemente lo empuja hacia la puerta abierta.

Probablemente habría funcionado, si Eli no se hubiera deslizado de la chaqueta en ese momento exacto. En lugar de caer al mar abajo, aterriza en el suelo justo frente a la puerta abierta, agarrándose del marco, sólo una de sus piernas mordidas sale del helicóptero, y es capaz de luchar contra el viento y volver a meterla, comenzando a levantarse nuevamente.

—¡Mierda! —oye Dan exclamar a su padre, dudando frente a Eli, sin querer acercarse más, y ahora no tiene nada con qué luchar contra Eli, ya que la chaqueta ha salido volando por la puerta abierta. Mira a su alrededor, pero no encuentra nada a su alcance que pueda usar.

Entonces, justo cuando Eli logra levantarse y está a punto de lanzarse sobre el padre de Dan, William interviene desde un lado, sosteniéndose del marco de la puerta y balanceando su pierna como en un partido de fútbol, aterrizando su pie directamente bajo la barbilla de Eli.

Eli es arrojado hacia atrás fuera de la puerta y desaparece.

William se inclina hacia adelante y grita en la noche: —¡Te dije que te echaría del maldito helicóptero, imbécil!

SEIS

Dennis sigue a mamá, quien sigue a Silas, que camina lentamente por el túnel, frotándose el cuello.

Cuando llega a la escalera, se detiene y mira hacia atrás. —¿Y ahora qué?

—Ahora espera aquí. Hazte a un lado. Más allá.

Silas se respalda contra la pared.

—Dennis —dice mamá, sin apartar la vista de Silas—. Sube. Asegúrate de que Jonas no esté en el dormitorio.

—O... okay —dice Dennis.

—Y si intentas algo —continúa mamá, dirigiéndose a Silas mientras sostiene la muñeca y coloca suavemente dos dedos en su cabeza—. Le giraré esto hasta el final.

Silas no dice nada, sólo mira a mamá y respira por la nariz, obviamente reprimiendo su ira.

—Ahora ve, Dennis.

Dennis se desliza junto a ella, colocando el rifle sobre su brazo como ha visto a Silas llevarlo. Luego sube la escalera y abre la trampilla. La luz del día entra a raudales mientras asoma la cabeza en el dormitorio y mira alrededor. Jonas no está a la vista.

—No está aquí, mamá.

—Bien. Sube del todo. Quédate en la esquina y apunta el rifle a la trampilla. Silas subirá en un segundo. Si intenta escapar, dispárale.

Dennis siente que su cuerpo ya tenso se tensa aún más. Intenta tragar, pero su garganta está cerrada. Sube al dormitorio y se escabulle hasta la esquina más alejada. Luego carga el rifle, tal como le enseñó Silas, lo coloca en su hombro y lo apunta a la abertura en el suelo. Escuchando atentamente, puede oír voces provenientes de algún lugar de la casa. Al menos tres. Tiene miedo de que alguien entre en la habitación en cualquier momento.

—¿Estás listo, Dennis? —llama mamá desde abajo.

—Sí, mamá.

—Ahora sube —le dice mamá a Silas.

—Mira —dice Silas, su voz ha cambiado ahora. Es más baja, menos hostil, solemne incluso—. Entiendo que estés molesta por nuestra presencia aquí y... tratándote como lo hicimos. Pero esto no va a funcionar. Eres una mujer inteligente, sabes que tengo razón.

—¿De verdad? —pregunta mamá con calma.

—Claro. Incluso si usas eso para matarme, ¿quién te protegerá de mi hermano? ¿Dennis? Ese chico ni siquiera podría matar a un zombie. Jonas los matará a ambos en un instante si llega a eso. Entonces, ¿qué has ganado?

—Sube la escalera.

—Lo digo en serio. Tienes que pensar esto bien.

—Y tú necesitas subir ahora. Ya.

Un momento de silencio. Luego Dennis escucha a Silas subir la escalera. Aparece, mira a su alrededor y ve a Dennis, lanzándole una mueca mientras Dennis apunta el tembloroso cañón a su pecho.

—No me matarías Dennis, ¿verdad?

—Aléjate —dice Dennis.

—Aléjate de la abertura —dice mamá desde abajo.

Silas duda por un par de segundos, mirando a Dennis como si intentara calcular sus probabilidades. El dedo de Dennis está enroscado alrededor del gatillo, ambos brazos están temblando, el sudor está corriendo por su espalda.

Entonces Silas decide obedecer a mamá y retrocede.

Mamá sube por la trampa. Asiente hacia la puerta. —Vas a ir ahí y llamar a tu hermano. Pídele que venga.

Silas camina hacia la puerta y la abre casualmente. —¡Hey, Jonas!

Un momento después, aparentemente desde la cocina: —¿Sí?

—¿Podrías venir aquí, por favor?

Silas alarga la última palabra de manera burlona, haciendo que suene como si fuera sarcástico. Mira a mamá mientras lo hace, sonriendo.

Mamá le devuelve la mirada sin mostrar ninguna emoción. Tampoco dice nada. Simplemente sostiene la muñeca frente a ella y envuelve su dedo suavemente alrededor del cuello de la muñeca.

—¿Qué pasa? —grita Jonas desde la cocina—. Estoy a punto de ayudar a subir a papá.

Silas mira del rostro de mamá a la muñeca, su sonrisa desvaneciéndose. Luego ladra: —¡Sólo ven aquí, maldita sea!

Dennis puede oír a Jonas suspirar, luego decirle a alguien: —Espera aquí un minuto. Los pasos se acercan por la sala de estar. Jonas aparece en la puerta y extiende los brazos. —¿Qué pasa? En serio, amigo, necesitamos...—Cuando nota el rostro de su hermano, Jonas deja de hablar. —¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué estás ahí parado?

Antes de que Silas pueda responder, Jonas gira la cabeza y mira a Dennis.

—¿Qué demonios? —mira a Silas—. ¿Cómo consiguió el rifle, imbécil?

Mamá ha estado parada a un lado, oculta detrás de la puerta, pero ahora se mueve a un lado, revelándose al cerrar la puerta detrás de Jonas.

Jonas mira de mamá, a Silas, a la muñeca en manos de mamá. Sacude la cabeza. —¿Qué demonios está pasando aquí?

Mamá no aparta la vista de Jonas mientras se dirige a Silas: —Dile a tu hermano lo que tengo aquí.

—Es una muñeca vudú —dice Silas con tono amargo—. Sé que suena jodidamente loco, pero funciona, créeme.

—¿Una... muñeca vudú? —repite Jonas, luciendo como si no pudiera decidir si reírse o enojarse—. ¿Estás jodiendo?

—No, no lo estoy. No la hagas usarla. Podría matarme con ella.

Jonas mira a su hermano. —¿Te amenazó para que dijeras eso?

Silas niega con la cabeza. —Ojalá.

—¿De verdad esperas que me crea esta mierda? —exclama Jonas, y esta vez se ríe con estridencia—. ¿Te engañó usando una maldita muñeca?

—Retrocede un poco, Jonas —dice mamá antes de que Silas pueda responder.

Jonas la mira, luego a Silas.

—Hazlo —le dice Silas gravemente.

Jonas da dos pasos alejándose de su hermano.

Mamá coloca su mano bajo la muñeca, los pies de la muñeca descansando en su palma. Luego, agarrando la muñeca con cuidado por la cintura con su otra mano, la levanta unos centímetros.

Un segundo después, Silas comienza a tambalearse y extiende los brazos como si luchara por mantener el equilibrio. Luego, para asombro de Dennis, una fuerza invisible levanta a Silas del suelo y lo mantiene flotando a un pie del suelo.

—¡Maldita sea! —gime, agitando los brazos—. ¡Está bien, de acuerdo, bájame!

Mamá sostiene la muñeca un momento más, mirando a Jonas. —¿Nos entendemos?

Jonas hace un esfuerzo visible por apartar los ojos de su hermano levitando y mira a mamá.

Dennis puede ver sus labios moverse antes de que las palabras finalmente salgan en un susurro:

—Sí... claro, nos entendemos.

SIETE

William desliza la puerta para cerrarla y se asegura de que esté bloqueada. El viento rugiente se corta de inmediato, dejando sólo el zumbido menos intrusivo del motor, que no lastima tanto sus oídos.

—Mierda —murmura, limpiándose el sudor del labio superior—. ¿Todos están bien?

Ozzy gime y lame su mano, y William se agacha para revisarlo. No encuentra nada excepto sangre en su boca, pero toda proviene de Eli.

Eli, ese maldito imbécil...

El mero pensamiento de él hace que William apriete los dientes. Se da la vuelta para revisar a los demás.

Josefine está de pie junto a Nasira, quien todavía está sentada con Ali, ahora abrazándolo fuertemente, lo consuela mientras él llora en su camisa.

William ve las marcas de arañazos en los brazos de Nasira dejadas por Eli mientras intentaba abrirse paso.

—Oh, mierda —murmura, lo suficientemente bajo para que nadie más lo escuche—. Al menos ahora sabemos con certeza que está infectada.

Luego, algo se le ocurre, y se acerca.

—Oye, tal vez no deberías tocarlo.

Nasira lo mira. Todavía está sin aliento, y aunque su expresión habitual de paz y calma está algo desaparecida, tampoco parece alguien que acaba de luchar contra un muerto.

—Es sólo que... —dice William, señalando sus brazos—. No vas a querer infectarlo.

Nasira mira las heridas frescas y luego se libera suavemente de Ali. Cuando él intenta resistirse, intentando aferrarse a ella, ella le dice algo suavemente en árabe.

El niño la mira a través de las lágrimas, se puede ver la comprensión apareciendo en sus ojos oscuros.

«Dios mío, ese pobre niño», piensa William. «Perdió a ambos padres, y ahora ni siquiera puede abrazar a su hermana que está a punto de morir...»

Josefine comienza a limpiar los brazos de Nasira con un trozo de algodón empapado en clorhexidina.

El rostro del niño es demasiado doloroso de mirar, así que William se da la vuelta y ve a Dan abrazando a su padre.

—Eso fue muy valiente de tu parte, papá.

Henrik se pasa una mano por el cabello y suelta un largo y profundo suspiro. —Sí. No sé en qué estaba pensando.

—Nos salvaste a todos —dice William, sonriendo—. Bien hecho.

Henrik le devuelve la sonrisa con cansancio. —Tú y Ozzy hicieron la mayor parte del trabajo, en realidad.

—Buen chico —dice Dan, agachándose y abrazando a Ozzy.

Para sorpresa de William, a Ozzy no le importa. Por lo general, no le gustan los extraños que lo acaricien. Pero aparentemente, tiene un punto débil por Dan. Lo cual no es realmente tan extraño, ya que William también lo tiene.

—¿Todos están bien allá atrás? —grita Sebastian.

—¡Estamos bien! —responde William—. Sólo tuvimos que lidiar con un pasajero que estaba volando sin pasaporte. Maldito pedazo de mierda. Estaba infectado después de todo.

—Tal vez no lo sabía —comenta Dan.

—Te apuesto a que sí lo sabía. Me mostró el pie equivocado.

Dan y Henrik lo miran con sorpresa.

William levanta los brazos. —Lo pensé justo ahora. Es lo único que tiene sentido. Debería haberle pedido que se quitara ambos zapatos, pero no lo hice. Ese pequeño mentiroso.

—Bueno, al menos ahora se ha ido —dice Henrik, dando un paso lateral para mantener el equilibrio mientras el helicóptero se inclina un poco.

—¿Seguro que estás bien, papá? —pregunta Dan—. Estuviste muy cerca de él.

—Te digo que estoy bien —dice Henrik, extendiendo las manos y arremangándose las mangas—. ¿Ves?

—Mejor revisa todo —dice William—. Todo lo que se necesita es una pequeña herida.

—Mira, no me mordió; creo que lo habría sentido.

Aún así, Henrik se baja el cuello de la camisa y deja que Dan revise su garganta y pecho. Luego examina sus brazos, incluso revisando debajo de su reloj de pulsera. Finalmente, Henrik se levanta la camisa y...

El corazón de William se detiene.

Dan jadea.

—Oh, no —una voz detrás de ellos— dice Josephine.

—¿Qué? —pregunta Henrik, mirando hacia abajo, todavía sosteniendo su camisa levantada. Cuando ve las cuatro largas líneas rojas y brillantes que cruzan su ombligo, simplemente dice:— Oh.

—Te... te atrapó, papá... —susurra Dan, y el dolor en su voz es simplemente demasiado para William. Se cubre la cara con las manos y se da la vuelta.

OCHO

—Entonces, ¿qué va a pasar? —pregunta Jonas mientras todos se dirigen a la sala.

Los hermanos se mantienen a una distancia prudente de mamá, y Dennis está cerca de ella, con el rifle apuntando nuevamente al suelo.

—¿Qué crees que va a pasar? —Silas le responde con desprecio—. Me va a matar usando esa muñeca asquerosa, eso es lo que va a pasar.

—No voy a matarte —dice mamá—. Sólo quiero que se vayan. Párense allí, los dos. —Señala el centro de la habitación—. Dennis, ven aquí.

Dennis se coloca junto a mamá en la esquina, justo cuando alguien entra en la sala. Es un hombre un poco mayor que mamá. Está casi calvo, con una banda de cabello grasiento descansando sobre sus orejas, y sus mejillas están rojas y brillantes. No es realmente gordo, pero tiene una panza prominente y una papada.

—¿Cuál es el retraso? —pregunta, encendiendo un cigarrillo. Da una profunda calada y suelta el humo por la nariz—. Pensé que íbamos a llevar a tu papá arriba. ¿Por qué están parados ahí?

—¡Otto, por el amor de Dios! —exclama una voz femenina aguda—. ¡Apaga el maldito cigarrillo, ¿quieres?! No se fuma adentro.

—¡Acostúmbrate, Sussi! —grita el hombre—. No puedo salir más, ¿verdad? ¿O quieres que me coman? ¡Jesucristo...!

—¡Al menos no fumes cuando tu hermano esté aquí!

—Ya tiene cáncer de pulmón —se burla el hombre—. No puedo darle algo que ya tiene, ¿verdad?

—Otto —dice Silas.

El hombre gira la cabeza y lo mira, dando otra calada al cigarrillo. —¿Sí?

—Cállate. Tenemos problemas.

—¿Qué problemas?

Jonas señala por encima de su hombro.

Otto da un paso hacia un lado y mira. Cuando ve a mamá y a Dennis sosteniendo el rifle, sus ojos se agrandan y luego se entrecierran. —Joder...

—Hola —dice mamá al hombre, como si fuera un colega con el que se acaba de encontrar en la oficina—. Se irán de nuevo. Si hacen algún alboroto al respecto, tendremos que herir a los chicos aquí. Supongo que no quiere que eso pase.

—¿Quién demonios es esa? —dice la voz femenina, y una mujer gorda con cabello fino vestida con un vestido de verano ajustado, que revela cada capa de grasa que se asoma. Ve a mamá y a Dennis y muestra una fila de pequeños dientes en una mueca de cerdo—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Deja de apuntar ese arma a mis sobrinos!

Está a punto de entrar en la sala, pero el hombre, Otto, la agarra por la muñeca y la jala hacia atrás.

—¡Quédate aquí, Sussi! —sisea—. ¿Quieres que nos maten a todos?

—¿Quién demonios cree que es? —grita la mujer, agitando su brazo libre, el que Otto no sostiene, haciendo que los pliegues de grasa se agiten. Sus ojos, hundidos sobre las mejillas redondas, lanzan rayos a mamá—. ¡Jonas y Silas le dan refugio, y así es como paga el favor!

—Eso no es exactamente lo que ha estado pasando aquí —dice Jonas—. Y créeme, habla en serio. Así que sólo deben hacer lo que ella dice.

—Sí, ya mató a Holger con un cuchillo —agrega Silas, lanzando una mirada amarga por encima del hombro hacia mamá.

Por unos segundos, todos se miran. Como si lo que Silas dijo necesitara tiempo para asimilarse.

Dennis hace lo mejor que puede para no temblar, ya que el rifle se ha vuelto realmente pesado y sus brazos comienzan a doler por el esfuerzo de sostenerlo.

Entonces oye un zumbido, y una silla de ruedas eléctrica entra rodando a la apertura de la cocina. En ella, hay un hombre que a primera vista parece tener cien años. Su cabello es gris, su piel está arrugada y es muy delgado, casi al punto de parecer encogido. Hay un tubo de plástico transparente subiendo por la nariz del hombre, conectado a un tanque de metal al lado de la silla, y lleva ropa de hospital blanca.

Pero en cuanto habla, Dennis puede notar que el hombre no es tan viejo después de todo. A pesar de estar obviamente enfermo y su voz sonando débil y ronca, hay algo en la forma en la que habla. Algo que casi le recuerda a cómo habla mamá.

—Esta no fue exactamente la bienvenida que esperábamos, ¿verdad, chicos?

—No, no lo fue —dice Silas—. Lo siento por estropearlo, papá. Debería haber tenido más cuidado.

Escuchar a Silas, un hombre adulto, hablando como un niño que accidentalmente derramó su leche, es desconcertante para Dennis. Hasta ahora, ha estado actuando como un gran matón, pero ahora, dirigiéndose a su padre viejo y enfermo, hay respeto en su voz. Incluso miedo. Dennis sabe cómo suena el miedo.

El hombre y la mujer (Otto y Sussi) también miran al anciano y esperan a que continúe.

—Entonces —dice el padre, inclinando la cabeza para mirar más allá de los gemelos y hacia mamá—. ¿No hay forma de que podamos hacer que esto funcione?

Suena más como una declaración que como una pregunta.

—La única forma en que esto funcionará —dice mamá, manteniendo su voz tan calmada como siempre, —es que tú y tu familia se vayan.

El anciano mastica su labio inferior agrietado durante un par de segundos. Sus dientes son tan amarillos que a Dennis le parecen granos de maíz. —Espero que mis chicos no hayan hecho nada para insultarla a usted o a su hijo. Hice lo mejor que pude para criarlos correctamente, pero seguro que sabe cómo son los chicos hoy en día. Se pueden dejar llevar. Personalmente, culpo a las redes sociales.

Parece que el hombre está a punto de decir algo más, pero es interrumpido por un ataque de tos seca. Una vez que se calma, levanta una mano huesuda con uñas amarillas y se limpia la comisura de la boca con ella.

—No creo que las redes sociales puedan ser culpables del comportamiento de sus hijos —dice mamá, con un tono de enojo en su voz.

Para sorpresa de Dennis, el hombre en la silla de ruedas simplemente asiente. —Entiendo. Por favor acepte mis sinceras disculpas. Si aún tuviera fuerzas, les daría un par de bofetadas aquí y ahora.

Dennis nota que los gemelos, especialmente Silas, se mueven un poco incómodos ante eso.

—No sería necesario —le dice mamá—. Todo lo que necesito de usted es que se vayan. Ahora, por favor.

Las palabras son educadas, pero Dennis puede notar que la paciencia de mamá se está agotando. Aparentemente, el hombre también lo nota.

—Puedo ver que ha tomado una decisión, señora. Honestamente, no la culpo. Estos son tiempos difíciles, y todos necesitamos hacer lo que podamos para sobrevivir. —Otro breve ataque de tos—. Bueno, supongo que nos iremos, entonces.

—¡No, papá! —exclama Silas—. No podemos simplemente irnos. Te dije, este lugar es demasiado perfecto. Tiene todo lo que necesitamos para...

—No importa lo perfecto que sea —lo interrumpe el padre, apenas levantando la voz—. Porque ustedes lo arruinaron. Se suponía que debían hacer un trato con Holger, y...

—¡Pero Holger estaba muerto! —grita Silas—. En cambio, encontramos a esta loca, y ni siquiera nos dejó entrar a hablar, así que tuvimos que encontrar otra manera. Te lo digo, papá, ella luchó contra nosotros en cada paso del camino. ¿Verdad, Jonas?

Silas mira a Jonas, pero Jonas sólo le lanza una mirada de reproche, susurrando entre dientes: —No lo interrumpas, imbécil.

—Si hablas una vez más mientras estoy hablando —dice el padre a Silas, su voz aún baja pero de alguna manera también amenazante—. Me levantaré de esta estúpida silla y te derribaré yo mismo. ¿Me oyes, chico?

Silas mira hacia sus pies.

Aunque Dennis duda que el padre tenga la fuerza para hacerlo, la amenaza es más que suficiente.

—Como estaba tratando de decir —continúa—. Se suponía que debían hacer un trato con Holger o con quien estuviera aquí. Pero como siempre, van y se comportan como unos malditos niños. Es despreciable. Y no es de extrañar que esta señora no nos quiera cerca. —Se interrumpe por otro ataque de tos—. Ahora, nos iremos como ella pide, tranquilos y en silencio. Silas levanta la vista y parece estar a punto de decir algo, cuando el padre se le adelanta—: Y si escucho otra palabra de alguno de ustedes, ya saben lo que pasará.

Silas no dice nada.

En su lugar, Otto da un paso adelante y mira a mamá. —¿Está... está segura de que no podemos llegar a un acuerdo aquí, señora? Creo que todos podríamos beneficiarnos unos de otros.

—No insultes su inteligencia, Otto —muerde el padre—. No es una tonta. Sabe que no puede confiar en mis hijos; ellos se aseguraron de eso.

Otto todavía mira a mamá expectante. Ella niega con la cabeza una vez, apagando la última esperanza en los ojos del hombre.

—Ustedes se irán primero —dice mamá, señalando a los recién llegados—. Tomen el auto en el que vinieron. Luego, una vez que salgan del camino de entrada, estos dos los seguirán en su propia camioneta.

Otto y Sussi se miran, luego miran al hombre en la silla de ruedas, y comienzan a moverse de regreso a la cocina.

—Hay una cosa más antes de que se vayan —dice mamá, dirigiéndose al padre.

Él la mira, levantando ligeramente las cejas pobladas.

—Sus hijos tomaron algo mío. Algo muy valioso. ¿Podría por favor decirles que me lo devuelvan?

El padre vuelve su palma hacia arriba. —Claro. ¿Qué tomaron, chicos?

Jonas mira a Silas.

Silas aclara su garganta. —Tomé su cuchillo. El que usó para matar a Holger.

—Está bien. ¿Y dónde está este cuchillo?

—Está en mi chaqueta. En el pasillo.

—Ve a buscarlo entonces.

Silas está a punto de moverse, cuando mamá lo detiene con una sola palabra: —Quédate. Ella levanta la muñeca, y Silas la mira, luego de vuelta a su padre.

—¿Qué demonios es eso? —suelta Sussi, entrecerrando los ojos—. ¿Es... una muñeca?

—Es una muñeca vudú —dice Jonas—. Y funciona. Así que no hagan nada estúpido, o lastimará a Silas.

Pasan un par de segundos de silencio atónito en la sala. Otto es el primero en romperlo.

Se burla. —Eso es una maldita broma, ¿verdad?

—No es una broma —dice Jonas con seriedad.

—Quiero decir, tiene que serlo —continúa Otto—. Esa mierda no es real. Sólo existe en las películas.

—Ya nos lo mostró —gruñe Silas—. Créeme, es real.

Otto y Sussi intercambian miradas de incredulidad, diversión y confusión.

—Bueno —dice el padre, tosiendo un poco—. Con los muertos caminando por todas partes, no supongo que una muñeca vudú sea tan difícil de creer. —Gira la cabeza—. Otto, ¿puedes ir a buscar el cuchillo y entregárselo a la señora?

Otto asiente.

El padre mira a mamá. —¿Le parece bien, señora?

Mamá asiente.

Otto se da la vuelta y sale de la vista. Dennis puede escucharlo ir al pasillo. Pasa medio minuto. Todos se observan unos a otros, sin decir nada.

Otto vuelve a aparecer, sosteniendo la daga en una mano, girándola con cuidado. —Supongo que esta es la que buscas.

—Sí lo es —dice mamá—. Por favor, dámela.

Otto duda por un momento, mira la daga, con las cejas levantadas. —Es realmente un cuchillo elegante. Es como medieval o algo así.

—Del siglo dieciocho —lo corrige mamá, extendiendo su mano.

Otto la mira, luego mira el cuchillo una vez más, antes de cruzar la habitación, pasando junto a Silas y Jonas y deteniéndose a unos pasos de mamá. Dennis nota que tienen la misma altura, aunque Otto obviamente es mucho más pesado.

Sostiene la daga, ofreciéndole a mamá el extremo del mango, diciendo en un tono ligero, casi sonriendo: —Aquí tiene, señora.

Mamá da un paso adelante y alcanza el cuchillo.

Y es entonces cuando muchas cosas suceden en rápida sucesión, casi demasiado rápido para que Dennis las asimile.

Justo cuando los dedos de mamá tocan el cuchillo, Otto lo retira, lo gira y lo lanza hacia ella. Está apuntando alto, probablemente a su cara o cuello, pero mamá echa la cabeza hacia atrás justo a tiempo, la hoja fallando por pulgadas. Sussi grita. Otto da un paso adelante y balancea la daga hacia el otro lado. Esta vez, mamá no tiene tiempo de retroceder, así que levanta la mano sosteniendo la muñeca, y la daga le corta la muñeca. Mamá grita y la muñeca cae al suelo.

—¡No! —ruge Silas—. ¡Cuidado, Otto!

Jonas da un paso adelante, como queriendo intervenir, mientras Otto lanza otro golpe a mamá. Esta vez, mamá parece estar mejor preparada, y en lugar de retroceder, se agacha y se levanta desde abajo, atrapando la muñeca de Otto con ambas manos. La retuerce en un ángulo doloroso, y Otto suelta un gruñido de dolor.

Luego, justo cuando Jonas llega a Otto y lo agarra por el hombro, algo más sucede detrás de él, haciendo que se dé la vuelta.

Silas es lanzado de repente al suelo. No parece que caiga, más bien como si un gigante invisible lo hubiera agarrado y lo hubiera arrojado. Se estrella contra las tablas del suelo, se escucha todo el aire saliendo audiblemente de sus pulmones, y se encoge en posición fetal.

—¡Maldita sea! —exclama Otto, luego inmediatamente vuelve su atención a mamá, pero la distracción de un segundo es todo lo que mamá necesitaba.

Ella le quita la daga de la mano, la retira y la hunde profundamente en su cuello rechoncho. Sussi grita de nuevo. Jonas ruge y jala a Otto hacia atrás. Dennis ve cómo la daga se desliza

hacia afuera, la hoja ahora reluciente con sangre. Más sangre comienza a brotar de la incisión en el cuello de Otto, y emite lo que suena como una mezcla entre tos y arcadas, una niebla rosada de saliva ensangrentada, saliendo de sus labios mientras cae hacia atrás, siendo Jonas lo único que evita que se desplome en el suelo como Silas acaba de hacerlo, ya que Jonas lo atrapa y lo acuesta con cuidado.

Mamá recoge la muñeca y retrocede, sus ojos miran brevemente a Dennis, comprobando si está bien, y luego vuelve a la escena que se desarrolla frente a ellos.

Sussi se arroja junto a Jonas, que está agachado sobre Otto, tratando de detener la hemorragia, pero la sangre está saliendo demasiado rápido, saliendo entre sus dedos, formando rápidamente un charco en las tablas del suelo. Otto está mirando al techo, gruñendo y gorgoteando, ajeno a Sussi repitiendo su nombre una y otra vez.

Silas sigue acurrucado en el suelo junto a él, sosteniendo su pecho mientras gime.

El anciano—el padre—es el único que no se ha movido. Está sentado en su silla de ruedas, observando todo con una calma que para Dennis es tanto sorprendente como perturbadora.

NUEVE

Todavía están volando. Ha pasado media hora desde que echaron a Eli del helicóptero.

A William le sorprende lo bien que lo maneja Dan. Henrik también; saber que estarás muerto en una hora no puede ser fácil.

Sin embargo, ambos están sentados tranquilamente uno al lado del otro. Henrik tiene su brazo alrededor de los hombros de Dan, y Dan se apoya en su padre, llorando suavemente.

William no quiere presenciar nada de eso. Está harto de ver morir a gente buena. Pero al mismo tiempo, siente que le debe a Dan estar allí. Pronto, Dan no tendrá más a su padre, y aunque William nunca podrá reemplazar a un papá, está decidido a hacer su mejor esfuerzo para ayudar a Dan.

El rostro de Henrik comienza a ponerse un poco rojo, pero por lo demás, todavía parece relativamente bien. Una de sus manos descansa suavemente en su área del ombligo, sosteniendo la venda que Josefine le puso. Ya está empapada de sangre fresca. Su otra mano está consolando a Dan. Se juntaron después del incidente, acurrucados en la parte delantera del helicóptero, hablando por primera vez como un grupo real; William no necesitaba actuar como portavoz, no necesitaba pedirle a nadie que se reuniera, simplemente sucedió. Y todos expresaron lo que pensaban, uno a la vez.

Sebastian les dijo que estaban demasiado lejos en el agua abierta para regresar ahora. Sería más seguro seguir volando.

Josefine dijo que se encargaría de las heridas de Henrik y Nasira, limpiándolas y vendándolas.

Nasira les dijo que si comenzaba a sentirse seriamente enferma, saltaría.

Henrik les dijo lo mismo.

Todos estuvieron de acuerdo en seguir volando.

Así que eso hicieron.

Y ahora no pueden hacer nada más que esperar.

Todavía faltan horas para que lleguen al lugar en Noruega al que se dirigen, el lugar donde Sebastian sabe que pueden conseguir más combustible. El día aún está amaneciendo afuera y será un día largo.

¿Quién de ellos se irá primero? Se pregunta William. ¿Nasira o Henrik?

Mirando a Nasira, ella parece exactamente igual, excepto por las pequeñas vendas que cubren sus brazos, los cuales están alrededor de Ali, quien duerme contra su pecho. Sus ojos están abiertos, mirando algo que sólo ella puede ver, y esa expresión de profunda paz ha vuelto a asentarse en su rostro.

William se encuentra estudiándola, y le sorprende no haber notado hasta ahora lo hermosa que es; parece esa princesa de Aladdin.

El pensamiento del virus corriendo por su cuerpo, matándola lentamente, y la imagen de lo que se convertirá cuando finalmente la acabe, hace que el estómago de William se encoja. ¿Cómo puede algo tan hermoso convertirse en algo tan horrible? William no se considera una persona romántica, pero no puede evitar pensar en una hermosa flor pudriéndose y convirtiéndose en compost.

¿Realmente lo harán?

El pensamiento aparece en su cabeza sin ser invitado. Considera por un momento lo que harán si Henrik o Nasira cambian de opinión y se niegan a saltar del helicóptero cuando llegue su momento.

Y se siente avergonzado de sí mismo. Está seguro de que no llegará a eso. Para su asombro, se da cuenta de que confía en ambos. Estas dos personas que solo ha conocido durante días.

—No es justo —oye a Dan susurrar entre sollozos—. No es justo, papá. Primero Jennie. Luego mamá. Y ahora tú. No es justo.

—Lo sé —dice Henrik, con los ojos cerrados, balanceando suavemente a Dan de un lado a otro—. Sé que no es justo.

—Desearía que nunca hubiéramos entrado en esa casa. Desearía que alguien más se hubiera encontrado con esa anciana. Si sólo nos hubiéramos quedado en casa ese día, Jennie todavía estaría viva, y mamá también.

—Lo sé —repite suavemente Henrik.

—Es todo mi culpa.

William siente que su garganta se cierra mientras Dan comienza a llorar más profundamente.

—Oh, no, no —dice Henrik, todavía balanceándolo, con sus ojos aún cerrados—. Nada de esto es tu culpa, Dan. No decides quién vive y quién muere. Ninguno de nosotros lo hace.

—No puedo... no puedo seguir sin ti, papá...

—Claro que puedes. Eres la persona más fuerte del mundo.

William asiente en señal de acuerdo, aunque ninguno de ellos lo nota. La forma en que Dan ha lidiado con la pérdida de su hermana y su mamá en pocos días, y aún así ha seguido luchando, tratando de ayudar a la gente, tratando de sobrevivir, William no está seguro de que él hubiera podido hacer lo mismo.

Es curioso cómo esa primera impresión que Dan da: el adolescente tímido y reservado con esos grandes ojos azules y serios, no dice nada sobre la fortaleza de su carácter.

Tal vez Dan no siempre ha sido así, tal vez los eventos de la última semana lo han moldeado en tiempo récord. Pero aun así, ese Dan debe haber estado siempre allí, en el interior. ¿No hay un dicho sobre los tiempos difíciles que dice, que esos tiempos te muestran quién eres realmente?

DIEZ

A Otto le toma menos de un minuto morir. Pero para Dennis, ese minuto se siente más como una hora.

Otto no cierra los ojos cuando sucede, simplemente deja de gemir.

Jonas, cuyas manos están cubiertas de sangre hasta los codos, se recuesta con un suspiro tembloroso, anunciando: —Está muerto...

—¡No! —grita Sussi, inclinándose sobre Otto—. ¡No, no, no!

Silas ha logrado sentarse, pero aún se agarra el costado, obviamente con dolor.

Sussi se pone de pie de un salto y mira a mamá, quien se ha retirado más, sosteniendo tanto la muñeca como la daga ensangrentada. El rostro de Sussi es una máscara de rabia y lágrimas mientras escupe: —¡Lo mataste!

—Intentó matarme —dice mamá, pero Sussi no la escucha.

—¡Lo mataste! —grita y se lanza hacia mamá.

Mamá no se mueve, pero se prepara para usar la daga una vez más.

Si Jonas no hubiera saltado y atrapado a Sussi en ese instante, mamá probablemente también la habría matado. Pero Jonas la agarra alrededor de la cintura y la arrastra hacia atrás.

—Sácala afuera —le dice el padre a Jonas, apenas mirándolo. Sus ojos están fijos en mamá, su expresión no traiciona ninguna emoción—. Y tú —dice, dirigiéndose a Silas, todavía sin apartar la vista de mamá—. Levántate y ve a ayudar a tu hermano.

Silas se pone de pie, lenta y metódicamente, gimiendo. —Joder, creo que me rompí un par de costillas...

El sonido de la mujer llorando se vuelve más distante. Dennis puede escuchar a Jonas llevándola afuera y cerrando la puerta principal tras él.

Silas mira hacia abajo a Otto. La sangre ha dejado de brotar de la herida y, a juzgar por el color del rostro de Otto, no queda más sangre dentro de él.

—Lo mataste —susurra Silas.

—Si alguien mató a Otto, fue Otto —dice el padre con frialdad—. Fue una tontería lo que intentó.

Silas se vuelve hacia él, agitando los brazos. —¿Así que vas a dejar que se salga con la suya?

—Ve a ayudar a tu hermano.

—¡Otto era tu maldito hermano!

—No me hables así. —El padre apenas levanta la voz, pero Dennis inmediatamente siente la amenaza de violencia detrás de las palabras—. Ahora, ve a ayudar a tu hermano.

—¿Qué pasa con Otto? —dice Silas, señalando el cadáver—. ¿Lo dejamos así?

—¿De qué nos sirve ahora? Está muerto.

Silas muerde con fuerza, aparentemente reprimiendo las palabras. En lugar de decirle algo a su padre, se da la vuelta y mira a mamá, y luego, para sorpresa de Dennis, nota que se forman lágrimas en los ojos de Silas. —Era mi tío. Lo conocí desde pequeño. Y lo mataste como a un cerdo.

—Silas —dice el padre, ahora con un tono más bajo. Advirtiéndole.

Silas lo ignora, dando un paso hacia mamá. Mamá levanta la daga de nuevo.

—Crees que puedes seguir matando a la gente y salirte con la tuya, pero te equivocas, señora. Esta vez, te metiste con las personas equivocadas.

—¡Silas!

Silas mira a mamá un momento más, luego se da la vuelta y sale de la sala.

Los ojos del padre lo siguen, luego vuelven a mamá.

Dennis espera que diga algo, pero no lo hace. Simplemente se miran el uno al otro durante un largo tiempo. En cambio, es mamá quien rompe el silencio.

—Como dije. Usted y la mujer se llevan la furgoneta. Sus hijos los seguirán en su propio coche.

—Entendido —dice el padre. Mira brevemente a Otto—. ¿Podría enterrar a mi hermano? No era el más brillante, pero al menos merece eso.

Mamá parece considerar por un momento. Luego asiente una vez.

—Gracias —dice el padre, rompiendo en otro ataque de tos.

Jonas reaparece en la apertura de la cocina. Mira de mamá a su padre. —Estamos listos, papá.

—Está bien. Nos vamos entonces.

Gira la silla de ruedas, luego recuerda algo.

—Oh, por cierto... —Asiente hacia la muñeca en la mano de mamá—. Esa cosa. ¿Qué vas a hacer con eso?

—La destruiré —dice mamá—. Tan pronto como se hayan ido.

—¿Y eso no lastimará a Silas?

—Primero le quitaré el hechizo.

—Bien. —El padre piensa por un momento, luego agrega—: Sabes, él es un buen chico. Me doy cuenta de que no siempre actúa como tal, pero es mi hijo y lo amo con todo mi corazón. Si algo le llegara a pasar... —Las palabras quedan en el aire por un momento.

—¿Me estás amenazando? —pregunta mamá, con un tono frío en su voz.

El anciano se encoge de hombros. —Sólo digo que la autodefensa es una cosa. Matar a alguien que no está tratando de matarte, eso es otra cosa.

Mamá no responde.

—Bien entonces —dice el padre—. Nos vamos de aquí.

Se aleja rodando, y Jonas lo sigue a través de la cocina.

Dennis mira a mamá, y ella le hace un gesto para que se quede quieto mientras ella va a la cocina. Mira por la ventana, y Dennis puede escuchar el sonido de los coches arrancando.

—Se están yendo —dice mamá, y Dennis lo toma como una señal de que puede unirse a ella.

Ambos observan desde la ventana de la cocina cómo los coches salen del patio. Primero la furgoneta, luego Silas y Jonas en la camioneta.

Silas está conduciendo. Justo antes de irse, gira el coche para poder ver las ventanas.

Él mira a mamá, mostrando los dientes en lo que Dennis primero interpreta como una sonrisa, pero luego se da cuenta de que es una mueca de odio, mientras Silas pasa su dedo por su garganta muy lentamente.

Luego acelera, haciendo que la grava vuele, y la camioneta ruge fuera del patio.

Dennis mira a mamá. —¿Qué significó eso, mamá? Esa cosa que hizo con su dedo—.

Dennis no es el chico más inteligente, lo sabe, pero no es tan tonto como para no entender el significado del gesto de Silas. Sólo quiere saber si mamá también lo entiende.

—No fue nada —dice mamá, pero sus ojos están repentinamente distantes—. Ve arriba por un momento, Dennis.

—¿Por qué?

—Sólo hazlo, por favor.

Dennis no puede evitar notar el tono extraño en la voz de mamá. Cuando ella le pide que haga algo, generalmente nunca dice “por favor”. Y la forma en que está mirando por la ventana... le da a Dennis una mala sensación.

Sin embargo, siente que mamá no está de humor para más preguntas, así que se apresura a salir de la cocina y sube corriendo las escaleras. Se detiene en la cima de los escalones, inseguro de adónde ir. Luego se dirige a la habitación desde la cual puede ver el camino de entrada y la carretera más allá.

Mirando hacia afuera y entrecerrando los ojos, todavía puede distinguir los dos coches conduciendo en la distancia, mientras el sol del mediodía está brillando en el metal.

Los observa hacerse aún más pequeños, y se siente aliviado al pensar que Silas ya no está aquí. Pero sorprendentemente, también se siente un poco triste.

Es muy extraño, pero aunque Silas fue malo con él e hizo algo malo a mamá anoche, también había algo más en él. Como la forma en que le enseñó a Dennis a disparar el rifle. A pesar de lo incómodo que se había sentido Dennis, después, sintió algo que nunca había sentido antes. Era orgullo. Silas incluso lo había elogiado.

—«No estuvo nada mal para ser la primera vez».

Dennis recuerda vívidamente las palabras. No fue el mayor cumplido del mundo, pero aun así más de lo que mamá jamás le había dado.

¿Y por qué Silas quiso enseñarle a disparar en primer lugar? ¿Porque quería tal vez usarlo como guardaespaldas? No es probable. Lo hizo, Dennis está seguro, también para ayudar a Dennis.

—Hazlo pronto y sin miedo —le había dicho Silas—. Es sólo un consejo amigable.

Dennis casi nunca recibe consejos de nadie, principalmente sólo miradas de disgusto o comentarios desagradables que aprendió hace mucho tiempo a ignorar. Dennis no tenía amigos, y eso estaba bien.

Pero por un momento, ayer sintió que Silas era su amigo. No, más que eso. Sintió que era su hermano mayor. Alguien además de mamá que lo cuidaría si fuera necesario.

Tal vez Dennis está pensando mucho en ello, pero así fue como se sintió. Y mientras Dennis está allí, sintiendo una pizca de gratitud improbable hacia el tipo que los mantuvo como rehenes, la camioneta con Silas y Jonas de repente gira bruscamente hacia un lado, se estrella en la zanja y sale volando por el aire, dando tres o cuatro volteretas antes de finalmente detenerse a varios metros de la carretera.

Dennis se queda sin aliento.

Mira el coche, que ha aterrizado boca abajo. Está demasiado lejos para ver detalles, pero no parece bueno.

El otro coche, el que lleva a Sussi y al padre, se detiene, retrocede y se detiene nuevamente. Una persona (debe ser Sussi) sale corriendo hacia el coche estrellado.

Dennis se aleja de la ventana y baja corriendo las escaleras.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grita, corriendo hacia la cocina, pero mamá no está allí.

—¿Qué pasa? —Su voz viene de la sala de estar.

Dennis corre de vuelta allí y la ve sentada en el sofá, con las manos descansando en las rodillas, casi como si estuviera a punto de comenzar una de sus oraciones.

—¡El coche! —dice entrecortadamente—. Silas y Jonas... se... se estrellaron, mamá.

Mamá simplemente lo mira, sin mostrar ninguna sorpresa discernible en su rostro. —Oh.

—Justo en el camino —continúa Dennis, señalando—. Ni siquiera a dos millas de aquí.

—Eso es desafortunado —dice mamá, su voz tan fría como siempre—. Deberían tener más cuidado.

—Pero... ¿no deberíamos... ayudarlos? ¡Quizás estén heridos!

Los ojos de mamá se entrecierran. —¿Por qué demonios los ayudarías?

—Bueno, porque... no sé... ¡quizás estén heridos! —repite, ya que no puede encontrar ninguna otra buena razón.

—Eran malas personas, Dennis —le dice, sacudiendo la cabeza—. Cualquier cosa que les pase, se lo merecen.

—Pero, mamá...

—Y aunque quisiéramos ayudarlos, no podríamos salir de esta casa; es demasiado peligroso.

—Pero...

—No más peros, Dennis. —Su tono es final, sus ojos se penetran en los suyos—. Ya se han ido. Se acabó.

Dennis sólo puede parpadear durante varios segundos. Su corazón late con fuerza. Siente que hay algo que mamá no le está diciendo, algo que debería averiguar.

Pero al no lograrlo, simplemente sigue allí, parpadeando.

—Ve a descansar un poco, Dennis —le dice mamá, su voz es muy suave ahora—. Ambos lo necesitamos.

Dennis duda por un momento. Quiere preguntar algo, pero no está seguro de qué. Así que, finalmente, se da la vuelta y vuelve a subir las escaleras. Justo antes de subir, sin embargo, mira

hacia mamá. Ella está sentada de la misma manera, con los ojos cerrados ahora, sus labios moviéndose sin hacer ruido.

Y entonces lo ve.

La muñeca.

Está acostada en el sofá junto a mamá.

Su cabeza está girada completamente hacia atrás.

ONCE

Dan está apoyando la cabeza contra su padre, sintiendo el calor que emana de su cuerpo.

Sabe que es la fiebre.

Todo sigue siendo irreal.

Lo entiende, al menos intelectualmente.

Su padre está infectado.

Su padre se irá en unos minutos.

Se irá para siempre.

Muerto.

Irrevocablemente.

Es bastante simple, en realidad. Tan simple como cualquier cosa. Estás o no estás. No debería ser difícil de entender.

Y, sin embargo, Dan no lo ha comprendido. No ha entendido nada de esto.

Una parte de él aún no ha asimilado el hecho de que mamá se haya ido. O Jennie, aunque la vio morir.

Emocionalmente, todavía se sienten vivos para él. Todavía están muy presentes en su memoria. Puede ver sus rostros claramente, escuchar sus voces. ¿Cómo pueden ya no estar en el mundo cuando están tan vívidamente dentro de su mente?

Aparentemente, esa parte de él es muy lenta para aprender. Probablemente le tomará años antes de que realmente lo entienda. Tal vez nunca lo haga. Tal vez esa parte de él siga pensando que mamá y Jennie están vivas en algún lugar.

Y ahora, para hacer todo aún más irreal, su padre también se irá. En poco tiempo, él sólo existirá dentro de los recuerdos de Dan también.

¿Qué clase de mundo le hace esto a alguien? ¿Qué clase de crímenes horribles ha cometido Dan contra alguien, para que el destino sienta que merece esto?

¿Y qué hay de mamá y Jennie? ¿Qué hicieron ellas para merecer morir? ¿Qué posible razón podría haber para que el mundo decida que ya no pertenecían aquí? ¿Cómo pudo desecharlas tan fácilmente?

Nada de esto es real.

Nada de esto tiene sentido.

Nada de esto es justo.

Siente que su padre se mueve ligeramente.

—¿Dan? ¿Estás despierto?

«No», piensa Dan.

—Sí —dice Dan.

—Es hora. Puedo sentirlo.

«No», piensa Dan.

—Está bien —dice Dan.

—¿Estás listo para decir adiós?

«Nunca», piensa Dan.

—Supongo que sí —dice Dan.

Papá lo atrae más hacia él, colocando ambos brazos alrededor de él, abrazándolo como no lo había hecho desde que Dan era muy pequeño.

Y Dan lo recibe como un niño pequeño que ha tenido una caída y necesita consuelo. Aprieta a papá, inhala su olor, siente lo real que es.

—Te amo, Dan.

—Yo también te amo, papá.

El abrazo parece durar para siempre, y de alguna manera lo hace. En cierto modo, el tiempo no existe en ese abrazo.

Y, sin embargo, termina.

Después de mucho, mucho tiempo, papá se desliza fuera de los brazos de Dan, dejando que caigan en el regazo de Dan, y Dan no los mueve, no puede moverlos. Tampoco puede abrir los ojos. Escucha la voz de William y la de Josefina, ambos hablando suavemente con papá.

—Vamos, ahora.

—Toma mi mano.

Luego, sólo se oye el sonido del helicóptero, y Dan deja que ese sonido lo llene todo, se aleja flotando en él, y en algún lugar cercano y muy, muy lejano, una puerta se abre y luego se cierra un momento después, y luego no hay nada.

Nada en absoluto.

DOCE

Iver debe haber estado durmiendo, porque de repente se despierta bruscamente cuando el bote salvavidas se detiene de golpe. El sonido calmante de las olas acariciando el exterior del casco se ahoga por un momento con un fuerte raspado de arena.

—Maldita sea —gruñe Chris desde la parte delantera del bote, donde está operando los controles—. ¡Te dije que me avisaras antes de acercarnos demasiado a la costa!

Charlotte está de pie en el otro extremo del bote, encima de la escalera de tres peldaños que le permite mirar por la ventana trasera. —No es precisamente fácil ver qué tan profunda es el agua —le responde—. Además, no pasó nada.

Iver siente dolor en su trasero por dormir sentado. El niño pequeño está descansando en su regazo, envuelto en una manta, su pulgar firmemente alojado entre sus labios.

—Podríamos habernos volcado fácilmente —refunfuña Chris y se levanta.

—Pero no lo hicimos, ¿verdad? Vámonos de aquí. —Mira a Iver—. Bien, estás despierto. Trae al niño.

—¿Dónde... dónde estamos? —dice Iver, enderezando su espalda—. ¿Frederikshavn?

—¿Frederikshavn? —Charlotte muestra sus dientes en una mueca—. ¿Estás loco? ¿Por qué volveríamos allí? Ese lugar ya debe estar lleno de todos ellos.

—Está bien, bueno, ¿dónde estamos entonces? —Es hasta ahora que Iver nota la luz del sol entrando por la ventana de arriba—. Espera, ¿es de mañana?

—Así es como lo llamas cuando sale el sol, sí —dice Chris y abre la puerta, dejando entrar más luz.

—¿Cuánto tiempo navegamos? —pregunta Iver, poniéndose de pie, con cuidado de colocar al niño pequeño contra su pecho.

—Casi siete horas —le dice Charlotte con una sonrisa—. Bienvenido a Anholt.

—¿Anholt? —Iver ha oído el nombre antes; es una pequeña isla danesa, pero no podría ubicarla en un mapa—. ¿Dónde está eso?

—Bueno, ¿dónde suelen estar las islas? —pregunta Chris, justo antes de saltar del bote, aterrizando audiblemente en el agua.

Charlotte le muestra su teléfono por un segundo. En la pantalla hay un mapa del Kattegat, el mar entre Dinamarca y Suecia. Justo en el medio hay una flecha roja apuntando a un pequeño punto.

—No podíamos ir a Dinamarca, y tampoco podíamos ir a Suecia —dice, guardando su teléfono con un encogimiento de hombros—. En realidad, al principio íbamos a Suecia, pero luego escuchamos en la radio que la infección también había llegado allí, así que cambiamos de rumbo.

—Está bien, pero... ¿por qué Anholt?

Ella se encoge de hombros de nuevo. —Parecía la elección obvia, en realidad. Poco más de cien residentes. Veinticinco millas de agua por todos lados. Podemos capear la tormenta aquí.

—Pero... ¿y nuestras familias? Mi mamá está en Oslo, no puedo simplemente quedarme aquí hasta que...

—Mira, eres bienvenido a tomar el bote e ir a donde quieras —dice Charlotte, levantando los brazos—. Sólo espera encontrarte con muertos que intentan comerte, porque están por todas partes. Dinamarca, Suecia, Alemania... estarán en Noruega para esta tarde, te lo prometo. Si quieres sobrevivir, te recomiendo encarecidamente que vengas con nosotros.

Ella deja el bote antes de que Iver tenga tiempo de responder. El niño pequeño se mueve en sus brazos, e Iver mira hacia abajo para verlo bostezar.

—¿Te estás despertando?

El niño lo mira, parpadeando somnoliento. Para sorpresa de Iver, no comienza a llorar de inmediato. En cambio, le sonrío tímidamente.

Antes de irse a dormir, Iver y el niño compartieron un paquete de galletas y una botella de agua. Todavía hay migas en el costado de la boca del niño, e Iver las limpia antes de bajar del bote.

La luz del sol es cegadora, brillando desde el vasto cielo azul. Probablemente son sólo las nueve de la mañana, pero el aire ya está cálido.

Iver entrecierra los ojos y mira a su alrededor. El bote ha aterrizado en una playa muy cerca de la arena. A unas pocas millas por la costa, puede distinguir un faro, y en la otra dirección parece haber un puerto a lo lejos.

Chris ya ha llegado a la playa, llevando una gran bolsa sobre su hombro. Tiene un cigarrillo encendido entre los labios.

Charlotte está de pie en el agua, inclinándose para lavarse la cara.

Iver baja la escalera y entra en el agua, empapándose inmediatamente los zapatos y los calcetines. Está tibia, así que no le importa. Lleva al niño hasta la tierra. Al pasar junto a Charlotte, ella comenta: —Decidimos no desembarcar en el puerto.

—¿Por qué no?

—No queríamos arriesgarnos a que los habitantes decidieran que no querían a ningún recién llegado.

—¿Por qué no querían eso?

Chris da una profunda calada, luego responde: —Podrían haber tomado precauciones para defender la isla. Eso es lo que yo haría si viviera aquí y el mundo se estuviera yendo al carajo a mi alrededor.

Para Iver, eso suena como algo que harían los soldados en una película estadounidense, no personas danesas comunes y corrientes viviendo en una isla pacífica. Pero no dice nada.

El niño pequeño comienza a gemir.

—¿Qué le pasa? —pregunta Charlotte.

—Creo que podría tener hambre —dice Iver.

—Aquí, traje algo de comida —dice, metiendo la mano en su bolsa y sacando un paquete de chorizos.

Iver lo mira. —Eh, gracias, pero... no estoy seguro de que el niño pueda comer eso.

—¿Por qué no?

—No tiene muchos dientes.

—Oh. ¿Qué tal un plátano, entonces?

—Lo intentaré. Gracias, Charlotte.

Iver toma el plátano y comienza a pelarlo. Tan pronto como el niño lo ve, se lanza por él y da un gran mordisco.

—Vaya —dice Iver y no puede evitar sonreír mientras el niño devora otro bocado, apenas tomándose tiempo para masticar—. Supongo que los plátanos son un éxito con los niños pequeños.

TRECE

Sólo han caminado tierra adentro durante veinte minutos cuando Iver ve la costa azul en el horizonte, más allá del prado verde.

—Espera, ¿eso es...? —Se detiene y mira hacia la playa. Entre las dunas también puede ver agua—. ¿Eso es el otro lado de la isla?

—Lo es —Charlotte asiente, pasándolo.

—Pero literalmente puedes ver de costa a costa —dice Iver, señalando.

—Claro que puedes —dice Chris, mirando hacia atrás—. Te lo dije, es una isla muy pequeña. Sólo un par de millas de ancho.

—Vaya —dice Iver, limpiándose el sudor de la frente. El día ya se está poniendo más caliente. El niño pequeño está descansando contra su pecho, envuelto en la camisa de Iver, que ha convertido en un portabebés improvisado. El pequeño ha estado tranquilo hasta ahora, mirando el paisaje.

La espalda de Iver está comenzando a doler, y espera que no tengan que caminar mucho más. Ni Charlotte ni Chris han dicho nada sobre adónde van, e Iver está cansado de preguntar, ya que todo lo que dice es recibido con un comentario sarcástico.

Así que simplemente sigue caminando.

Al pasar la siguiente de las colinas pequeñas que cubren los campos abiertos, aparece un camino de grava frente a ellos. A unos cientos de metros más adelante hay una casa. Un pequeño coche está estacionado frente a ella.

—Parece que están en casa —dice Charlotte, tomando un trago de su botella de agua—. ¿Vamos a hablar con ellos?

—No tenemos otra opción —dice Chris, dando una palmada a su mochila—. Necesitamos hacernos amigos de la gente local o nos quedaremos sin comida para mañana.

«Además, tenemos que cuidar de un bebé y no podemos hacerlo solos», piensa Iver para sí mismo. Tanto Charlotte como Chris han descrito claramente al pequeño, como responsabilidad de Iver. Lo cual está bien para él; no confiaría al pequeño a ninguno de ellos de todos modos.

Se mueven hacia el camino y comienzan a dirigirse a la casa. Más adelante en el camino, Iver puede ver más casas, y parece que se convierten en un pueblo.

El ruido de un motor viene desde atrás, Iver se gira para ver algunos coches acercándose. —Cuidado —les dice a Chris y Charlotte, innecesariamente, ya que también han oído los coches. Se apartan al lado del camino.

Los coches los pasan, desacelerando sólo lo suficiente para que las personas dentro los miren fijamente sin ocultar su interés. Iver ve a un hombre mayor, dos mujeres mayores, un hombre más joven con barba, dos niños pequeños y una adolescente. Parece casi como un gran viaje familiar.

—Bueno, ahora los de la isla saben que estamos aquí —dice Chris mientras el polvo se asienta y siguen caminando—. Apuesto a que se dieron cuenta de inmediato de que éramos forasteros.

—No parecían muy acogedores —comenta Charlotte—. Y tampoco se detuvieron para preguntar si podían ayudarnos. ¿Crees que ya saben lo que está pasando?

—¿Sobre el ferry? —Chris se encoge de hombros—. Tal vez. Pero definitivamente saben lo que está pasando en el continente danés. Y probablemente se dieron cuenta de que es sólo cuestión de tiempo antes de que los forasteros intenten venir aquí en busca de refugio.

El niño pequeño comienza a moverse contra el pecho de Iver, gimiendo.

—¿Tienes sed? —le pregunta, ofreciéndole un sorbo de su botella. Pero el niño gira la cabeza—. No, probablemente tengas hambre. Lo siento, pero ya no tengo más plátanos.

Sigue caminando mientras el niño sigue gimiendo, alcanzando a Charlotte y Chris cuando llegan a la casa.

Justo cuando entran en el camino de la entrada, la puerta principal se abre y un hombre mayor, de la edad del abuelo de Iver, sale. Está sosteniendo una escopeta.

—¿Qué quieren? —pregunta, sin levantar el arma, pero mirándolos con sospecha—. ¿Por qué están aquí?

—Somos sobrevivientes de un naufragio —dice Chris, levantando los brazos—. Sólo queremos ayuda y...

—¿Qué naufragio? —dice el hombre, entrecerrando aún más los ojos—. No escuchamos de ningún naufragio. Estaban en el ferry, ¿verdad? ¡Y apuesto a que también están todos infectados!

—No —dice Charlotte, dando un paso adelante—. Por favor, señor, no estamos infectados. Tenemos un bebé con nosotros, y él realmente necesita...

—¡No me importa tu bebé! —gruñe el hombre, levantando la escopeta, haciendo que Charlotte se detenga en seco. ¡Aléjense de mi casa! ¡Y váyanse de mi isla!

Un coche se detiene a su lado. La ventana se baja y una anciana saca la cabeza. —¿Qué diablos está pasando aquí?

Por un momento, Iver está seguro de que la mujer también les gritará. Pero ella mira al hombre mayor con desdén.

—¿Por qué les estás apuntando con eso a estos chicos, Fred?

—¡Están llevando esa enfermedad asquerosa! —grita el hombre mayor—. ¡Han venido aquí para apoderarse de mi casa! ¡Tal como dijeron en la reunión que lo harían!

—¡Eso no es lo que dijeron para nada! ¿Estabas siquiera escuchando?

El hombre mayor muestra los dientes (o lo que queda de ellos) en una mueca de enojo. —¡No te pongas lista conmigo, Agnete! ¡Sé lo que buscan estos mocosos! ¡No son más que problemas, y no son bienvenidos en mi isla!

—No es tu isla, Fred —dice la mujer, y luego mira a Iver—. ¡Oh, Dios mío! Tienes un bebé.

Iver asiente. —Creo que tiene hambre. Intenté darle algo de comer, pero...

—¡Salgan de mi propiedad! —grita el hombre mayor, empujándolos con la escopeta como una vara para ganado—. ¡No se los diré otra vez!

Se alejan del camino de entrada y se acercan al coche de la mujer. Ella usa su mano para protegerse los ojos mientras los mira uno por uno. —¿De dónde son? ¿Del ferry?

—No, nosotros... —comienza Chris.

—Sí —dice Iver—. Estábamos a bordo del ferry.

Chris le lanza una mirada fulminante.

—Pero salimos a tiempo —continúa Iver, ignorándolo—. Y ninguno de nosotros está infectado. Ya estaríamos muertos si lo estuviéramos.

—¡No les creas, Agnete! —grita el hombre mayor desde su puerta—. ¡Te arrepentirás si lo haces! ¡Sólo buscan tu comida y tu casa! ¡No podrás alimentar a cuatro bocas por mucho tiempo!

—¡Entra, Fred! —le dice Agnete.

Fred murmura algo, luego cierra la puerta de un golpe.

—Veo que han conocido a mi vecino —dice Agnete, levantando las cejas—. No dejen que los moleste; todos estamos un poco nerviosos ahora, con lo que está pasando al otro lado del agua.

El niño pequeño gime, y Agnete lo mira.

—¡Pobre chico! Necesitamos sacarlo del sol. ¡Suban!

Sube la ventana sin más preguntas. Chris, Charlotte e Iver intercambian miradas de sorpresa.

—¿Ella... quiso decir a todos nosotros? —pregunta Charlotte.

Cuando dudan, la anciana les hace un gesto impaciente.

—Supongo que sí —dice Chris, encogiéndose de hombros.

Iver abre la puerta trasera, desata al niño y sube. Charlotte se sienta a su lado y Chris toma el asiento delantero. El interior del coche está perfectamente limpio, sin rastro de polvo o suciedad, y huele a lavanda. Una vieja canción folclórica suena suavemente en la radio, y el aire acondicionado crea un ambiente agradable y fresco.

Agnete pone el coche en marcha y los mira alrededor. —Disculpen a Fred. No ha estado de muy buen humor últimamente. Su esposa murió hace sólo unos meses. Le afectó mucho. Y ahora esto.

—Oh —murmura Charlotte, aparentemente sin saber qué más decir.

—Gracias por ayudarnos —dice Iver.

—No hay de qué —dice Agnete, sonriéndole brevemente—. Todos necesitamos ayudarnos en tiempos como estos. Supongo que mucha más gente vendrá pronto. —Luego, antes de que alguien pueda responder a eso, mira a Iver por el espejo—. ¿Es tuyo?

—Oh, no —dice Iver, sacudiendo la cabeza—. No, sólo tengo dieciocho años —agrega, como si eso explicara algo.

—Bueno, yo tenía sólo diecisiete cuando tuve a mi primer hijo —la mujer le sonríe—. ¿De quién es entonces?

—Él es... ehm... su madre... —Iver mira al niño, luego vuelve a mirar a Agnete—. No lo logré.

—Oh, pobre criatura —dice la anciana, e Iver no puede saber si se refiere a la madre o al niño—. Bueno, ahora nos encargaremos de él.

Iver siente una profunda gratitud y un sentido de alivio.

Llegan a la siguiente casa, rodeada de árboles y ubicada justo al borde del pueblo, y la mujer entra en el camino de entrada y estaciona el coche.

—Está bien, aquí estamos. ¿Me ayudan a traer las bolsas del maletero? Acabo de regresar de la reunión en el ayuntamiento y repartieron suministros. Tomé todo lo que pude llevar.

—¿Qué reunión? —pregunta Chris.

—Nos llamaron esta mañana —dice Agnete, desabrochándose el cinturón—. Van a intentar organizar las cosas lo mejor que puedan para que todos podamos superar esto juntos.

—¿Ellos? —pregunta Chris—. ¿Quiénes son «ellos»?

—La policía, los bomberos y el presidente de la asociación cívica. Vamos, podemos hablar una vez que estemos dentro.

CATORCE

A Iver no le sorprende particularmente descubrir que la casa de Agnete es tan ordenada y limpia como su coche.

Hay un montón de golosinas por todas partes, y nada está fuera de lugar. No hay rastro de desorden, ni en la cocina ni en la sala de estar. Incluso los zapatos en la entrada están alineados en una fila perfecta.

Esos suministros en el maletero, que según Agnete eran “todo lo que podía llevar”, resultan ser cuatro bolsas grandes de compras llenas de comestibles y artículos para el hogar. Chris y Charlotte toman dos cada uno y los llevan a la cocina.

Tan pronto como coloca las llaves del coche cuidadosamente en el estante junto al refrigerador, Agnete toma al niño de los brazos de Iver.

—Oh, hola, cosita linda. Pareces tener hambre. Aquí, déjame prepararte algo. —Abre el refrigerador y le dice a Iver—: ¿Puedes pasarme una botella del armario de arriba?

Iver, bastante confundido, abre el armario y ve cuatro biberones alineados. Toma uno y se lo entrega a Agnete, que está abriendo un cartón de leche entera, la cual vierte en el biberón.

—Probablemente estás acostumbrado a la fórmula para bebés, pero espera a probar esto, pequeño. Así es como alimentábamos en los viejos tiempos, y te prometo que es aún mejor que hoy en día.

Iver observa en silencio y asombrado cómo la anciana prepara el biberón desenroscando la tapa, llenándolo con leche, volviendo a enroscar la tapa y calentándolo en el microondas, todo con una sola mano mientras sostiene al niño en la cadera con la otra. El niño parece haber tomado confianza con ella de inmediato, probablemente porque siente que es una experta en tratar con bebés. Mientras el microondas funciona, Agnete habla con el niño y lo acaricia.

—Eres muy buena en eso —dice Iver, sonriendo.

—Bueno, crié a siete hijos propios, así que debería haber aprendido una cosa o dos en el camino.

—¿Siete? —dice Iver.

—Ajá. Todos varones. ¿Puedes creerlo? Henning y yo queríamos desesperadamente una niña, pero no tuvimos suerte.

—¿Dónde está tu...?

Agnete adivina el resto de la pregunta. —Henning murió hace diez años. Sólo quedo yo.

—Oh, lo siento.

—No lo sientas. Tengo una gran familia, y a menudo vienen a visitarme, trayendo a mis nietos. Eso explica por qué tiene biberones en los armarios, piensa Iver para sí.

—¿Quieres que guardemos las cosas? —ofrece Charlotte, señalando las bolsas en el mostrador.

—No, no, déjenme hacerlo —dice Agnete—. ¿Tienen hambre? Estaba a punto de comer. Hay lasaña en el refrigerador, pueden calentarla en el horno.

Sólo con pensar en lasaña, el estómago de Iver hace un ruido audible, y se da cuenta de inmediato de lo poco que ha comido desde que subió al ferry anoche.

El microondas suena, y Agnete saca el biberón. Se sienta a la mesa de la cocina, coloca al niño en su brazo y le ofrece el biberón. El pequeño claramente no es ajeno al procedimiento, y de inmediato se engancha y comienza a tragar la leche.

—Gracias a Dios que te conocimos —dice Iver, sentándose frente a Agnete mientras Charlotte saca la lasaña y enciende el horno—. No tendría idea de cómo manejar a este pequeño.

Ella le sonríe. —¿Sabes su nombre?

—Sabes, no lo sé. Ni siquiera conocía a su madre.

—Vaya. Bueno, tal vez necesitemos darte un nombre, entonces —dice, acariciando la mejilla del niño con su dedo. Ella mira a Iver. ¿No escuché sus nombres tampoco?

—Soy Iver. Ellos son Chris y Charlotte.

—Mucho gusto conocerlos a todos —dice Agnete.

—Igualmente —dice Charlotte, esbozando una sonrisa.

Chris se acerca a la mesa pero no se sienta. Mira a Iver como si quisiera que dijera algo.

Iver se aclara la garganta. —Entonces... ¿estás bien con que nos quedemos aquí por ahora?

Agnete lo mira. —¿Por ahora? ¿Qué quieres decir? ¿Planean ir a algún otro lugar pronto?

—No, es sólo que... acoger a tres personas y un bebé, parece un poco... mucho pedir.

—Como lo veo es que una anciana viviendo sola no le hace mucho bien a nadie. Pensé que podríamos beneficiarnos de la compañía del otro.

—Claro —dice Iver—. Gracias.

El niño deja de beber y reclina su cabeza con un suspiro, sus ojos cerrándose, abriéndose, luego cerrándose de nuevo.

—Dios mío, realmente tenías hambre —ríe Agnete—. Te bebiste todo el biberón. Ven, déjame acostarte para que puedas tomar una siesta.

Se levanta y se dirige a las escaleras. Iver la sigue y observa desde la puerta mientras Agnete lleva al niño a lo que claramente es una habitación infantil. Incluso hay una cuna, toda hecha y lista, en la que coloca al niño. Se ha quedado dormido antes de que ella pueda siquiera ponerle la manta.

Vuelve y cierra la puerta, sonriéndole a Iver. —Probablemente dormirá durante unas horas. Ahora, bajemos a comer. Podemos hablar de todo mientras lo hacemos.

QUINCE

Cuando Dan finalmente regresa a lo que alguna vez conoció como el mundo real, lo primero que nota es la luz del día entrando a raudales. Luego se da cuenta de que todavía está en el helicóptero, pero que el sonido del motor se ha detenido y que el entorno está en silencio. Finalmente, se percata del rostro de William mirándolo, sonriendo tentativamente. —¿Sigues con nosotros? Dan parpadea.

—Estuviste ausente la mayor parte del día; ni siquiera despertaste cuando aterrizamos. Decidimos dejarte dormir tanto como necesitaras. Aquí, déjame darte una mano. William lo levanta y se sienta junto a él en la puerta abierta. Dan mira fuera del helicóptero. Ha aterrizado en lo que parece la cima de una cordillera. La vista sobre el paisaje abierto es impresionante bajo el cielo azul.

A lo lejos, Dan puede distinguir una ciudad, y en algún lugar cercano se escucha el sonido del océano. El resto del grupo está de pie o sentado en la hierba, comiendo y hablando en voz baja. Uno por uno se dan cuenta de su presencia. Están todos allí. Todos excepto uno. Dan no quiere pensar en ello. No puede. Aún no. Todavía es demasiado irreal. En cambio, mira a Nasira. Sus brazos están cubiertos de vendajes, y donde su piel es visible, Dan puede notar que se está volviendo roja. Pero aparte de eso, parece estar bien. Obviamente, todavía sin fiebre. Ozzy se acerca y lame la mano de Dan. Dan acaricia su cabeza por un momento.

—¿Qué hora es? —le pregunta a William.

—Casi las seis. ¿Tienes hambre?

Dan se revisa el estómago, pero no siente nada en particular.

—No, realmente no.

William le entrega lo que parece ser un sándwich de una estación de servicio.

—Deberías comer algo de todos modos.

—Está bien.

Dan lo toma, lo desenvuelve y comienza a comer metódicamente. Su cabeza se siente tan vacía como el resto de él. Los demás han vuelto a comer y hablar.

—Creo que tuve un sueño —dice Dan. William parece desconcertado por un momento, como si eso fuera lo último que esperaba escuchar.

—¿Oh?

—Estaba de vuelta en la casa.

—¿En tu casa?

—No. En la casa donde todo comenzó.

—Oh —dice William de nuevo—. Bueno... No puedo imaginar que fuera un sueño agradable.

—No fue una pesadilla.

—¿No?

—No. Sólo estaba... allí. William lo mira con curiosidad, claramente sin saber qué decir.

—Estaba en el sótano —continúa Dan, hablando muy lentamente y deliberadamente. Por alguna razón, siente que es importante elegir bien las palabras, expresar exactamente lo que el sueño le mostró—. Era la misma habitación. La habitación en la que Jennie murió. Todo se veía como lo recuerdo. No pasó nada en el sueño. Tampoco sentí nada. Sólo... estaba allí. Mirando alrededor.

Cuando Dan deja de hablar, William se encoge de hombros y sonríe.

—Me parece un sueño bastante aburrido.

—Fue muy... significativo.

—¿En qué sentido? Dan niega con la cabeza lentamente.

—No lo sé. —William lo mira por un momento, esperando a ver si Dan va a decir algo más. Cuando no lo hace, William se aclara la garganta y dice: —Mira, hombre, no puedo decirte cuánto lo siento. Por perder a... bueno, a todos.

Dan mira a William, todavía sin sentir nada en particular. Toma otro bocado de su sándwich. Es de pollo al curry, su favorito, nota mientras mastica lentamente. William ha terminado su sándwich y se frota las palmas contra los muslos.

—Sabes, tu papá fue quien insistió más en llevar a Eli con nosotros. No estoy diciendo que fuera su culpa ni nada, sólo digo... no te culpes a ti mismo.

—No culpo a nadie —dice Dan, sorprendiéndose a sí mismo con las palabras.

Nasira se levanta y se acerca a ellos, seguida de Ali. Mira a Dan y sonríe.

—Lo siento, pero no pude evitar escuchar lo que estaban hablando. Quería ofrecerte mis condolencias.

—Gracias —dice Dan, sin estar seguro de si es la respuesta correcta; nadie le había dado el pésame antes.

—Sé que no es un consuelo ahora —continúa Nasira—, pero todavía creo que tomamos la decisión correcta. William frunce el ceño. —¿Cómo puede ser la decisión correcta si el padre de Dan murió?

Nasira lo mira, sin perder la sonrisa. —No conozco el plan maestro, ninguno de nosotros lo sabe. Pero sí sé que, aunque Henrik esté muerto, su alma está sin mancha. Eso es lo que significa hacer lo correcto. Que aunque mueras, serás salvado.

—No lo sé —dice William, sacudiendo la cabeza, mirando el paisaje montañoso—. Estoy empezando a pensar que, en un mundo como este, donde todo se va al demonio, hacer lo correcto puede que ya no sea lo correcto.

Nasira se encoge de hombros. —Tal vez tengas razón. O tal vez este es el tipo de mundo donde hacer lo correcto importa aún más.

Mira a Dan, y él la mira a ella, y de repente entiende por qué Nasira puede estar tan en paz a pesar de estar muriendo. Dan no está muriendo, pero tampoco le queda nada que perder, y de alguna manera, eso es liberador. Aparentemente, una vez que te han despojado de todo, no hay más razón para tener miedo.

Dan toma otro bocado con cuidado.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta William a Nasira.

Ella mira sus brazos, luego se encoge de hombros. —Me siento prácticamente igual. Excepto quizá un poco más cálida de lo habitual.

—Bueno, no tenemos termómetro, así que... —William extiende la mano y coloca su palma en la frente de Nasira. Ella cierra los ojos. William retira su mano de nuevo—. Sí, te sientes un poco caliente. Pero aún no tienes fiebre. Es asombroso lo lentamente que avanza en ti.

El pensamiento de que Nasira no se enferme al mismo ritmo que todos los demás que ha encontrado, despierta algo profundo en la mente de Dan, algo que no puede entender del todo. Le recuerda al sueño que acaba de tener.

Sebastian se acerca al helicóptero. Sólo ahora Dan se da cuenta de que está sosteniendo un par de binoculares.

—Creo que se están preparando. Probablemente deberíamos bajar.

—Genial —dice William, levantándose.

Ozzy salta de inmediato y lo mira, emocionado por lo que va a suceder.

—¿Bajar adónde? —pregunta Dan, llevándose el último bocado del sándwich a la boca.

—Oh, cierto, no te conté el plan —dice William, haciéndole un gesto para que lo siga—. Ven a ver, te va a encantar esto.

Dan se levanta, preguntándose por un momento si recuerda cómo caminar, pero sus piernas se encargan de ello, y sigue a William hasta el lugar donde Sebastian estaba sentado hace un momento, en una gran roca incrustada en el suelo. William mira hacia atrás por encima de su hombro, informándole mientras caminan.

—Escuchamos en la radio que Noruega también está infectada. Las autoridades ya están cerrando todo. Así que, después de conseguir la comida, decidimos venir aquí, lejos de cualquier ciudad grande.

Hay una caída empinada en este lado de la montaña, que Dan no pudo ver desde el helicóptero, y a unos cientos de metros más abajo corre una carretera. Conduce a una especie de complejo rodeado por una cerca. Dentro hay un par de edificios grandes y en el medio hay un espacio cuadrado grande con una H gigante pintada.

—¿Eso es... un aeropuerto? —pregunta Dan.

—Solía ser una base aérea militar, pero ahora es de propiedad privada —dice Sebastian, uniéndose a ellos—. Conozco al tipo que lo maneja. Sólo lo usan como un punto intermedio donde pueden reposar. Dan mira a Sebastian, luego a William.

—¿Entonces, por qué estamos aquí?

—Porque necesitamos combustible —dice William—. Y no podemos conseguirlo en ningún otro lugar, ahora que han cerrado todos los aeropuertos regulares.

—Entonces, ¿vamos a... robar el combustible?

—Creo que se llama asalto —dice William, sonriendo.

—No podemos entrar a la base sin que la seguridad nos vea —dice Sebastian—. Tienen al menos dos guardias armados, y no queremos entrar en un tiroteo. Así que, vamos a tomarlo del camión cisterna que va de aquí a la ciudad varias veces al día. Así es como normalmente se abastece un helicóptero, de todos modos.

—Va a ser genial —dice William—. Esperaremos a que pase y lo detendremos mientras Sebastian vuela el helicóptero hasta allí. ¿Sabes?, como cuando robaron ese tren en Breaking Bad.

Dan sacude la cabeza. —No vi ese programa. William lo mira, atónito.

—¿En serio? Hombre, si Netflix sobrevive al fin del mundo, vamos a ver Breaking Bad juntos.

DIECISÉIS

Aunque Iver siente mucha hambre y la lasaña está deliciosa, le cuesta comer. Las imágenes de lo que vio a bordo del ferry siguen apareciendo en su mente. Las personas muertas volviendo a la vida. Heridas abiertas. Sangre por todas partes.

Tanto Chris como Charlotte parecen tener más facilidad para hacer que sus estómagos cooperen, mientras engullen la comida.

—Me alegra que les guste —comenta Agnete con una sonrisa.

—Está buenísima, gracias —dice Charlotte con la boca llena.

Chris no parece prestar atención. Bebe la mitad de su Coca-Cola, suelta un eructo discreto y mira brevemente a Agnete antes de reanudar la comida:

—Entonces, ¿de qué fue la reunión?

Agnete deja el cuchillo y el tenedor y se limpia la boca con su servilleta. Se toma un momento, aparentemente usando la lengua para quitar restos de lasaña de sus dientes delanteros.

—Nos dijeron que nos preparáramos para lo peor. Dijeron que muchos sobrevivientes del continente probablemente llegarían en los próximos días. Tal vez algunos de ellos estarían infectados, y si ese fuera el caso, nos instaron a no entrar en contacto con ellos.

Charlotte levanta la vista de su plato.

—¿Y si no estaban infectados? ¿Qué debían hacer entonces?

—Incluso si no estaban infectados, nos aconsejaron no recibir a nadie. Dijeron que era cuestión de asegurar nuestra propia supervivencia, y que los recursos podrían empezar a escasear si lo peor ocurría y la sociedad no se recuperaba de la pandemia en un futuro cercano.

—Pandemia —resopla Chris—. Como si estuviéramos hablando de la maldita gripe aquí. ¿Cuándo despertarán estas personas?

Agnete lo mira con seriedad.

—¿Qué es, si no es una pandemia? Ustedes lo han visto de primera mano.

—Son zombies —dice Chris, agitando el tenedor en el aire—. Claro y simple. Son muertos que quieren comer gente viva.

Agnete mira a Charlotte, que asiente en señal de acuerdo, luego a Iver, que simplemente se encoge de hombros.

—Me temo que tiene razón —murmura—. Al menos por lo que he visto, no es sólo un virus. Es algo... mucho peor.

—¿Y todo lo que dicen sobre una vacuna? —pregunta Agnete—. ¿La primer ministra no prometió ayer que encontrarían una cura en pocos días?

—Eso es una tontería —dice Chris, comiendo aún más rápido—. Ella está diciendo eso para evitar que la gente entre en pánico. Mientras tanto, probablemente ya ha sido escoltada a alguna isla custodiada por militares junto con todos los demás líderes mundiales, donde esperarán a que pase la tormenta mientras el resto de nosotros nos comemos entre nosotros mismos.

—Es una perspectiva muy sombría —dice Agnete.

—Es probable que sea la verdad —dice Chris, encogiéndose de hombros.

Iver aclara su garganta.

—¿Qué más les dijeron en el ayuntamiento?

Agnete lo mira.

—Nos dijeron que nos ayudáramos mutuamente lo mejor que pudiéramos. Que tal vez deberíamos cercar nuestras casas y prepararnos para no salir en caso de que algún infectado llegara a la isla.

—Finalmente, un consejo sensato —interviene Chris.

—Nos recordaron que todavía es ilegal hacer daño a cualquiera de los infectados, a menos que nos ataquen directamente, pero dijeron que aquellos de nosotros que tenemos armas de fuego tal vez queramos tenerlas preparadas.

—¿Tienes alguna? —pregunta Charlotte, con un tono esperanzado en su voz.

—Todavía guardo el viejo rifle de caza de Henning —dice Agnete—. Pero no ha sido disparado en diez años. Ni siquiera estoy segura de que funcione.

—Seguro que sí —dice Chris, mirando hacia arriba—. Probablemente sólo necesite una buena limpieza. Puedo hacerlo sin problema; sé mucho sobre rifles.

Agnete sonríe, pero no responde de inmediato.

—Es amable de tu parte ofrecerlo —dice—. Esperaba que no tuviera que llegar a eso.

—Probablemente lo hará —dice Charlotte sin rodeos—. Tarde o temprano alguien traerá la infección, o como lo llamemos, a esta isla, y tendremos que defendernos.

Agnete asiente, no dice nada, y luego vuelve a comer lentamente.

Iver siente que necesita decir algo.

—Entonces... ¿deberíamos hacer un plan de lo que vamos a hacer?

Chris asiente mientras traga el último bocado de lasaña.

—Digo que comencemos de inmediato a tapar las ventanas y cualquier otra entrada. Esa es la primera prioridad. Una vez que la casa esté asegurada, tendremos que racionar la comida y preparar nuestras armas. Como sólo tenemos un arma de fuego, necesitaremos fabricar garrotes y tal vez lanzas. Además, necesitaremos...

—¡Dios mío! —exclama Agnete—. ¿Garrotes y lanzas? ¿Hablas en serio?

—Sí —dice Chris con gravedad—. Hablo muy en serio.

—Suenas como si asumieras que vamos a la guerra aquí.

—No, la guerra es muy diferente —dice Chris de inmediato—. Créeme, he estado estacionado en Siria durante dos años. Lo que estamos enfrentando aquí es mucho más simple. También es mucho más peligroso.

Iver se sorprende al enterarse de que Chris es un soldado. Por lo que sabe de él, que no es mucho, lo tomó por el típico tipo que quiere ser duro pero que no tiene amigos de verdad y actúa como si no los necesitara. Vive solo y pasa su tiempo libre jugando en línea. Además, parece demasiado escuálido para haber servido en el ejército. Y no lo creía mucho mayor que él mismo. Pero al mirar a Chris ahora, Iver tiene la sensación de que sus simples apariencias pueden ser engañosas. Y de hecho, muchas cosas tienen sentido ahora. Como la forma en que simplemente parece haber apagado sus emociones desde el momento en que subieron al bote salvavidas. O cómo parece extrañamente preparado, incluso anticipando, una situación como esta. O cómo Charlotte fue directamente a él cuando se enteró de la amenaza en el ferry. Probablemente ya sabía sobre su pasado en el ejército.

—Estoy con Chris —dice Charlotte, confirmando las sospechas de Iver—. Necesitamos tomar todas las precauciones que podamos pensar. Esto podría no terminar pronto.

Agnete los mira a cada uno, luego echa un vistazo al otro extremo de la sala de estar. Iver sigue su mirada y ve un viejo piano allí. Encima de él hay una foto de boda en blanco y negro.

—Está bien —dice Agnete, asintiendo—. Lo haremos a su manera. Sospecho que podría ser...

—¡Ssssh! —dice Chris de repente, como si estuviera escuchando algo—. ¿Qué es eso?

Todos se quedan callados por un momento. Y todos escuchan un sonido profundo y lejano de una bocina de algún tipo.

Agnete jadea.

—Esa es la sirena de ataque aéreo. Dijeron que la sonarían si se avistara a algún infectado en la isla...

Agnete apenas termina la frase antes de que Chris se ponga de pie, señalándolos a cada uno en turno.

—Rápido, Charlotte, ve a cerrar la puerta principal y revisa si hay otras formas de entrar. ¡Iver, sube y mira por las ventanas; si ves a alguien acercándose a la casa, grita! —Finalmente, se vuelve hacia Agnete—. ¿Dónde está esa arma?

DIECISIETE

El descenso no es tan malo como William pensaba que sería, incluso sosteniendo el rifle en una mano.

Mira hacia atrás para comprobar cómo va Josefine. Ella está descendiendo la colina con mucho cuidado, eligiendo cada paso con gran atención.

—¿Tienes miedo a las alturas? —le grita.

Ella lo mira un momento, luego vuelve a concentrarse en sus pies.

—¿Parezco tener miedo a las alturas?

—¿Necesitas que te dé una mano? Puedo esperarte.

—Sigue tú —le dice, agitando una mano—. Yo puedo sola.

William asiente, luego continúa el descenso. Josefine ya le está cayendo bien. Es el tipo de persona que le gusta tener a su lado durante el apocalipsis; inteligente, decidida, sin tonterías.

Ozzy sigue de cerca a William. Obviamente, no tiene problemas con las alturas, y cuatro patas parecen ser una gran ventaja al escalar colinas empinadas.

William llega a la carretera y mira hacia arriba. Josefine está sólo unos metros detrás, y desde la cima puede ver las siluetas de Sebastian y Dan. Hace una señal con la mano, indicando que todo está bien, y ellos responden con otra señal.

—Bien —se dice a sí mismo, mirando alrededor—. Ese rosal parece la mejor elección.

Un gran arbusto crece al lado de la carretera, las flores rosas están en plena floración. Se acerca y se agacha, tratando de mirar a través de las ramas, pero son demasiado espesas.

—Perfecto.

Josefine ha llegado a la carretera. Se sacude las rodillas y las manos y lo mira.

—¿Es ahí donde te vas a sentar?

—Creo que sí. ¿Estás bien con tu papel?

—Claro. Dama en apuros. Lo tengo controlado.

William está a punto de decir algo cuando se escucha un silbido desde arriba. Mira hacia arriba, y Sebastian levanta una mano.

—Bien, ya viene —dice William, preparando el rifle—. Ozzy, al pie.

Ozzy ya está a su lado, y William camina alrededor del rosal y se agacha justo al otro lado. Asoma la cabeza entre las ramas y ve a Josefine caminar un poco por la carretera. Luego se coloca al borde de la carretera y comienza a esperar.

Ozzy jadea en el oído de William. Siente cómo la emoción le sube por las piernas.

Treinta segundos después, escucha el rugido del motor del camión. Luego lo ve acercarse y se agacha. Espiando a través de un pequeño agujero en las ramas, apenas puede ver a Josefine. Ella sale a la carretera y agita ambos brazos.

El camionero la ve y suelta el acelerador.

—Está sucediendo —susurra William—. Prepárate, amigo.

Ozzy gime de emoción contenida. Sujetar y robar un camión nunca fue parte del entrenamiento de Ozzy, por lo que probablemente no tiene idea de lo que va a pasar, pero obviamente es muy consciente de que la situación se está volviendo altamente intensa, reflejando la emoción de William y preparándose para lo que sea que vaya a suceder.

El camión reduce la velocidad y se detiene frente a Josefine. Ella ha cambiado su peso a su pie derecho y ha levantado el izquierdo ligeramente del suelo.

—¿Podrías ayudarme, por favor? —le grita al conductor del camión, aún agitando la mano—. ¡Creo que me he dislocado el tobillo!

El conductor —un tipo delgado, con corte de pelo militar, no mucho mayor que William— se asoma por la ventana y pregunta en noruego:

—¿Cuál es el problema?

—¡Mi tobillo! —dice Josefine, señalando—. Fui de excursión y tuve una caída. Necesito que me lleven al pueblo, ¿podrías ayudarme?

El conductor echa un vistazo a los espejos, como si estuviera comprobando si hay alguien más alrededor. Luego vuelve a mirar a Josefine.

—¿Estás herida además del tobillo?

Josefine niega con la cabeza.

—Está bien, sube. Te llevaré al hospital.

Josefine comienza a caminar hacia el camión.

«¡No!» piensa William. «No, haz que salga...»

Por un momento teme que Josefine haya olvidado el plan y esté a punto de arruinarlo. Pero luego finge que su tobillo cede y se cae en el suelo con un grito de dolor, muy convincente por cierto. Niega con la cabeza y mira al conductor del camión.

—¡No puedo! ¡No puedo caminar! ¡Por favor, ven a ayudarme!

«¡Sí! Así es», piensa William.

El conductor parece masticarlo —literalmente, ya que su mandíbula se mueve—, luego vuelve a meter la cabeza, se desabrocha y abre la puerta.

—¡Yatzy! —susurra William—. Prepárate, amigo.

El comentario es bastante innecesario, ya que Ozzy ya está temblando de preparación.

William tira del martillo, asegurándolo cuidadosamente en su lugar. Realmente no le gusta la idea de apuntar con un rifle cargado a un tipo inocente, pero Sebastian le dijo que había una pequeña posibilidad de que el tipo estuviera armado, así que no pueden correr riesgos.

Sin embargo, cuando el conductor salta del camión, William se convence de que no lleva armas. Es muy bajo y aún más delgado de lo que William pensó al principio, sus brazos y piernas son delgados y están quemados por el sol. Lleva unos pantalones cortos de carga demasiado anchos para él, ajustados con un cinturón demasiado pesado. Su camisa (una camiseta sin mangas negra con el logo de *Guns N' Roses*) revela sus costillas y clavícula.

Al menos tiene buen gusto musical, piensa William, apretando el rifle.

Josefine le extiende la mano cuando el camionero se acerca, pero luego él de repente se detiene a unos pasos de distancia.

—¿Estás aquí sola? —pregunta, mirándola desde arriba.

Josefine asiente.

—¿No has visto a nadie más por aquí?

—No, no he visto a nadie.

—¿Entonces no has oído hablar del tren?

—¿Qué tren? Por favor, ¿puedes ayudarme? ¡Me duele mucho el tobillo!

El conductor toma su mano y la levanta. Coloca su brazo sobre sus hombros huesudos y juntos caminan de regreso al camión. Ayuda a Josefine a subir al asiento del pasajero y, justo cuando cierra la puerta y está a punto de rodear la parte delantera del vehículo, Josefine se inclina y presiona la bocina.

El conductor salta de sorpresa y la mira a través del parabrisas.

—¿Por qué hiciste eso?

William sabe por qué. Era la señal que necesitaba. Y ya ha saltado y está corriendo hacia el conductor, el rifle está balanceándose de un lado a otro y Ozzy está ganando terreno rápidamente.

William se detiene a unos seis metros, coloca el rifle contra su hombro y emite un silbido corto y fuerte. El sonido sirve tanto de comando para que Ozzy se detenga, lo cual hace, como para que el conductor se vuelva, lo cual también hace.

Sus ojos se agrandan al ver a William y al pastor alemán, ambos mirándolo fijamente. Instintivamente levanta las manos.

—No te voy a disparar —le dice William, esforzándose por mantener el arma nivelada, pero es difícil por la adrenalina—. Sólo necesitamos tu combustible. Si te mantienes tranquilo y no haces nada estúpido, estarás perfectamente bien y nos iremos rápido de aquí.

El conductor traga grueso y asiente, sus ojos alternando entre el rifle y el perro, como si no estuviera seguro a cuál temer más.

—Está bien. No hay problema, hombre. Por favor, mantén al perro lejos de mí, ¿de acuerdo? Odio a los perros.

Ozzy gruñe, casi como si entendiera lo que el tipo acaba de decir, y el tipo retrocede.

—No te muevas —dice William—. Ozzy no hará nada que yo no le haya dicho, así que no te preocupes.

Josefine sale del camión y se une a ellos.

—Buen trabajo —le dice William.

—Tú también. —Ella mira hacia la colina—. ¿Crees que oyeron la señal?

Justo cuando William está a punto de responder, el sonido del motor del helicóptero comienza con una serie de fuertes whoop-whoops.

La mira con una sonrisa.

—Supongo que eso es un sí.

El conductor —aún con las manos en alto— mira al cielo, entrecerrando los ojos contra el sol.

—¿Quién está... quién está ahí arriba?

—Nuestros amigos —le dice William—. Tenemos un helicóptero. ¿Para qué creías que necesitábamos el combustible? ¿Para beber?

El conductor ignora la pregunta retórica y mira a William con una expresión de aún mayor temor.

—Mira, tomará algún tiempo cargar combustible a un helicóptero...

—Lo sabemos. Tenemos tiempo.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí tanto tiempo! ¿No han oído hablar del tren?

—¿Qué tren? —pregunta Josefine.

Él la mira, luego vuelve a mirar a William.

—¡El tren de Oslo! ¡El que trae la infección!

William mira a Josefine y ella le devuelve la mirada. El sonido del helicóptero sobre sus cabezas se ha vuelto tan fuerte que es difícil escucharse entre ellos.

—¡No escuchamos nada sobre eso! —le grita Josefine al conductor—. ¡Cuéntanos sobre eso!

El conductor humedece sus labios pálidos con la lengua.

—¡El virus! ¡Entró a Noruega desde Suecia esta mañana! ¡Llegó a Oslo casi de inmediato! ¡La gente entró en pánico!

—¡Sabemos sobre eso! —grita William, mientras la sombra del helicóptero pasa sobre ellos—. ¿Qué dijiste sobre un tren?

—¡Lo acaban de decir en la radio hace media hora! —continúa el conductor, ahora gritando a todo pulmón—. ¡Intentaron cerrar todo el tráfico que salía de la ciudad, pero alguien enloqueció y secuestró un tren lleno de gente! ¡Condujeron hacia el norte y alguien los vio hace poco a sólo ocho kilómetros de aquí!

William siente que su pulso se acelera aún más mientras el helicóptero desciende y el ruido del rotor comienza a golpear sus tímpanos.

—¿Hacia dónde se dirigían? —grita.

El conductor niega con la cabeza.

—¡Esa es la cosa, no se dirigían a ninguna parte; el tren se había detenido! ¡La gente estaba saliendo por las ventanas, todos ellos infectados! ¡Dijeron que cada persona en ese tren probablemente había sido infectada, y eran varios cientos de ellos!

El estómago de William se hunde. No puede evitar mirar alrededor.

—¡Las vías del tren pasan por esta colina justo del otro lado! —continúa el conductor, señalando—. ¡Si es cierto lo que dijeron en la radio, el área podría estar infestada de personas infectadas en este momento!

William sabe que el tipo no está mintiendo; notó las vías desde el aire justo antes de aterrizar.

El helicóptero está lo suficientemente cerca ahora como para que el viento arroje polvo y piedras, moviendo sus ropas y el cabello de Josefine.

Luego, justo antes de que aterrice, William ve la figura que baja por la carretera. Es una joven con cabello largo y hermoso, vestida con un vestido de verano rojo que ha sido rasgado por un lado, revelando unos pechos firmes, y líneas de bronceado pálidas que muestran dónde solía estar

el bikini de la chica. Normalmente, los ojos de William se habrían dirigido al pecho de la chica, pero apenas lo nota. En cambio, se queda mirando su rostro, que en su mayoría falta. En su lugar hay una máscara roja y sangrienta de tejido expuesto. Puede distinguir el cartílago de la nariz y los dientes blancos y el hueso de la mandíbula. Un ojo nublado y blanco mira directamente hacia él.

Luego, el helicóptero corta la vista de la chica mientras aterriza en la carretera entre ella y el camión.

DIECIOCHO

Iver sube las escaleras de tres en tres, alcanzando el segundo piso en cuestión de segundos. Examina el pasillo, obteniendo rápidamente una visión general de las tres pequeñas habitaciones, con el niño pequeño durmiendo en la de la derecha. Iver corre hacia la de la izquierda y mira por la ventana. Desde aquí, puede ver la casa de Fred y los campos más allá. Y más allá, la costa donde desembarcaron. También puede ver las figuras que vienen hacia aquí. Hay al menos una docena de ellas. Caminan de manera incierta, tambaleándose; una de ellas incluso cae, luego se levanta y sigue caminando. Iver entrecierra los ojos, sintiendo cómo aumenta su ritmo cardíaco mientras intenta ver las figuras más claramente, aunque ya sabe quiénes son.

Luego nota que está de pie justo al lado de un telescopio sobre un trípode, probablemente uno que Agnete usa para admirar la vista, y pone su ojo en el ocular y busca las figuras. Le toma unos segundos encontrarlas. Cuando lo hace, su aliento se escapa; se ven aún peor de lo que recuerda. Están todos muertos, por supuesto, todos con heridas visibles de mordeduras. Pero también están empapados. No como alguien que ha estado bajo la lluvia, sino como cadáveres que han estado sumergidos en un lago durante días, lo cual no está muy lejos de la realidad. Sus pieles son de color gris, verde y morado, hinchadas como una esponja. Sus cabellos cuelgan como algas muertas y su ropa aún gotea.

La mayoría de ellos están cubiertos de arena también, ya que todos parecen haber caído en ella desde que llegaron a la orilla. Iver sospecha que si el mar alrededor de Dinamarca hubiera tenido tiburones u otros grandes peces depredadores, probablemente se habrían comido a los zombies. Se aparta del telescopio y trata de estimar a qué distancia están los muertos vivientes. ¿Dos kilómetros? Quizás tres. Y a su velocidad actual, probablemente llegarán a la casa de Fred en diez minutos.

Algunos de ellos parecen desviarse en diferentes direcciones, aparentemente percibiendo otros objetivos; al menos cinco de ellos se dirigen hacia aquí. Iver baja corriendo las escaleras, casi chocando con Charlotte, que corre frente a las escaleras en su esfuerzo por cerrar todas las ventanas. Agnete sale de otra habitación llevando un estuche de madera largo y delgado. Chris se lo arranca de la mano y lo coloca sobre la mesa, apartando los platos.

—Como dije, es muy viejo y... —comienza Agnete, pero es interrumpida por Chris, que ya ha abierto el estuche y está sacando el rifle:

—¿Cuántas balas tienes?

—¿Balas? Ah, ¿te refieres a cartuchos? Sólo estos.

—Presenta una bolsa de plástico, que Chris toma y vacía sobre la mesa. Iver cuenta cuatro cajas de cartón.

—Están todas sin abrir —murmura Chris—. Y contienen cincuenta cada una, dándonos doscientas balas. Son sólo calibre .243, pero servirá. —Mira a Agnete—. ¿Tienes hisopos de algodón? Y también necesito un paño limpio.

Agnete corre a la cocina mientras Chris comienza a desmontar el rifle con movimientos prácticos. Iver se acerca a él.

—¿Bueno? —dice Chris, sin mirarlo—. Juzgando por la expresión de pánico en tu cara, supongo que los viste.

Iver asiente.

—Doce —murmura—. Quizás más. Vienen hacia aquí. Están a quince minutos, como máximo.

—¿Dirección?

—¿Eh?

—¿De qué dirección vienen?

—Eh, de la misma de la que vinimos nosotros.

—Norte —dice de inmediato—. ¿Viste algún barco?

—No —dice Iver, frunciendo el ceño—. No, no vi ninguno. —Solo ahora conecta los puntos—. Parecían haber nadado hasta aquí. ¿Crees que vinieron de...?

—Del ferry —termina Chris, lanzándole una breve mirada—. Pueden sobrevivir bajo el agua. Ahora lo sabemos. Y probablemente podemos esperar un montón más de ellos antes de que anochezca.

Iver traga en seco. Un impulso lo atraviesa para subir corriendo a la habitación del niño, agarrar al pequeño y salir de la casa. Pero ¿a dónde iría? Incluso si pudiera encontrar un barco y

salir de la isla, la pregunta seguiría siendo la misma: ¿a dónde ir? Charlotte entra en la sala de estar, jadeando.

—Listo. He revisado por todas partes, tanto aquí abajo como arriba.

—Bien —dice Chris, aún trabajando con el rifle—. Lo tendré listo en cinco minutos. Hasta entonces, ve si puedes encontrar cualquier otra cosa que sirva como arma. Cualquier cosa que pueda golpear, apuñalar o cortar. Preferiblemente algo largo, para no tener que acercarnos demasiado a ellos.

Agnete vuelve a la sala de estar con un paño y un vaso de hisopos de algodón. Los mira con seriedad.

—Creo... creo que querrán revisar el garaje. Allí es donde guardo mis herramientas de jardinería.

—Perfecto —dice Chris—. Hagan eso. Pásame esos. —Toma los suministros de limpieza de Agnete.

—Oh, acabo de recordar —dice Agnete, corriendo hacia la estantería. En la estantería superior hay una radio que enciende.

—... aproximándose al pueblo desde el norte y el noreste de la isla —dice una voz masculina gravemente—. Repito. Soy el gobernador Viggo Andersen, estoy hablando con todos en Anholt. Los infectados han llegado a nuestra isla. Se están aproximando al pueblo desde el norte y el noreste. Hay unas pocas docenas de ellos, y parece que siguen llegando del mar todo el tiempo. Como se dijo en la reunión de hoy, recuerden que sea lo que sea que hagan, no dejen que ninguno entre en sus casas. No puedo enfatizar esto lo suficiente. No entren en contacto directo con estas personas. Son altamente contagiosas. Si aún no lo están, entren en sus casas lo más rápido posible, sin importar dónde estén en la isla. Cierren las puertas, aseguren las ventanas. No hagan nada más hasta que tengamos la situación bajo control...

Chris resopla. —Podría llevar algo de tiempo. —Mira a Iver y Charlotte—. ¿Qué están esperando? ¡Pónganse a trabajar!

—Ven conmigo —dice Charlotte, agarrando a Iver por la muñeca y tirando de él. Corren por el pasillo y salen por una puerta que conduce al garaje.

Cuando Charlotte enciende las luces, Iver ve inmediatamente la fila de herramientas colgadas en la pared. Normalmente, las palas, los rastrillos y las azadas sólo le recordarían la jardinería. Pero ahora, para Iver, parecen más una exhibición de armas en un museo de guerra. Charlotte, lanzándole una rápida mirada de reojo, parece estar pensando algo similar.

—Está bien —dice, respirando profundamente—. Hay muchas cosas que podemos usar. Mejor las llevamos todas.

Se acerca y toma la pala. Iver sigue su ejemplo. Su primera elección es el rastrillo. Lo pesa en sus manos, imaginando balancearlo contra un zombie que se aproxima. Su estómago se aprieta sólo con pensar en los dientes del rastrillo conectando con el cráneo.

—¡Oye!

Parpadea y mira a Charlotte, que está de pie con los brazos llenos. Ella asiente hacia las herramientas restantes en la pared.

—¿Vas a quedarte ahí parado? ¿O vas a llevarte el resto?

DIECINUEVE

—¿La viste? —grita Josefina.

William no pierde tiempo en responder; sólo corre hacia el helicóptero, agachándose como ha visto hacer a la gente en las películas para evitar lo peor del viento de los rotores. La puerta corredera se abre, revelando a Dan.

—¡Ciérrala! —ruge William, agitándose frenéticamente hacia él—. ¡Cierra la puerta!

Dan entiende el mensaje, aunque parece desconcertado, y vuelve a cerrar la puerta. William corre hacia el otro lado del helicóptero. La chica se ha movido más rápido de lo que pensaba: ya ha llegado al helicóptero y comienza a palpar el metal. Su cabello dorado se agita salvajemente, mechones de él pegándose a su cara, o más bien, a lo que solía ser su cara.

—¡Eh! —grita William, arrodillándose sin ni siquiera pensarlo primero, y apuntando a la cabeza de la chica—. ¡Eh, tú!

Ella no reacciona realmente a su voz; tal vez no puede escucharlo por el ruido aún ensordecedor de los rotores. Pero se está moviendo lentamente de lado hacia él, así que William se concentra en su objetivo. Ozzy gime en su oído, posado a su lado, listo para saltar a la menor orden.

—Quieto, Ozzy —murmura William por la comisura de la boca, cerrando un ojo—. Yo me encargo... La chica da unos pasos más en su dirección y finalmente se acerca lo suficiente como para percibir a William. Se vuelve hacia él, y por medio segundo, William se sorprende al verla de cerca. Luego ella extiende ambos brazos y se lanza hacia él rápidamente. Él aprieta el gatillo. La cabeza de la chica no es lanzada hacia atrás como esperaba. En cambio, sólo salta ligeramente, y William está seguro de que falló. Pero entonces ve el cráter justo debajo de lo que queda de su nariz; es fácil perderlo en el ya sangriento desastre.

Luego, las piernas de la chica ceden, colapsándose al suelo donde permanece completamente inmóvil. —¡Mierda, sí! —grita William, levantando el puño en el aire. Se pone de pie, luego se dobla de nuevo inmediatamente y, sin advertencia alguna, vomita el sándwich que comió hace sólo media hora. Mira asombrado a la chica en el suelo. Su primer pensamiento es que el sándwich estaba malo y le cayó mal. Pero luego se da cuenta de que está temblando por completo y que sus rodillas amenazan con ceder bajo él.

Aparentemente, su cuerpo está reaccionando al shock de dispararle a la chica antes de que su mente haya tenido tiempo de ponerse al día. Tal vez no debería ser tan sorprendente; nunca antes le había disparado a algo más que a platos de arcilla. Y cualquiera que sea la cosa muerta frente a él, no hace mucho tiempo había sido un ser humano. Una joven. Probablemente bonita. Alguien con quien podría haber entablado una conversación si la hubiera conocido en un bar. Y ahora acaba de convertir su tronco cerebral en mermelada. El pensamiento lo hace vomitar de nuevo, y tiene que obligarse a mantenerse erguido.

Mira de reojo a Ozzy, que lo mira con curiosa preocupación.

—Supongo que no soy el despiadado asesino de zombies que pensaba que era —murmura, limpiándose la boca. Se da la vuelta y ve a Nasira, Ali y Dan mirándolo.

—Bien hecho —dice Nasira gravemente.

—Gracias —dice William—. Sólo... ¡espera! ¡El conductor del camión! Comienza a correr alrededor del helicóptero y casi choca con Sebastian y Josefina. El camión cisterna aún está allí, pero el conductor no se ve por ninguna parte.

—Se fue —dice Sebastian, leyendo la pregunta en el rostro de William—. En cuanto vio venir a la chica.

—Tenía miedo de que se llevara el camión —dice William.

—Ni siquiera se le pasó por la cabeza —dice Josefina, señalando por encima del hombro—. Sólo corrió carretera abajo, probablemente dirigiéndose a la base allí.

—Podría resultar ser un movimiento inteligente —dice William, mirando alrededor—. Esa chica probablemente vino del tren. Lo que significa que muchos más de ellos pueden aparecer en cualquier momento.

—Entonces, pongámonos en marcha —dice Sebastian, corriendo hacia el helicóptero—. Alguien vaya a mover el camión. Lo necesito al lado del helicóptero, con el lado derecho hacia él.

—Lo haré yo —dice Josefina.

William la mira sorprendido.

—¿Sabes conducir eso?

—Trabajé como conductora de autobús no hace mucho —le dice, y luego se dirige al camión.

William sigue a Sebastian, que ya está ocupado preparando el helicóptero para llenar el tanque de combustible. Dan, Nasira, Ali y Lærke lo miran ansiosamente.

—Ustedes —dice William, señalándolos—. Vayan y vigilen en todas direcciones. Dispérsense, pero no se alejen demasiado. Si ven algo o a alguien, griten tan fuerte como puedan. ¿Entendido?

Asienten al mismo tiempo, luego se alejan en diferentes direcciones. William se limpia el sudor del labio superior. Aún puede sentir el sabor del vómito en la garganta.

—¿No necesitamos apagarlo antes de llenar el tanque?

Sebastian sacude la cabeza sin mirarlo.

—Mientras tengamos cuidado, esto funcionará.

—¿Cuánto tiempo llevará llenar el tanque?

—Seis minutos, más o menos.

William echa un vistazo alrededor, arriba y abajo de la carretera, colina arriba y valle abajo. Luego mira a Ozzy, que lo observa intensamente, como si estuviera pensando lo mismo. Están como patos sentados aquí. Esperando a una horda de depredadores. Y seis minutos es un tiempo terriblemente largo.

VEINTE

El primer muerto aparece en menos de treinta segundos.

Dan es el primero en verlo mientras baja tambaleándose por la colina.

Es un hombre corpulento, con barba, que lleva una camisa hawaiana rasgada. Alguien se ha comido uno de sus pectorales, dejando al descubierto la caja torácica. Su barba, que antes era gris, ahora está roja, evidentemente porque ha estado comiendo a otras personas.

La colina es demasiado empinada para alguien con habilidades motoras limitadas, y el tipo está cayendo más que caminando. Sin embargo, eso no parece importarle, ya que le da un descenso muy rápido.

—¡Viene uno! —grita Dan a los demás, formando un embudo alrededor de su boca con las manos.

Tanto el camión como el helicóptero aún están funcionando y no está seguro de que ni Sebastian ni William lo escuchen. Josefine está un poco más abajo en la carretera, y Nasira y Ali fueron en la otra dirección.

—¡Yo veo uno aquí también! —grita Josefine—. No, espera... ¡tres de ellos!

Dan mira en su dirección y ve a un niño zombie —no mucho mayor de diez años— y a dos adultos bajando la colina de la misma manera tambaleante que el tipo de la camisa hawaiana.

Entonces Ozzy ladra, y Dan gira la cabeza para ver a otros dos muertos acercándose al helicóptero desde arriba.

«Son demasiados», piensa Dan, y luego William grita algo y señala hacia la colina.

Dan mira hacia arriba, protegiendo sus ojos para ver la cima de la colina. Lo que ve le deja sin aliento.

Un ejército literal de zombies está fluyendo por la cima, como una tribu de roedores dirigidos al abismo. Hay hombres, mujeres, niños, adolescentes y ancianos. No prestan atención a la

empinada pendiente, simplemente ruedan, tropiezan o caen hacia abajo.

—¡Regresen aquí!

William agita su brazo y balancea el rifle de un lado a otro, sus palabras apenas audibles sobre el ruido del helicóptero.

Dan se lleva dos dedos a la boca y silba agudamente a Josefina. No era necesario, ya que ella ya está corriendo de regreso.

Dan corre hacia el helicóptero y ve a Nasira y Ali viniendo desde el otro lado. Lærke camina de puntillas junto a Sebastian, quien está operando la manguera gruesa que va del camión al depósito del helicóptero.

—¿Qué hacemos? —grita William, aparentemente dirigiéndose a Sebastian mientras mira a los muertos que se acercan.

—¡Aún necesito tres minutos! —grita Sebastian por encima del hombro—. ¡Manténganlos a raya!

—¡Son demasiados! —grita Josefina mientras se une a ellos—. ¡Necesitamos entrar en el helicóptero!

—¡Nunca despegaremos! —grita Sebastian—. ¡Los atraerán a todos hacia nosotros!

—¡Ya lo estamos haciendo al quedarnos aquí! —interviene William, luciendo ahora cerca del pánico—. ¡Miren, están a treinta segundos! ¡O huimos o empiezo a disparar!

—¡No! —grita Sebastian, girando hacia él—. ¡No dispares! ¡Nos arriesgamos a volarnos todos al infierno!

—¿Entonces qué hacemos? —grita Josefina—. ¡Alguien proponga algo rápido!

Nadie parece tener ideas. Dan se da cuenta con una sensación de hundimiento en el estómago de lo poco preparados que estaban para esto. Sólo tenían un plan para conseguir el combustible, no para defenderse de cientos de zombies.

Entonces los primeros muertos llegan a la carretera, cayendo de bruces sobre el asfalto o aterrizando torpemente a cuatro patas, levantándose y dirigiéndose al helicóptero desde todos los ángulos.

Ozzy parece no poder esperar más, y se lanza contra el más cercano: el tipo de la camisa hawaiana. Aunque es un tipo grande, el pastor alemán lo derriba y muerde su hombro.

Pero es de poco uso; otros tres zombies simplemente pasan tambaleándose y se dirigen hacia el helicóptero.

Nasira da un paso adelante entonces, soltando a Ali, que grita en árabe. Corre hacia una mujer lo suficientemente mayor como para ser su abuela y la empuja fuertemente en el pecho,

haciéndola caer rodando. Antes de que pueda levantarse, Nasira empuja al siguiente de lado, haciéndolo tropezar con sus propios pies. Ninguno de los zombies parece remotamente estar interesado en ella, es como si no existiera para ellos, y corre directamente hacia un tercero, dándole una patada en la pierna y haciéndolo caer de bruces.

Ozzy está tan ocupado como Nasira, saltando sobre cada uno de los zombies uno por uno, derribándolos al suelo, ganando unos segundos con cada caída, mientras los zombies se mueven torpemente para levantarse.

—¡Toma!

Puede oír la voz de William en su oído, mientras algo duro se le clava en el pecho.

Dan mira hacia abajo y ve la gran llave inglesa que Sebastian usó hace un minuto.

—¡Haz algo útil! —grita William.

Por un segundo, Dan piensa que quiere que ayude a Sebastian de alguna manera, pero Sebastian no parece necesitar ayuda, ya que el piloto se está alejando del helicóptero, ahora tomando una barra de un metro y medio con un gancho en el extremo, que Dan lo vio usar para abrir la escotilla del camión. Salta hacia adelante y empieza a trabajar en los muertos que se acercan, atrapándolos por los cuellos o las camisas y tirándolos al suelo.

William también se ha unido a la lucha, volteando el rifle y usándolo como un bate de béisbol, golpeando a los zombies. Al principio, simplemente los derriba, usando la misma estrategia que el resto del grupo, pero después de unos golpes, parece ganar confianza y comienza a golpear con fuerza, conectando con sus cabezas y rompiendo cráneos.

Josefine debió haber estado brevemente dentro del helicóptero, porque cuando pasa corriendo junto a Dan, ve que se ha armado con la pesada barra de metal que usó para noquear al tipo que intentó robar el helicóptero en Dinamarca.

Dan observa la escena frente a él por otro segundo. No puede evitar maravillarse al ver al grupo trabajando juntos, moviéndose entre sí, pivotando de un lado a otro, derribando o haciendo tropezar a los zombies como bolos, todos cubriéndose las espaldas.

Luego se pone en movimiento, saltando hacia adelante para golpear a un chico no mucho mayor que él, que está a punto de agarrar a Josefine por detrás. La llave golpea la mandíbula del chico y la disloca de manera audible y visible, haciendo que el chico gire a medias antes de caer, sus dientes derramándose sobre la carretera.

Dan no se permite pensar, sino que corre hacia adelante para dar un golpe al siguiente que viene. Este es un tipo alto y delgado. Dan apunta alto a su cabeza pero conecta con su nuca de

Adán, aplastándola y haciendo que el tipo emita un croar estrangulado mientras retrocede, derribando a una mujer que intentaba pasar, ambos cayendo.

Dan gira cuando siente que alguien se acerca por detrás. Un tipo que parece un Harry Potter adulto gracias a su cabello oscuro y gafas redondas extiende las manos para agarrarlo, y Dan balancea la llave a ciegas, golpeando el codo del tipo. Retrocede y da otro golpe, pero el tipo está demasiado cerca ahora, y Dan no consigue suficiente velocidad detrás de la llave para derribarlo, así que el tipo aprovecha la oportunidad y se lanza sobre él.

Dan tiene tiempo de pensar, incluso mientras sigue retrocediendo: «Esto es todo».

Justo antes de que el zombie Harry Potter pueda agarrarlo, Ozzy viene volando desde la izquierda, con las mandíbulas bien abiertas, espuma sanguinolenta salpicando desde su boca, y muerde el cuello del tipo, derribándolo.

Dan parpadea y mira alrededor.

Se siente mareado, siente que las cosas se mueven en cámara lenta, como si hubieran pasado veinte minutos cuando en realidad probablemente sean menos de veinte segundos.

Todos siguen de pie, balanceándose, saltando.

Pero se está volviendo cada vez más difícil. Más y más muertos se unen a la lucha, llenando la carretera, empujándose unos a otros para avanzar, cerrando lentamente pero de manera constante el semicírculo que han formado alrededor del helicóptero.

No podemos mantenerlos a raya por más tiempo...

Entonces, una voz aguda de niña corta el ruido: —¡Papá! ¡Se detuvo!

Dan gira la cabeza y mira a Lærke, que está de pie junto a la manguera conectada al helicóptero.

Sebastian la oye, derriba a un último zombie empujando la barra en su ojo y tirándola hacia un lado. Mira a los demás y grita: —¡Estamos listos! ¡Todos a bordo! ¡A bordo ahora!

Lærke y Ali, que están justo al lado del helicóptero, suben por la puerta abierta mientras Sebastian desmonta la manguera y la deja caer al suelo.

Josefine es la más cercana, y baja su arma y corre hacia el helicóptero. William hace lo mismo, llamando a Ozzy mientras corre. El perro está ocupado desgarrando el cuello de una pobre mujer, pero lo suelta de mala gana y regresa. Nasira, sin embargo, está lejos, casi perdida de vista en la multitud de muertos a los que sigue derribando a izquierda y derecha.

Ali grita su nombre, y ella lo oye, mirando en su dirección.

—¡Vamos! —grita Sebastian, agarrando fuertemente a Dan por el brazo mientras pasa—. ¡Tenemos que irnos!

—Pero Nasi...

—¡Es demasiado tarde!

Dan se da la vuelta y salta al helicóptero. Sebastian es el último en entrar, y William desliza la puerta cerrada justo detrás de él.

Desafortunadamente, un joven logra meter su mano justo antes de que la puerta se cierre por completo. Sus dedos se mueven ansiosamente en el aire.

—¡Mierda! —grita William, empujando la puerta corrediza con fuerza—. ¡Sáquenlo!

Josefine comienza a golpear el brazo con su barra de metal, pero eso sólo hace que se retuerza aún más.

Ozzy se lanza sobre él, mordiendo la mano, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, y Dan ve cómo los dedos se abren como salchichas demasiado cocidas reventando en la parrilla, uno de ellos incluso se desprende.

Pero al muerto no le importa, sigue tratando de agarrar algo y ahora también está metiendo su cabeza en la grieta, mientras varias manos más se aprietan detrás de él.

William está gritando, Josefine le responde a gritos, Sebastian también grita, y Ali está llorando y llamando el nombre de su hermana.

Dan no escucha las palabras; de repente se encuentra de vuelta cuando él y Thomas intentaban escapar de Jennie rompiendo la trampilla del techo. Recuerda cómo la niña zombie metió su brazo por el agujero y, sin importar lo que Thomas le hiciera, no lo retiró.

—No funcionará —dice, tan bajo que nadie lo oye.

—¡Rómpelo! —grita Sebastian, dirigiéndose a la cabina del piloto.

—¡Estoy intentando! —grita Josefine, empujando a Ozzy, que aún está tratando de morder la mano ensangrentada.

—¡No puedo mantenerlo! —grita William, mientras la puerta comienza a abrirse, más debido a las docenas de manos que se retuercen a través de la abertura. El coro de gemidos de los zombies que ahora rodean el helicóptero ahoga el sonido de los rotores, y Dan siente cómo la máquina comienza a balancearse de un lado a otro.

Entrarán en un minuto. O tal vez volcarán el helicóptero de lado.

—¡No funcionará! —grita Dan.

Entonces, de repente, se encuentra actuando. Empuja a Josefine a un lado, agarra la barra de metal de sus manos, se acerca a William y la clava con fuerza en la ranura de la puerta, atascándola para que no se mueva en ninguna dirección.

—¿Qué estás haciendo? —grita William—. ¡Ahora no puedo cerrarla!

Dan lo ignora, girándose hacia Sebastian. —¡Despega! ¡Ahora!, ¡Elévalo, o estaremos todos muertos!

Sebastian lo mira por medio segundo, luego se sienta y comienza a operar los instrumentos con movimientos rápidos y seguros.

Diez segundos después, el sonido de los rotores se intensifica y Dan siente que el helicóptero comienza a balancearse más violentamente.

—¡Mierda! —grita Sebastian—. ¡Están todos sobre los patines! ¡Agárrense a algo, va a ser un despegue inestable!

Todos se agarran a algo a su alcance, y Dan nota que la puerta cede unos centímetros más mientras los zombies aparentemente sienten que su presa intenta escapar.

Entonces, el helicóptero da un tirón y se eleva unos metros del suelo. La mitad de las manos caen instantáneamente, el resto se aferra desesperadamente, clavando las uñas en cualquier cosa que puedan alcanzar.

Pero a medida que el helicóptero se balancea y se eleva más en el aire, más y más zombies pierden el agarre y desaparecen.

Dan se da la vuelta y mira por la ventana. Mirando hacia abajo al mar de caras muertas que los miran, un bosque de brazos extendidos sin esperanza hacia el helicóptero, se da cuenta de que ya están a seis metros de altura.

Solo dos zombis siguen aferrados: el que tiene el brazo atrapado en la puerta, y una anciana que se agarra vehementemente a sus pantalones cortos.

Entonces, el cinturón del tipo cede y los pantalones se deslizan, haciendo que la anciana caiga sobre la horda de zombies. El tipo no llevaba ropa interior, y Dan puede ver su pene flácido colgando entre sus piernas pálidas mientras intenta desesperadamente agarrarse a algo con su mano libre.

Ahora que el helicóptero está libre de la mayor parte del peso muerto, se eleva más rápido, dejando rápidamente el suelo y al ejército de zombies atrás. Pero el tipo aún atrapado en la puerta se balancea de un lado a otro, haciendo que el helicóptero se tambalee peligrosamente.

—¡Sigue ahí! —grita Sebastian—. ¡No puedo volar con él colgando al costado! ¡Tienen que hacer algo!

Dan agarra la barra de metal y la saca. Luego abre la puerta y el zombi cae. Dan cierra la puerta de un golpe.

—¡Santo cielo! —exclama William, mirando por la ventana—. ¡Cayó de cabeza! ¡Se lo merece! —Mira a Dan, sonriendo, y le da un fuerte choque de manos—. ¡Eres el maldito héroe,

¿sabes?! ¡Nos acabas de salvar el trasero a todos!

Dan sonríe vagamente, luego mira a Ali, que está llorando en la esquina, Josefine abrazándolo.

—No a todos —murmura.

VEINTIUNO

Nadie dice nada por unos segundos, todos en el helicóptero se miran mientras se dan cuenta de que Nasira se ha quedado.

Entonces, algo se le ocurre a Dan. —Espera un minuto... puede que no esté muerta.

William y Josefine lo miran.

Él extiende los brazos. —Quiero decir... a los zombies no les interesa ella.

Ali también mira, sorbiendo y observando a Dan con lo que parece un destello de esperanza.

—Podrías tener razón —dice William, luego gritando a Sebastian—: ¿Podemos esperar aquí unos minutos? ¿Sólo hasta que se vayan todos? ¿Podríamos ver a Nasira allá abajo!

—¿Por qué querrías verla? —grita Sebastian de vuelta.

—¿Porque podría estar bien! ¡Ya estaba infectada, así que no le haran daño!

Sebastian piensa por un momento, luego asiente. —La mantendré estable. Pero no deberíamos desperdiciar demasiado combustible.

Dan mira por la ventana hacia la carretera, ahora a más de cien metros de abajo. La horda de no muertos se ve aún más aterradora desde aquí. Sin embargo, ya han comenzado a dispersarse, la mayoría dirigiéndose hacia la base, pero otros pocos se tambalean en diferentes direcciones, aparentemente percibiendo alguna otra fuente de carne fresca cerca.

A medida que la multitud comienza a disminuir, Dan comienza a notar los que no se mueven; una docena o más fueron asesinados en la pelea y están tendidos en el asfalto.

—¡No la veo en ninguna parte! —grita William desde la otra ventana—. ¿Alguien la ha visto?

Josefine niega con la cabeza.

Dan escanea el suelo cuidadosamente con los ojos. Ya se deshizo de sus lentes de contacto en la casa de Holger, así que su vista no es muy buena. Pero ve un movimiento un poco más arriba

en la colina. Una figura con cabello negro les está saludando. Ambos brazos están cubiertos de vendas.

—¡Ahí está! —grita y señala—. ¡En la ladera!

—¡Maldita sea, tienes razón! —dice William—. ¡Necesitamos recogerla!

Ali es demasiado bajo para mirar por las ventanas, así que en su lugar mira de Dan a William, y la esperanza se refleja brillando en su rostro.

—La bajaré en la cima de la colina —dice Sebastian—. Nasira tendrá que subir.

Mientras el helicóptero se dirige a la cima de la colina, Dan puede ver que Nasira comprende el plan, porque comienza a escalar la colina.

Aterrizan casi en el mismo lugar donde habían aterrizado antes, justo cuando Nasira llega a la cima y corre hacia el helicóptero.

William abre la puerta, y Ali salta a los brazos de su hermana. Josefina y William los suben a ambos y William cierra la puerta de golpe.

—¡Vámonos! —grita a Sebastian, innecesariamente, ya que el helicóptero ya está despegando de nuevo.

Dan mira a Nasira abrazando a Ali fuertemente. Está aún más herida ahora, su ropa rasgada y con más rasguños sangrantes en la cara y los brazos, la mayoría de las vendas se han desprendido. Pero sus ojos están perfectamente vivos mientras mira a los demás y dice: —Gracias por esperar.

—¿Cómo te sientes? —pregunta William, mirando sus heridas.

Ella se encoge de hombros. —Un poco magullada, pero no muy diferente a como me sentía antes.

William mira a Josefina, luego a Dan, y de vuelta a Nasira. —Creo que tenemos que tener una conversación difícil aquí.

Ella asiente. —Sé lo que vas a decir, William. Y me aseguraré de avisarles si algo... cambia. Como si me sube la fiebre.

William asiente. —Bien. Es sólo que... tal vez quieras... no sé, bajarte antes de que lleguemos al océano. Una vez que salgamos al mar, no habrá otra forma de salir del helicóptero... ya sabes.

Dan puede notar que William intenta no mirar a Ali mientras habla, pero Ali aún capta el mensaje y mira a Nasira, horrorizado ante la idea de que ella tenga que saltar al océano.

—Lo sé —dice Nasira simplemente—. Tal vez tengas razón, William. Tal vez me baje antes de eso. —Mira a Sebastian—. ¿Cuánto tiempo antes de llegar al océano?

—Será al menos una hora.

Ella mira a los demás. —¿Están de acuerdo con que me quede hasta entonces?

Dan asiente, y Josefine también.

Ella sonríe. —Gracias —Luego abraza a Ali de nuevo, y él se aprieta contra ella.

«Una hora más», piensa Dan para sí mismo, sintiendo un nudo en la garganta. «Tienen una hora más juntos».

VEINTIDÓS

A los zombies les lleva un poco más de tiempo llegar a la casa de lo que Iver temía. Probablemente porque parece ignorar el camino de grava, y simplemente caminar por los campos cubiertos de arbustos, a menudo enredan sus tobillos y caen.

Él, Chris, Charlotte y Agnete están todos reunidos en la sala de estar, donde ahora pueden ver a los que se aproximan desde las ventanas que dan a la terraza y al jardín trasero de Agnete.

Iver está aliviado de que el niño pequeño esté durmiendo y no tenga que experimentar nada de esto, pero al mismo tiempo se siente ansioso ante la idea de que el pequeño esté durmiendo solo en su habitación.

La sirena antiaérea sigue sonando fuera de la casa, como el lamento de un elefante herido. El sonido empieza a poner nervioso a Iver.

La radio sigue encendida, pero muy baja, según la orden de Chris. Dijo que el gobernador no podía realmente decirles nada nuevo sobre cómo manejar a los zombies, pero aún podría ser útil escuchar a alguien con información acerca de en cuáles direcciones vienen. Ahora mismo, sin embargo, el gobernador sólo está recitando las declaraciones oficiales sobre cómo manejar a los infectados si te encuentras con ellos, lo que básicamente se reduce a «huir tan rápido como puedas».

—Tengo que recordarles —dice el presidente—. Aún se considera legalmente asesinato si disparan a uno de los infectados, a menos que, por supuesto, sea en defensa propia...

—De acuerdo —dice Chris, terminando de montar el rifle y colocándolo en la mesa—. Necesitamos mover algunas cosas. Ayúdame, Iver.

Iver obedece mientras empujan el sofá y levantan la mesa más cerca de las ventanas. Agnete observa en silencio, sin objetar.

—Ahora este —dice Chris, señalando el piano.

Agnete sigue sin objetar, pero se apresura a tomar la foto de la boda.

Afortunadamente, el piano tiene ruedas y pueden rodarlo hacia el lado este de la habitación, donde bloquea las ventanas.

—Ahora sólo necesitamos preocuparnos por este lado —dice Chris, tomando el rollo de cuerda que trajeron del garaje—. Abre la ventana, Charlotte.

—¿Qué? —exclama Iver.

Charlotte mira vacilante a Chris. —¿Por qué la abriríamos?

—Porque no puedo dispararles a través del vidrio, ¿verdad? —gruñe Chris—. Ábrela hasta donde llegue la palanca y luego colócala en el soporte.

La ventana se abre hacia afuera. La palanca puede colocarse en un soporte, haciendo que la ventana actúe casi como una trampa, del tipo que usarías para atrapar a un gato atrayéndolo bajo una caja sostenida por un palo. Y así, se da cuenta Iver, es exactamente como Chris planea usarla.

Mientras Charlotte abre la ventana, Chris ata el extremo de la cuerda a la palanca. Luego le entrega el otro extremo de la cuerda a Iver.

Iver sólo la observa.

—Tómala —dice Chris—. Este será tu trabajo. Tu único trabajo.

—¿Qué... qué hago exactamente? —pregunta Iver, tomando la cuerda a regañadientes.

—Nada hasta que yo lo diga —dice Chris, levantando el rifle—. Sólo te quedas allí. Sostienes la cuerda, mantienes la boca cerrada y te mantienes listo. En cuanto escuches que grito “cierra”, tiras de la cuerda. ¿Entendido?

Iver asiente y se coloca en el lugar que Chris le señaló.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Charlotte, recordándole a Iver a una cadete ansiosa dirigiéndose al sargento; casi espera que ella junte los talones y haga un saludo.

—Tomas el rastrillo —dice Chris, señalando el arsenal de herramientas de jardinería apoyadas contra la pared—. Si alguno de ellos logra acercarse lo suficiente como para realmente alcanzar dentro, los empujas hacia afuera. Dudo que llegue a eso, pero estamos cubriendo todas las bases aquí. —Se vuelve hacia Agnete—. Y tú, cuando grite «munición», me traes la siguiente caja de balas, ¿de acuerdo?

Agnete respira hondo y asiente.

—Bien. —Chris los mira—. ¿Todos claros en sus tareas?

Todos intercambian miradas, asintiendo.

—Ahora, todos necesitan estar preparados para el ruido —continúa Chris—. Una vez que dispare esto, no escucharán mucho más que un zumbido al principio. Pero se acostumbrarán.

—Aquí vienen —dice Charlotte.

Iver mira hacia afuera y ve al primer zombie cruzar el arbusto que separa el jardín de Agnete del exterior. Sólo llega a la cintura, por lo que el tipo muerto simplemente lo atraviesa y comienza a cruzar el césped.

Iver agarra la cuerda, sintiendo que sus palmas se ponen sudorosas y su pulso late en su garganta.

«Sólo concéntrate en lo que dijo Chris», se dice a sí mismo. «Escucha esa palabra. Pase lo que pase, escucha esa palabra».

Iver no puede evitar sentirse agradecido de que Chris esté aquí, a pesar de cómo se ha comportado hasta ahora. Probablemente sea la última persona en la tierra con la que Iver saldría voluntariamente, pero en una situación como esta, es exactamente el tipo de persona que quieres cerca. Alguien que sabe qué hacer. Que toma el control de las cosas.

Chris se inclina sobre la mesa, tomándose su tiempo para ponerse en la postura correcta y posicionar el rifle. Cierra un ojo y observa por la mira del rifle hacia afuera.

Luego, inesperadamente, suena un disparo.

Por un segundo, Iver está seguro de que Chris disparó el rifle de inmediato, pero luego se da cuenta de que el sonido no fue lo suficientemente fuerte. Y además, vino desde afuera.

—Parece que el viejo Fred acaba de comenzar la fiesta —murmura Chris.

Iver mira hacia afuera, pero no puede ver la casa de Fred desde aquí.

—Oh, Dios mío —susurra Agnete—. Pobre Fred, solo allá. Espero que esté bien.

—Estoy seguro de que puede manejarse —dice Chris mientras suena un segundo disparo.

El tipo muerto se está acercando a la terraza, y otra, una mujer mayor, está cruzando el arbusto, seguida de cerca por un adolescente que aún lleva su mochila, como si fuera un turista regular que acaba de venir a visitar la isla.

—Bien, allá vamos —dice Chris. Apunta, carga el rifle y dice en voz alta—: ¡Abriendo fuego!

Luego aprieta el gatillo.

El disparo resuena en la habitación por varios segundos, rebotando entre las paredes y golpeando los tímpanos de Iver. Pensó que estaba preparado, pero el ruido aún es mucho más fuerte de lo que anticipaba. Le deja, tal como dijo Chris, con un zumbido agudo.

El tipo fuera de la ventana se detiene en seco y colapsa en el borde de la terraza.

Chris recarga el rifle y apunta a la anciana que viene a continuación.

Otro estruendoso disparo se escucha, y ella cae justo al lado del primero.

Chris recarga rápidamente.

El adolescente ha acelerado el paso, y justo cuando Chris dispara por tercera vez, el chico tropieza con sus propios pies y cae de cara al césped.

—Maldita sea —puede oír Iver gruñir a Chris a través del tono agudo en sus oídos mientras vuelve a cargar, los cartuchos vacíos rodando por la mesa.

El adolescente se está levantando de nuevo, e Iver apenas tiene tiempo de notar mechones de césped entre sus dientes antes de que otro movimiento capte su atención.

Desde el otro lado de la terraza, lo único visible para Iver, debido a su posición junto a la ventana opuesta, es una figura que aparece de repente. Es un tipo barbudo con la mayor parte de la piel de su cuero cabelludo ausente. Viene desde el lado y se dirige directamente hacia la ventana.

Iver mira a Chris, pero está ocupado apuntando al adolescente, y desde donde está sentado, no puede ver al tipo barbudo que ahora está a sólo centímetros de la ventana abierta.

VEINTITRÉS

Dan está de vuelta allí otra vez. En esa maldita casa donde todo comenzó. Está de pie en el sótano. Mirando alrededor. Está solo. Está oscuro, pero aún puede ver todo.

Los animales desollados clavados a las sillas.

Los charcos de sangre en el piso de concreto.

Los restos del ritual que tuvo lugar allí.

Mira hacia abajo y ve algo justo entre sus pies. Puede ver una pequeña bolsa de cuero marrón en una cuerda. Como una especie de extraño collar.

Parece insignificante.

Pero no lo es.

Es muy importante.

Dan de alguna manera lo siente.

Luego, mientras aún está mirando la bolsa, la vista cambia a su alrededor. Todo, excepto la bolsa, se transforma en otra cosa.

Ahora, mientras Dan aún ve la bolsa, ya no está descansando en el suelo de concreto, sino contra el pecho de un chico de su edad.

El chico está de pie en una ventana, mirando a Dan con ojos grandes y asustados. Y Dan se da cuenta de que ahora está en la casa de Holger.

Está de vuelta en el momento justo, antes de que tuvieran que dejar la casa segura.

La escena vuelve a cobrar vida frente a sus ojos. El chico acaba de empujar el cuerpo sin vida de Holger por la ventana.

Y ahora simplemente está allí, congelado en el tiempo, mientras Dan mira la extraña bolsa de cuero colgada de su cuello.

Luego, suavemente, el sueño comienza a desvanecerse y a romperse. Se desvanece en la oscuridad. La realidad vuelve a arrastrarse.

Dan parpadea y abre los ojos. Esta vez, no estaba realmente dormido, sólo cabeceando.

Mira a su alrededor y ve a los demás descansando también. William está sentado con Ozzy entre sus pies, acariciando su cabeza mientras mira al suelo. Josefina parece estar dormida, apoyada contra la pared. Y Ali está sentado en el regazo de Nasira; ambos tienen los ojos cerrados.

Dan se desabrocha y se levanta para mirar por la ventana. Todavía están sobre tierra, una banda de montañas desoladas pasa debajo. En el horizonte está el mar azul.

Dan tiene esta extraña sensación que le queda del sueño. Es como si algo grande hubiera cambiado dentro de él. Algo que siempre ha estado allí, pero que ahora finalmente ha caído en su lugar. Si tan sólo pudiera recordar el sueño, pero ya se ha deslizado de nuevo en su inconsciente. Ahora se sienta junto a William.

William lo mira, sonriendo cansado. —¿Qué pasa?

Dan se inclina lo suficiente para que pueda oír: —¿Tú... tú crees en el destino?

William levanta las cejas. —No realmente, no. ¿Por qué? ¿Tú sí?

—Antes no, pero... con todo lo que ha pasado, es difícil no creer.

—Supongo que tienes razón.

Se sientan en silencio por un rato. Dan intenta concentrarse en la sensación en su estómago. Trata de iluminar, de verla claramente, de recordar. Pero sea lo que sea, lo ha perdido.

Entonces Sebastián llama: —Está bien, nos estamos acercando a la costa ahora. Encontraré un lugar para aterrizar.

Nasira abre los ojos, revelando que no estaba durmiendo, y cuando sus ojos se encuentran con los de Dan, ella le envía una sonrisa reconfortante.

Luego Ali se despierta y comienzan a hablar en árabe juntos.

Dan siente que el helicóptero comienza a descender, y unos minutos después tocan tierra una vez más.

Sebastián se gira en su asiento, mirándolos. —No quiero parecer insensible, pero creo que deberíamos hacerlo rápido. No vi a ningún muerto desde el aire, pero nunca se sabe. Mantendré el motor encendido.

Nasira asiente. Se desabrocha y va a abrir la puerta, Ali siguiéndola. Mientras ella sale, él la acompaña, agarrado de su mano.

—¿Está bien si salgo un minuto? —le pregunta Dan a Sebastián.

Él asiente. —Claro, pero no pierdas de vista el helicóptero.

Dan salta.

Nasira y Ali han caminado unos metros hacia la cima de la colina cubierta de hierba. Justo al otro lado de la colina está el océano, brillando verde bajo el sol del atardecer, un par de gaviotas están surcando el aire.

Dan no puede obligarse a mirar mientras Nasira se arrodilla y abraza a Ali, diciéndole adiós. En su lugar, va a mirar el océano. Puede oler la sal mientras, se sienta en la hierba y observa las olas llegando y desvaneciéndose suavemente contra la orilla.

Aparta la mirada y ve a William y Josefine saliendo del helicóptero. Sebastián se les une también, estirando la espalda, con Lærke cerca de su lado.

Entonces, de repente y sin ningún preámbulo obvio, la sensación vuelve a invadirlo, o más bien, el recuerdo. Es como un déjà vu, pero mucho más fuerte.

Una imagen.

La bolsa de cuero.

El chico.

Y entonces Dan finalmente lo comprende.

VEINTICUATRO

—¡Chris! —grita Iver, su propia voz se escucha como si estuviera lejos—. ¡Cuidado! ¡Desde la derecha!

Chris nota al tipo en el segundo que entra en la vista, y gira el rifle treinta grados a la derecha, casi apretando el gatillo, mientras el tipo presiona su cara contra el vidrio.

Charlotte grita.

Chris duda.

—¡Dispárale! —grita Iver.

—¡No puedo! —grita Chris, manteniendo el cañón apuntando a la cabeza del tipo—. ¡Romperé la ventana!

El tipo se agacha al darse cuenta de que no puede empujar a través del vidrio y se inclina hacia adentro. Chris dispara, y el cráneo del tipo se hunde mientras se desploma sobre el alféizar de la ventana, la sangre se ve ahora derramándose desde su herida abierta en la cabeza y cayendo al suelo.

—Oh, Dios mío, Dios mío —Iver puede escuchar a Agnete murmurar en algún lugar detrás de él.

—¡Sácalo, Charlotte! —ruge Chris—. ¡Usa el rastrillo, por el amor de Dios!

Charlotte sólo se queda allí, mirando el cadáver hinchado y sangrante a través de la ventana.

—¡Charlotte! —ruge Chris—. ¡Hay más de ellos viniendo! ¡Sácalo de mi línea de fuego! ¡No puedo eliminarlos!

Iver mira hacia afuera y ve cuatro o cinco zombies cruzando el jardín.

Charlotte sigue simplemente parada allí.

Iver, casi sin darse cuenta de lo que está haciendo, corre hacia Charlotte, le quita el rastrillo y con el mismo empuja al hombre. Pero es demasiado pesado. Por el rabillo del ojo, nota dos

figuras entrando en la terraza. Lo ignora y se concentra en sacar al tipo muerto de la ventana. Se pone la cuerda entre los dientes, lo que le permite usar ambas manos en el rastrillo y usándolo logra empujar el torso del tipo hacia afuera de la ventana.

En el momento en que cae, Chris dispara tres veces en rápida sucesión, sólo deteniéndose unos segundos entre cada disparo para recargar.

Los cartuchos vacíos caen al suelo, y los zombies se desploman en la terraza.

—¡Cierra la ventana! —grita Chris—. ¡Son demasiados!

Iver mira sus manos, preguntándose por medio segundo dónde fue a parar la cuerda, luego se da cuenta de que aún está en su boca. La saca y tira fuerte, quitando la palanca de la ventana y haciendo que se cierre de golpe. Salta, gira la manilla y se aleja justo cuando el siguiente muerto llega a la ventana, y comienza a acariciar el vidrio.

Iver mira al zombie, es un tipo de mediana edad, calvo y con tatuajes en los brazos, y luego mira a los demás.

Agnete está al otro extremo de la habitación, con ambas manos presionadas sobre su boca, como si quisiera contener los gritos.

Charlotte sigue parada en el mismo lugar, mirando con los ojos muy abiertos la ventana.

Chris se pone de pie y coloca el rifle sobre su hombro. —Maldita sea, idiota —gruñe a Charlotte—. ¡Tenías un trabajo!

Charlotte no parece oírlo. Sus labios se mueven, pero no salen palabras.

—Aparentemente, esto no funcionará —dice Chris—. Hay un ángulo ciego que no había considerado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Iver, notando que su audición vuelve lentamente a la normalidad—. ¿Con respecto a los de afuera, me refiero?

Cuatro zombies ya están abarrotando la terraza, y más están cruzando el césped.

—Nada por ahora —dice Chris con gravedad—. Excepto tal vez rezar para que el vidrio aguante.

Charlotte emite un ruido extraño. Sus hombros comienzan a temblar y su boca tiembla.

—Está en shock —dice Chris, sonando más molesto que alguna otra cosa—. Pensé que lo haría mejor bajo presión.

Iver instintivamente va hacia Charlotte y la toma por los hombros. Ella se derrumba en él y comienza a sollozar y temblar. La ayuda a sentarse en el sofá.

Entonces otro sonido lo alcanza: el llanto del niño desde arriba.

Iver mira a Agnete. —¿Podrías... ayudarla? Iré a ver al niño.

Agnete parece que se recompone, luego asiente y se acerca a sostener a Charlotte, que ahora llora como un bebé.

Iver pasa corriendo junto a Chris, y lo escucha suspirar y murmurar en voz baja: —Atrapado con una anciana, un bebé, una niña llorona y un marica. Qué suerte la mía.

VEINTICINCO

—¿Viene o qué? —pregunta Sebastián.

William puede ver a Dan sentado con las piernas cruzadas. Nasira y Ali todavía se están abrazando y despidiéndose.

—Dale un minuto —dice Josefina—. Acaba de perder a su padre. Probablemente necesite un minuto.

—Lo sé —dice Sebastián—. Sólo que no quiero quedarme aquí. No es seguro.

—Iré a buscarlo —dice William. Se acerca a Dan con Ozzy a sus pies y se sienta junto a él. Dan parece no notar que William está allí; sólo está mirando al agua.

—Es una vista increíble —dice William.

Dan lo mira, parpadeando. —Creo que ahora lo entiendo.

—¿Entender qué?

—Lo que el universo está tratando de decirme.

—Oh. ¿Y qué es eso?

—Necesitamos volver allí.

William frunce el ceño. —¿Volver a dónde? ¿A Dinamarca?

—Volver a la casa donde comenzó todo.

—Y... ¿por qué haríamos eso? Esa es la zona cero. Exactamente el lugar del que estamos tratando de escapar.

—Lo sé. Y creo que eso es lo que estamos haciendo mal.

William está a punto de responder cuando Sebastián interviene: —¿Qué estamos haciendo mal otra vez?

William se vuelve para ver que Sebastián, Lærke y Josefina se han unido a ellos.

Dan mira a Sebastián, encogiéndose de hombros. —Estamos huyendo.

—Por supuesto que lo estamos —dice William, sonriendo y extendiendo los brazos—. Es lo único sensato que hacer.

Dan sacude la cabeza lentamente. —No podemos huir de esto. Destruirá el mundo si lo hacemos.

William y Sebastián intercambian una mirada.

—Tal vez las autoridades lo controlen —sugiere Sebastián.

—Por supuesto que no lo harán —dice Josefine con voz cansada—. Intentarán todas las cosas equivocadas con todas las buenas intenciones, y sólo se matarán intentándolo. Y cuando eso falle, recurrirán a bombardear todo. Incluso si logran detener esto, destruirán el planeta en el proceso.

—Tal vez no llegue a eso —comienza Sebastián—. Tal vez...

—Tiene razón —dice Dan suavemente—. No pueden detenerlo. Porque no saben cómo. Pero nosotros sí. Yo sí. Estuve allí. Vi cómo comenzó. Así es también como debe terminar.

Sebastián entrecierra los ojos. —Lo siento, pero no te sigo, Dan. No entiendo lo que quieres decir.

—¿Estás... hablando de vudú? —adivina William.

Dan asiente, mirando nuevamente el océano. —Esto no es un virus. Ni siquiera es una enfermedad. Es una maldición. Magia negra. Algo que afecta el alma. Ninguna vacuna curará eso. Ningún arma lo detendrá.

Luego hay un momento de silencio.

—Entonces... —continúa Sebastián—. ¿Necesitamos encontrar, qué, una contra-maldición?

Dan dice, aún sin mirarlos: —Primero necesitamos encontrar a la persona que lo comenzó.

—Pero ella está muerta —interviene William—. Lo dijiste tú mismo. Fue la mujer en la casa, ¿verdad?

—Alguien más estaba allí también —dice Dan—. Alguien que ya hemos conocido.

—¿Quién? —pregunta William.

—El chico.

—¿Qué chico?

—El que estaba en la casa de Holger.

Todos lo miran con atención ahora, incluso Nasira ha captado la conversación y está volviendo a escuchar, Ali agarrando su mano, sollozando y limpiándose los ojos.

—¿Te refieres al chico y su madre psicópata? —pregunta William—. ¿El que mató a Holger?

—Sí. Vi su bolsa—tenía esta pequeña y extraña bolsa de cuero alrededor de su cuello, la vi en la casa. Apenas lo recordé. Debió haber estado allí antes de que sucediera lo que sea que pasó, y también debió haber regresado más tarde para recuperar la bolsa.

Sebastián, William, Josefina y Nasira se miran entre sí. Luego todos miran de nuevo a Dan.

—¿Estás seguro de que era la misma bolsa? —pregunta Josefina.

—Seguro —dice Dan—. Es muy única.

—Lo siento, amigo —dice William—, pero ¿no crees que eso es un poco... no sé, irrelevante? Quiero decir, ¿qué importa si ese chico estuvo allí? ¿Crees que puede hacer algo para detener esto?

—Creo que su madre puede —dice Dan—. Apuesto a que está metida en el vudú, igual que la mujer que vivía en la casa. Incluso puede que haya ayudado a hacer el ritual con la niña.

Todos lo miran aún con caras escépticas, y luego finalmente gira la cabeza, y William se sorprende al ver que los ojos de Dan están brillando mientras los mira uno por uno.

—Miren, entiendo que esto suena como un disparate, realmente lo entiendo. Pero lo siento en mi interior. Estuve allí. También estuvieron mi hermana y su novio. Ambos murieron en ese lugar. Así que nadie más puede verificar lo que vi. Pero, ¿y si tengo razón? ¿Y si esta mujer estuvo involucrada? ¿Y si sabe cómo comenzó todo?

—De acuerdo, digamos que tienes razón —dice Sebastián con calma—. Aún no veo por qué eso es razón suficiente para que quieras volver.

—Porque ella podría saber cómo detenerlo.

—Si ella supiera eso, ¿no crees que lo habría hecho? —dice William—. Quiero decir, obviamente es una psicópata a sangre fría, pero ¿por qué crearía un zombie y lo soltaría en el mundo?

—No lo haría —dice Dan, respirando profundamente—. Fue un accidente, obviamente. Ese ritual estaba destinado a curar a la niña, debió tener algún tipo de accidente, y probablemente ya estaba muerta cuando lo hicieron. Pero se salió de control y se convirtió en zombie y mató a su abuela, la anciana que vivía allí. Tal vez la otra mujer y su hijo aún estaban allí cuando sucedió, tal vez ya se habían ido y no se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde. De cualquier manera, no tenían la intención de que esto sucediera. —Dan respira por la nariz—. Les digo, necesitamos volver allí y hablar con esa mujer.

Nadie dice nada por un momento.

—Tiene sentido cómo lo pones —concede William—. Pero, ¿qué esperas que suceda si volvemos allí? ¿Que ella acepte intentar, qué, desencantar a todos los zombies?

—No lo sé —admite Dan—. Sólo sé que eso es lo que necesitamos hacer... volver allí y hablar con ella.

—Si el vudú realmente tiene algún tipo de poder para detener la pandemia —dice Josefina—, entonces ¿por qué no encontramos a algún sacerdote que sepa todo al respecto?

Dan parece considerar por un momento, luego sacude la cabeza. —No tendría forma de saber exactamente lo que sucedió. No salió según lo planeado, ¿recuerdas? Si alguien sin pleno conocimiento empieza a meterse con eso, podría empeorar las cosas.

—¿Peor que el fin del mundo por culpa de zombies? —dice William, arrepintiéndose del comentario de inmediato al ver que nadie más sonríe. Se aclara la garganta—. Está bien, mira, si realmente quieres hablar con esa mujer, creo que hay una manera de llegar a ella sin volver allí.

Dan lo mira. —¿Cómo?

William saca su teléfono y se lo muestra. —La llamamos.

Josefine frunce el ceño. —¿Tienes su número?

—No —dice William—, pero tengo el número del teléfono satelital en el búnker de Holger.

VEINTISÉIS

William enciende su teléfono, encuentra el número y se lo pasa a Dan.

Dan mira la pantalla, mordiéndose el labio, sintiéndose de repente dudoso. —¿Qué... qué le digo?

—No lo sé —le dice William—. Eres tú quien quiere hablar con ella.

Dan mira a su alrededor a los demás; todos lo están mirando, ninguno de ellos tiene respuestas.

Dan se da cuenta de que es asunto suyo.

Esta es su corazonada.

Este es su trabajo.

Cierra los ojos por un momento, tratando de encontrar paz dentro de sí. Sin razón aparente, Thomas aparece en su visión interna. Thomas era determinado. Era fuerte. Sabía qué hacer. Incluso cuando enfrentaba la muerte, no dejó de hacer lo que necesitaba hacerse.

Dan debe cultivar algo de esa fuerza ahora, Dios sabe que la necesita.

Así que respira profundamente y hace la llamada, colocando el teléfono en su oído.

—Puede que tarde un rato en empezar a sonar —dice William.

Y lo hace, por casi veinte segundos, Dan no oye nada. Luego hay un leve ruido estático. Y finalmente, el teléfono comienza a sonar.

Después del tercer timbre, el estático se detiene cuando aparentemente la llamada es contestada.

Por un momento, sólo hay silencio.

Dan imagina a la mujer allí de pie, sosteniendo el teléfono en su oído, esperando con sospecha sin decir nada.

Entonces, completamente inesperado, una voz débil de niño dice: —¿Hola?

En un instante, Dan ve al chico en la ventana nuevamente. Y busca en su memoria.

¿Cuál era su nombre? Sé que escuché a la mujer llamarlo. ¿Cuál era?

Entonces le viene a la mente.

—¿Dennis?

Una breve pausa. Luego, tímidamente: —Eh, sí. ¿Quién es?

Hay algo en la voz del chico que desencadena otra pequeña pieza en la memoria de Dan. Mille, diciéndole por teléfono: «Creo que tiene una discapacidad intelectual o algo así...»

—Hola Dennis. Mi nombre es Dan. Necesito hablar contigo.

Dan se detiene. Estaba a punto de pedir hablar con la madre del chico. Pero algo lo hizo detenerse.

—¿Es el chico? —susurra William, mirando a Dan.

Dan asiente, justo cuando Dennis dice en su otro oído: —Eh, no entendí esa última parte. ¿Hola?

Dan no responde de inmediato.

—Pídele que ponga a su madre en la línea —sugiere William, siendo impaciente. Obviamente está interpretando la vacilación de Dan como una falta de valor.

Pero Dan realmente está dudando porque está cambiando internamente su enfoque. Se había preparado para hablar con una mujer muy inteligente y calculadora. Había estado devanándose los sesos por alguna manera de persuadir a esa mujer para que se reuniera con él, aunque ella no tendría absolutamente ninguna razón para hacerlo y probablemente sospecharía de que él siquiera se lo pidiera. Estaba enfrentando una tarea casi imposible.

En cambio, tiene a un joven con algún tipo de discapacidad mental. Debe tener al menos la edad de Dan, pero por cómo habla, suena más como la edad de Ali. Y eso podría ser exactamente la ventaja que Dan necesita. ¿Qué fue lo que Mille le dijo? Algo sobre el chico siendo como un esclavo de su madre...

—¿Hola? —pregunta el chico—. ¿Sigues ahí?

—Sí —dice Dan—. Perdón por eso, Dennis. Lo que decía es que necesito hablar contigo.

William lo mira, moviendo los labios: —¿Qué?

—Eh, está bien —dice Dennis—. ¿Sobre qué?

—Sobre algo muy importante. No puedes colgar el teléfono hasta que hayas escuchado lo que tengo que decir. ¿Me lo prometes?

Esta vez, hay una pausa más larga. Lo suficientemente larga como para que Dan empiece a preguntarse si Dennis le responderá o simplemente terminará la llamada. Podría haberlo arruinado. Podría haber pedido demasiado. Podría haber hecho a Dennis sospechar.

Pero entonces Dennis dice: —Claro, supongo.

VEINTISIETE

Dennis está sentado en la mesa del búnker de Holger, haciendo un dibujo con el marcador que encontró.

A Dennis siempre le ha gustado dibujar. Incluso es bastante bueno en ello; una de las pocas cosas en las que es bueno. Y le sirve como un calmante cuando está preocupado o tiene muchas cosas en mente.

Como ahora.

Mamá está arriba en la casa, en algún lugar. Dennis no tenía ganas de estar con ella. Lo cual es un sentimiento extraño y nuevo para Dennis.

Así que bajó aquí para estar solo y dibujar. Eso le ayuda a no pensar en Silas. O en lo que Mamá hizo con la muñeca.

De repente, suena un timbre fuerte, lo que hace que Dennis salte y deje caer el marcador. Mira a su alrededor esperando ver algún tipo de alarma. En cambio, sus ojos se posan en un teléfono grande y raro que está en una estación en la pared.

Dennis se levanta y se acerca mientras el teléfono suena por segunda vez.

Muy exaltado, Dennis pone su mano en el auricular, como si estuviera a punto de tocar una serpiente dormida.

Suena por tercera vez.

Dennis lo saca del soporte.

Es grande y no tan práctico comparado con un teléfono normal, e incluso tiene una antena corta. Se muestra un número en la pantalla estrecha. Dennis no lo conoce. Duda un momento más.

Luego se lleva el teléfono a la oreja. —¿Hola?

Hay un momento de silencio estático. Luego una voz se oye. —¿Es Dennis?

Dennis, sorprendido de escuchar su propio nombre, parpadea. Debe conocer a la persona al otro lado, ya que lo conoce a él, pero no puede identificar la voz. Luego dice: —Eh, sí. ¿Quién es?

Luego hay una breve pausa.

—Hola Dennis. Mi nombre es Dan. Necesito hablar con...

Parece que la voz se corta, y por un momento, Dennis piensa que se ha perdido la conexión. Pero todavía puede escuchar un leve crujido estático.

—Eh, no entendí esa última parte —dice—. ¿Hola?

No hay respuesta, sólo más ruido estático. Dennis mira el teléfono. Aún hay luz en la pantalla. Se siente un poco nervioso por esta llamada extraña. Casi siente que no debería estar tomándola. Que si Mamá hubiera estado aquí, le habría arrancado el teléfono de su mano y lo habría colgado. Probablemente, quienquiera que estuviera llamando no era alguien con quien debería estar hablando.

Pero puede decir que la voz del otro lado pertenece a un chico de su misma edad, y el chico suena amigable. Además, Dennis es muy curioso.

Vuelve a ponerse el teléfono en la oreja. —¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí —responde la voz—. Perdón por eso, Dennis. Lo que decía es que necesito hablar contigo.

Dennis siente un golpe de emoción.

—Eh, está bien —dice Dennis, balanceándose de un pie a otro, tratando de no parecer demasiado interesado—. ¿Sobre qué?

Otra breve pausa aparece a continuación.

—Sobre algo muy importante. No puedes colgar el teléfono hasta que hayas escuchado lo que tengo que decir. ¿Me lo prometes?

Dennis se muerde el labio. Tanto la ansiedad como la emoción suben en su pecho. La siente aun más fuerte ahora que esta no es una conversación que debería tener sin que Mamá lo sepa. Y está a punto de decirle al chico del otro lado justo eso, cuando por alguna razón extraña, Dennis de repente escucha la voz de Silas: «Crece un poco y hazlo pronto. Es sólo un consejo amistoso.»

Dennis endereza un poco la espalda, luego dice, reuniendo tanta confianza como puede: —Está bien, supongo.

Hay de nuevo otra pausa.

—Gracias, Dennis. ¿Sigues en la casa de Holger?

—Eh, sí.

—¿Y tu madre? ¿Está allí contigo?

—Ella está arriba ahora mismo. Estoy en el búnker. ¿Quieres que vaya a buscarla? La idea de pasarle la llamada extraña a Mamá es a la vez un alivio y un poco decepcionante para Dennis, y no puede decir realmente qué respuesta puede esperar del chico del otro lado.

—No, está bien. En realidad, necesito hablar contigo sobre tu madre.

Dennis parpadea. —Oh. Está bien.

—Tu madre practica vudú, ¿verdad?

De repente, Dennis se siente suspicaz. ¿Cómo puede el chico del otro lado saber dónde está? ¿Cómo sabe sobre el búnker? ¿Cómo supo siquiera el nombre de Dennis?

—Escucha, yo... ¿te conozco?

—No —dice Dan—. Pero nos hemos visto, muy brevemente. Lo explicaré en un momento, ¿de acuerdo?

—Creo que es muy extraño que sepas mi nombre y todo eso... ¿Eres... eres amigo de Silas y Jonas?

—No. No conozco a esas personas.

—¿Estás seguro? Porque si estás tratando de engañarme...

Dennis no puede terminar la frase, su corazón late tan fuerte en su garganta que casi se queda sin aliento.

—Escucha, Dennis, puedes confiar en mí, ¿de acuerdo? No estoy tratando de engañarte, lo prometo. Sólo necesito hablar contigo por un par de minutos, eso es todo.

Dan está hablando de manera calmante, pero Dennis se siente muy tenso ahora. De repente, se arrepiente de haber contestado el teléfono raro. —Yo... no sé si debería estar hablando contigo. Creo que voy a buscar a mi mamá ahora.

—Por favor espera, Dennis. Como dije, esto es muy importante. El futuro del mundo podría depender de ello.

Esa última parte hace que Dennis vuelva a dudar. —¿Cómo es eso? —pregunta tentativamente.

Esta vez, la pausa es un poco más larga. Como si el chico del otro lado estuviera contemplando cómo decir las cosas. Dennis agarra el teléfono con fuerza. Cuando Dan finalmente habla, su tono es muy íntimo.

—Sé cómo comenzó todo. Sé que tú y tu madre estuvieron involucrados de alguna manera. Está bien, no te estoy culpando. Sólo digo que sé que viste cómo sucedió todo, ¿no es así?

La boca de Dennis se seca de repente. Boquea como un pez fuera del agua. Siente un nuevo y fuerte impulso de desconectar la llamada. Pero algo en la voz del chico hace que Dennis

permanezca en la línea.

—No necesitas responder —continúa el chico—. La razón por la que llamo es porque necesito tu ayuda, Dennis. Quiero detener esto. Y sólo puedo hacerlo si me ayudas a hablarle a tu mamá.

—Está bien, puedo ir a buscarla ahora mismo...

—No poniéndola al teléfono, no. Si haces eso, sólo me colgará. No confiará en mí.

Pensándolo bien, Dennis se da cuenta de que el chico probablemente tiene razón. Y tal vez Mamá tendría razón al no hacerlo, Dennis aún no está seguro.

—En cambio, necesito que me dejes entrar. Voy a volver a la casa de Holger. Estaré allí mañana. Necesitas desbloquear la trampa por la que tú y tu mamá entraron. ¿Puedes hacer eso?

—Yo... no... no puedo —dice Dennis, sacudiendo la cabeza—. Mamá me mataría.

—Es por eso que necesitas hacerlo sin que tu mamá lo note. Sé que esto es mucho pedir, pero...

Dennis sacude la cabeza aún más violentamente. —¡No! No, nunca haría eso. Nunca engañaría a mamá así.

Dan mantiene su voz tranquila. —Entiendo, Dennis. Pero necesitas confiar en mí. La razón por la que te pido esto es porque tu mamá no me dejará entrar sin importar lo que le diga. Sólo tú puedes dejarme entrar. Una vez que esté dentro, puedo hacer que tu mamá entienda por qué necesito su ayuda. Creo que ella podría ser la única persona en el mundo que puede encontrar una manera de detener lo que está sucediendo antes de que sea demasiado tarde. Te doy mi palabra de que no te haré daño a ti ni a tu mamá. Lo juro. ¿Me crees, Dennis?

Curiosamente, Dennis descubre que sí lo hace.

Y luego, de repente, finalmente, encaja.

—Tú... tú eres... eras tú... ¡en el coche! Te vi desde la ventana de arriba. ¡Tú y tus amigos fueron los que se quedaron aquí antes de que yo y mamá llegáramos!

Espera que Dan lo niegue o al menos suene culpable, pero simplemente dice: —Tienes razón, Dennis.

Dennis frunce el ceño. —Entonces, ¿cómo sé que no vienes sólo para recuperar el lugar? Tal vez... tal vez tú y tus amigos están haciendo algún tipo de plan inteligente para echarnos a mí y a mamá de aquí.

—No tenemos intención de hacer eso. Necesitas confiar en mí.

—¿Cómo puedo confiar en ti cuando ni siquiera te conozco?

Otra pausa más larga continúa. Dennis está a punto de preguntar si el chico sigue en la línea, cuando finalmente habla.

—Seré el único que entre en la casa. Y no traeré armas. Dejaré que tu mamá decida qué hacer conmigo. Si quiere matarme y arrojarme por la ventana como hizo con Holger, entonces no podré detenerla. —Dennis puede escuchar al chico tomar aliento antes de continuar—. Así es como sabes que no iremos para recuperar la casa. Así es como sabes que puedes confiar en mí, Dennis.

VEINTIOCHO

Iver se sienta en la silla en la esquina y observa al niño pequeño jugar. No puede evitar sonreír.

El pequeño está explorando la habitación, investigando cada juguete a su vez, de vez en cuando mirando a Iver y sonriendo tentativamente, como si preguntara: «¿Puedo jugar con este también?»

Realmente hay muchos juguetes; Agnete le pidió que sacara una maleta de un armario en su habitación, que resultó contener de todo, desde ositos de peluche hasta coches de carrera.

Están en el dormitorio de arriba, e Iver está agradecido por el segundo piso; aquí arriba, no pueden escuchar a los zombies golpeando las ventanas de abajo. Lo que significa que con un poco de suerte, realmente no podrán dormir.

El pensamiento hace que Iver bostece, y mira su reloj. Son las ocho en punto. El sol comienza a moverse hacia el horizonte, enviando ese último resplandor de luz naranja a través de las ventanas.

Si, Iver sólo mira al pequeño que se mueve jugando con los juguetes, casi puede engañarse a sí mismo, y creer que el mundo es un lugar seguro.

Llamó a su mamá antes, cuando finalmente pudo conseguir recepción. Ella había estado preocupadísima por él desde que escuchó sobre el ferry. Le aseguró que estaba bien. Ella también, de hecho; en camino a Finlandia en un autobús con la tía Ada. El gobierno finlandés estaba estableciendo campamentos seguros en el norte, donde podrían albergar a varios miles de personas y donde la infección no debería poder entrar.

Iver espera mucho, que eso sea verdad.

Todavía puede saborear la cena que Agnete les preparó. Se siente lo suficientemente cansado como para poder acostarse ahora mismo y dormir.

—¿No estás nada cansado? —pregunta.

El niño lo mira con una expresión de duda.

—¿Cuándo sueles irte a la cama?

El niño pequeño levanta un teléfono de juguete, sonriendo, como diciendo: «Creo que es para ti».

Iver extiende la mano, y el niño viene tambaleándose, colocando el teléfono en su palma.

Iver finge marcar un número. —Entonces, ¿a quién deberíamos llamar? ¿A tu mamá? —La palabra se le escapa antes de poder pensar, y puede sentir cómo la sangre se drena de su rostro. El niño no parece notar, sólo mira a Iver con anticipación, esperando ver qué sucederá.

Iver se aclara la garganta y se lleva el teléfono a la oreja. —¿Hola? Sí, soy Iver. ¿Qué es eso? Oh, está bien. —Le pasa el teléfono al niño—. Quieren hablar contigo.

El niño sonríe ampliamente y toma el teléfono sin apartar los ojos del rostro de Iver. Iver puede decir al mirar sus ojos, cómo está tratando de averiguar, qué se supone que debe hacer. Luego se lo pone en la oreja.

Iver sonríe y asiente. —Así es. Así se hace.

—¿Hola? —dice el niño, sorprendiendo a Iver por lo bien que imita la palabra—. ¿Hola?

—Eres tan inteligente —dice Iver, sintiendo un nudo formarse en su garganta. Antes de poder evitarlo, extiende una mano para acariciar el cabello dorado del pequeño.

—¿Hola? —dice el niño otra vez, girándose para volver a los juguetes, todavía sosteniendo el teléfono contra su oreja.

Iver lo observa e intenta detener las lágrimas que presionan detrás de sus ojos. La idea de que el pequeño nunca vuelva a ver a su mamá es demasiado para soportar.

—¿Cómo vas a llamarlo?

Iver gira la cabeza rápidamente para ver a Agnete parada en la puerta. La anciana ha subido las escaleras muy silenciosamente. Está mirando al niño, sonriendo, sosteniendo una botella de leche.

—Yo... no lo sé —dice Iver, limpiándose discretamente los ojos con la manga—. Ya tiene un nombre. No puedo simplemente... renombrarlo.

—Bueno, tendremos que llamarlo de alguna manera. —Agnete entra en la habitación—. Espera, se me acaba de ocurrir una idea. —Le pasa la botella a Iver, luego se acerca al niño y se arrodilla. Revisa el interior del cuello de su camisa en la parte posterior de su cuello, sacando la pequeña etiqueta blanca con las instrucciones de lavado—. Aquí tienes. Adam.

Iver puede ver el nombre escrito con marcador negro en la etiqueta. —¿Por qué... por qué escribirían su nombre allí?

—Es algo que a menudo se hace cuando comienzan en la guardería. Para que la cuidadora pueda distinguir la ropa si necesita cambiarla.

—Oh. Entonces, ¿su nombre es Adam?

El niño lo mira.

—¿Adam? —repite Iver—. ¿Conoces ese nombre?

—Adum —imita el niño.

Agnete se ríe. —Bueno, Adam, es hora de ir a la cama ahora. —Toma la botella de Iver, luego le pone una mano en el hombro—. Chris quiere hablar contigo abajo.

—¿Él? Oh, está bien. Bueno, ¿qué pasa con...?

—Yo lo acostaré. Sólo dile buenas noches.

Iver se levanta, y Adam lo mira. —Bueno, buenas noches, pequeño. Quiero decir, Adam. Buenas noches, Adam.

Se da la vuelta y se va, cerrando suavemente la puerta detrás de él, luego baja las escaleras.

Tan pronto como llega a la sala de estar, el sonido de las manos golpeando las ventanas se hace audible.

Chris está sentado en una silla, con los codos apoyados en las rodillas. El rifle está sobre la mesa junto a él.

—¿Terminaste de jugar con el bebé? —pregunta, sin mirar a Iver.

Iver ignora el tono sarcástico. —¿De qué quieres hablar?

Chris se recuesta y suspira. —Lo siento. Ha sido un maldito largo día.

Iver asiente y se acerca más. —Lo sé. ¿Dónde está Charlotte?

—Durmiendo. Ella tomará el primer turno.

—Ya veo.

Chris permanece en silencio por un rato. Iver espera a que diga algo.

—Es una lástima que no hayamos tenido tiempo de encontrar algo para bloquear el resto de las ventanas —dice Chris.

—Lo sé.

Otra pausa.

—Mira, lo entiendo —comienza Chris—. Sobre el niño. Entiendo por qué quieres protegerlo. Es el futuro y todo eso. Estaba saliendo con esta chica, y ella también tenía un niño. Un niño de un año. Realmente llegó a gustarme el pequeño. —Chris extiende la mano—. Diablos, supongo que técnicamente todavía estoy saliendo con ella. Sólo supongo que no lo logró. Traté de llamarla desde el bote salvavidas, pero... no contestó.

—Oh. —Iver está demasiado sorprendido para decir mucho más—. ¿Estaba... en el ferry?

—No, vive en Copenhague.

Iver escuchó las noticias sobre Copenhague siendo invadido ya el día antes de ayer.

—Lo siento —dice.

—Sí, yo también. —Chris suspira de nuevo, luego mira a Iver—. Crees que soy un imbécil.

Es una afirmación, no una pregunta.

—Bueno, no diría...

—Está bien. No me importa. Teníamos este dicho en mi unidad: Los imbéciles sobreviven más que todos los demás. Creo que es verdad. Especialmente en situaciones como esta. —Asiente hacia las ventanas. Las cortinas están corridas, pero Iver aún puede distinguir los contornos de los muertos afuera. Parece haber más de ellos que cuando Iver se fue.

—¿Cuántos hay ahí fuera ahora? —pregunta.

—Demasiados —dice Chris—. Y creo que vendrán más durante la noche.

Se pone de pie, toma el rifle y lo coloca en el suelo. —¿Me das una mano?

Iver sigue su ejemplo mientras levantan la mesa, poniéndola de lado. Chris luego toma un destornillador que Iver no había notado hasta ahora y comienza a desmontar una de las patas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Iver.

—Corre la cortina en la ventana de la izquierda —dice Chris—. Verás.

Iver frunce el ceño. Luego se acerca a la ventana. Las figuras afuera comienzan a aglomerarse a su alrededor y a moverse más ansiosamente, como si pudieran sentir que él se acerca más.

Mira a Chris, que está ocupado desatornillando las patas de la mesa. Luego toma la cortina y la corre sólo unos centímetros.

Es todo lo que puede hacer para ignorar las caras ciegas y muertas que lo miran, gruñendo y mordiendo el vidrio, manchándolo con saliva y sangre.

Luego nota algo aún más aterrador: la grieta en forma de estrella en el vidrio. A medida que los no muertos presionan contra la ventana, produce un gemido espeluznante, como si amenazara con romperse en cualquier momento.

Iver suelta la cortina con un jadeo y retrocede. Mira a Chris. —¡Rompieron la ventana!

—Claro. Creo que uno de ellos tropezó y golpeó su maldita cabeza contra ella. Creo que así fue como sucedió.

—Pero... pero necesitamos hacer algo.

—¿Para qué crees que necesito esto? —Golpea la mesa sin patas—. Ayúdame a levantarla.

Iver agarra la mesa y la levantan hacia la ventana, colocándola en el alféizar.

—Ahora —dice Chris, poniendo la mano en su bolsillo y sacando un montón de tornillos—. En cuanto corramos la cortina, comenzarán a volverse locos. Así que necesitamos ser rápidos. Déjame preparar estos. —Atornilla un tornillo a medio camino en cada una de las esquinas superiores de la mesa. Luego asiente a Iver—. Bien. Estoy listo cuando tú lo estés.

Iver mira la cortina, sintiendo su corazón latir con fuerza en su pecho. Luego la agarra, cuenta en voz alta hasta tres y la corre hacia un lado.

Hay aún más afuera en la terraza de lo que pensaba. Al menos veinte, puede ver. Están parados en filas, presionando y empujando para ponerse frente a los demás, para llegar a la ventana rota.

Entonces Chris corta la vista mientras empuja la mesa contra la ventana, la sostiene con el hombro y atornilla los tornillos en el marco, sujetando la mesa contra el vidrio.

—Ahí —dice, retrocediendo—. Les tomará un poco más de tiempo atravesar eso.

Iver mira las siguientes ventanas; la mesa sólo cubre una y media de las cuatro ventanas.

—¿Y esas?

—Esas probablemente también se romperán tarde o temprano —dice Chris, recogiendo las patas de la mesa—. Y me temo que no tenemos suficientes mesas para cubrir toda la casa.

—¿Y cuándo lo hagan? —insiste Iver—. ¿Qué pasa cuando una de las ventanas se rompa?

—Entonces tendremos un verdadero problema en nuestras manos. A menos que empecemos a dispararles antes de eso.

—Está bien, entonces ¿por qué no lo hacemos? —pregunta Iver, extendiendo los brazos—. ¿Por qué no lo hemos hecho ya?

—Porque hay demasiados de ellos y muy pocas balas —dice Chris claramente—. Matarlos como medida de precaución es un lujo que no podemos permitirnos. Si hiciéramos eso, entonces no nos quedarían municiones para cuando realmente las necesitemos.

Iver mira a Chris mientras recoge el rifle, luego se sienta, colocando casualmente el arma en su regazo.

—Siento que hay algo que quieres decirme —dice Iver, entrecerrando los ojos.

—No eres tan tonto como pensaba.

—Jódete.

Chris sonríe. —Toma asiento.

VEINTINUEVE

Tan pronto como se desconecta, Dan se da la vuelta para mirar a los demás. Todos lo miran fijamente. Durante un largo momento, nadie dice nada. Luego William se aclara la garganta.

—¿Hablabas en serio? ¿Vas a volver allí?

Dan se encoge de hombros.

—Sí, tengo que hacerlo. Es la única manera. Lo sé. No puedo explicar por qué, simplemente lo sé.

Hablar con Dennis sólo ha confirmado el sentimiento en su estómago. Dan nunca creyó realmente en nada. Ni en Dios, ni en el destino, ni en el karma. Pero estos últimos días han desafiado drásticamente su percepción del mundo y lo que opera detrás de escena.

Perder a toda tu familia en cuestión de días cambia la forma en que ves las cosas. Es como si pudiera ver las cosas más claramente ahora. Como si de repente no hubiera nada que le impidiera recibir el mensaje, que algo inexplicable ha estado tratando desesperadamente de enviarle desde que entró en esa última casa en la ruta del periódico.

Por supuesto, existe la posibilidad de que Dan esté inventando todo esto; es muy consciente de eso. Podría ser simplemente su dolor. Podría estar perdiendo la cabeza. Demonios, podría haberla perdido ya.

Pero no se siente así.

Y además, ¿qué le queda por perder? ¿Su vida? Eso extrañamente ya no parece tan importante. La vida es algo tan efímero; un segundo está ahí, y al siguiente puede desaparecer, deslizándose entre tus dedos como humo, revelando el hecho de que nunca tuviste ninguna influencia real sobre ella desde el principio.

—Dan, mira —dice Sebastián, suspirando—. Lo siento, pero no podemos hacer eso. Tenemos una buena oportunidad de escapar aquí. Sería una locura dar la vuelta.

Los demás asienten en silencio, observando a Dan en busca de su respuesta. Y él se da cuenta de cuánto poder tiene realmente sobre el grupo. Nunca ha sentido eso antes. Siempre ha sido uno de los chicos callados en la parte de atrás. Pero aquí es él, el que ha perdido más, el que ha estado luchando más tiempo, el que tiene más experiencia.

Y eso le da peso a sus palabras.

Eso hace que los demás se preocupen por lo que tiene que decir, incluso si puede sonar loco.

Dan es muy consciente de este extraño nuevo sentimiento de ser tomado muy en serio, y lo último que quiere es abusar de su poder. Así que dice:

—Lo entiendo. Nunca les pediría a ninguno de ustedes que arriesgaran sus vidas por mí. Si alguno de ustedes quiere venir conmigo, lo agradecería. Si no, estoy totalmente de acuerdo. En serio.

El resto del grupo intercambia miradas.

Sebastián mira de nuevo a Dan, coloca ambas manos sobre los hombros de Lærke y niega con la cabeza.

—Lo siento, amigo. No podría ir aunque quisiera.

Dan asiente.

Nasira da un paso adelante y extiende ambas palmas. Dan duda por un momento, luego toma sus manos. Ella se inclina hacia adelante y besa sus nudillos, luego susurra en voz baja:

—Dios te está hablando. Tienes razón en escuchar.

Ella lo mira, y por primera vez, Dan ve lágrimas en sus ojos:

—Que Él esté contigo y te proteja. Que su luz te guíe y te ayude a ver.

—Gracias, Nasira —dice Dan.

Ella suelta sus manos y vuelve junto a Ali.

Josefine extiende los brazos.

—He visto demasiada muerte. Lo siento, simplemente no puedo volver allí.

—Lo entiendo, Josefine —dice Dan.

El más alejado a la derecha es William. Cuando Dan gira la cabeza para mirarlo, ve a William mirándolo con los labios firmemente apretados.

—De verdad te vas, ¿verdad?

Dan asiente.

—Y no puedo decir nada para cambiar tu decisión, ¿verdad?

—No. Lo siento, William.

—Al diablo tu disculpa —dice William, con un repentino tono de desprecio en su voz—. Estás fuera de tu maldita mente. ¿Qué crees que es esto? ¿Una maldita película? ¿Crees que eres Frodo? ¿Vas a salvar el mundo por tu cuenta?

—No creo que...

—¡Te matarás! —grita William, señalando hacia el sur—. ¡Apenas logramos salir de allí! ¡El maldito país está lleno de zombies ahora! ¡No hay forma de que cruces la frontera antes de que te devoren vivo!

Los labios de William tiemblan. Sus ojos se humedecen. Dan quiere apartar la mirada, pero no puede.

—Lo siento —dice de nuevo, su propia voz temblando ahora.

—Lo sentirás —dice William, asintiendo con fuerza—. Lo sentirás cuando te maten. Y no voy a ir contigo. ¿Me oyes? No voy a sacrificarme porque de repente tuviste una estúpida inspiración divina y quieres morir como mártir.

—Lo entiendo —dice Dan, sintiéndose de repente al borde de las lágrimas. Y se da cuenta entonces de que esperaba, en secreto, que William fuera con él. Después de lo que han pasado juntos, pensó que había al menos una pequeña posibilidad de que William entendiera lo que Dan estaba sintiendo, que pudiera captarlo a nivel emocional, aunque no pudiera comprenderlo intelectualmente.

Pero, por supuesto, William no comparte la percepción de Dan. ¿Cómo podría? Desde el punto de vista de William, no hay buenas razones para hacer lo que Dan sugiere.

Dan respira hondo. La idea de ir solo es casi demasiado aterradora para manejar. Y sin embargo, no cambia su decisión, ni por un segundo.

William se da la vuelta, probablemente queriendo ocultar sus lágrimas, y Dan baja la cabeza.

Ozzy se le acerca y comienza a lamerle la mano, gimiendo inquieto. Como si estuviera diciendo adiós.

—Ozzy —dice William, mirando por encima del hombro—. Vamos, amigo. Nos vamos.

Empieza a caminar de regreso al helicóptero, pero para sorpresa de Dan, Ozzy no lo sigue de inmediato. Es la primera vez que ve al perro no obedecer a William. Sólo sigue lamiendo la mano de Dan.

William se detiene y mira hacia atrás:

—¡Ozzy!

Ozzy se da la vuelta y se desliza hacia William, con las orejas bajas.

Dan mira al resto del grupo y extiende las manos.

—Supongo que esto es un adiós.

Asienten esporádicamente, aparentemente sin saber qué decir o dónde mirar.

Josefine da un paso adelante con una mochila y la barra de metal que usó como arma antes, poniendo ambos en el suelo frente a él.

—Aquí. Es tu parte de las raciones, más un poco extra de las mías. Hay comida para cuatro o cinco días.

—Gracias —dice Dan.

—Buena suerte —dice Sebastián.

—Igualmente —dice Dan.

Y eso parece ser todo.

Todos se dan la vuelta uno por uno y regresan al helicóptero donde William y Ozzy ya están esperando. Excepto Nasira, que besa a Ali, luego comienza a caminar hacia el océano. Ali hace una última objeción débil antes de que Josefine tome su mano y lo guíe junto con el resto de ellos.

Dan observa a Nasira desaparecer de la vista sin mirar atrás.

Luego recoge la mochila y se la pone. Respira hondo, sintiendo el creciente sentido de temor intensificarse mientras se dirige hacia el sur y mira el paisaje.

Frente a él hay al menos casi cien kilómetros por recorrer. Luego está el Skagerrak, el estrecho que separa Noruega de Dinamarca. Y más allá de eso hay otros cien kilómetros hasta la casa de Holger.

Cómo llegará allí, cómo superará ese inmenso desafío de viajar a pie por tierra llena de muertos vivientes, y mucho menos cruzar el agua, no tiene idea. Todo lo que sabe es que tiene que intentarlo.

Así que comienza a caminar.

TREINTA

Iver se sienta en una silla frente a Chris. Sin la mesa entre ellos, se siente raro. Cruza los brazos.

—Tengo una misión para ti —dice Chris, sacando su paquete de cigarrillos. Se toma su tiempo para encender uno. Luego inhala profundamente y deja que el humo se filtre por sus fosas nasales.

—No creo que a Agnete le guste que fumes aquí —comenta Iver.

—Considera esto el precio de la protección —dice Chris, dando otra inhalación—. Ahora, escucha. Si vamos a lograrlo, necesitamos al menos una de tres cosas. Si conseguimos las tres, entonces habremos ganado. Si sólo conseguimos una, podríamos tener una oportunidad de todos modos.

—¿Y cuáles son esas tres cosas?

Chris levanta los dedos y las cuenta.

—Más tiradores. Más armas. Más munición.

—¿Qué hay de la comida?

—Al diablo con la comida. Hay mucha en esta isla, y la mayoría está en latas y cosas por el estilo, así que no se estropeará pronto. Pero sin armas, no podemos llegar a toda esa comida.

—Entonces, ¿quieres dejar la casa? —pregunta Iver, levantando las cejas—. ¿Y qué, ir a robar a los vecinos?

—En algún momento, tendremos que dejar la casa —dice Chris—. Nuestras provisiones no durarán para siempre, y me temo que Just Eat cerrará muy pronto. No digo que vayamos a robar a nadie. No creo que tengamos que llegar a eso. Creo que la mayoría de las personas en esta isla estarán muertas en una semana o así, porque de alguna manera cometerán un error y los zombies los alcanzarán. Y una vez que estén muertos, realmente no es robar, ¿verdad?

—Es una perspectiva bastante sombría —dice Iver.

—También es muy realista. La mayoría de la gente aquí son ancianos. A juzgar por la cantidad de disparos que he oído desde que llegamos, no muchos están armados. No podrán luchar contra los zombies por mucho tiempo.

—Acabas de decir que necesitábamos más tiradores y más armas.

—Exactamente. Y como ambos son escasos, será mejor que actuemos rápido para encontrarlos. Chris hace una pausa y vuelve a inhalar profundamente el cigarrillo.

—Entonces, ¿necesitas que salga a buscar a alguien con un arma? —pregunta Iver.

—No, eso sería suicidio. La isla está llena de zombies ahora. Estoy seguro de que están alrededor de casi todas las casas. Pero hay un hombre que sabemos que puede manejar un arma. Y probablemente todavía esté vivo, porque lo escuché disparar hace sólo veinte minutos.

Iver también escuchó el disparo mientras estaba arriba con Adam.

—¿Hablas de Fred?

—Exacto.

—¿Entonces qué, voy allí? ¿Lo convengo de que venga a quedarse con nosotros?

—Eso sería lo ideal. Si no quiere, al menos averigua si tiene armas de sobra.

—Si tiene, probablemente no las dará.

—Entonces tendrás que robarlas. Y toma toda la munición que puedas traer. Sólo asegúrate de que sea compatible con las armas, o sería una pérdida de tiempo.

Iver sacude la cabeza lentamente.

—Si voy allí y robo sus armas y municiones, incluso si pudiera, lo dejaría en una situación muy mala.

Chris se encoge de hombros.

—Probablemente morirá de todos modos.

—No sabes eso. E incluso si lo hace, seguiré aceleraré el proceso al robar sus armas.

—Lo que nos lleva de vuelta a lo que dije al principio —Chris se inclina hacia adelante. No ha mirado directamente a Iver desde que se sentaron, pero ahora lo mira fijamente con sus penetrantes ojos grises—. El niño. Entiendo por qué quieres defenderlo. Y si realmente lo vas a defender, entonces no puedes simplemente sentarte y esperar un milagro.

Chris levanta la mano y señala en dirección a la casa de Fred sin apartar la vista de Iver.

—Hay un viejo allí. Somos cinco personas aquí. Cuatro de nosotros somos jóvenes. ¿Quién crees que debería sobrevivir?

—Eso... eso no es a mí a quien corresponde decidir —dice Iver.

—Pero sí. Puedes poner las cartas a nuestro favor. Si convences a ese viejo de que venga aquí y se una a nosotros, ¡genial! Eso aumenta nuestras probabilidades dramáticamente, y también las tuyas. Si consigues un arma o una bolsa de munición, entonces eso también es de gran ayuda. Pero si no haces nada, entonces más y más ventanas comenzarán a romperse, y una vez que se nos acaben las formas de barricadas, te despertarás una noche y encontrarás una de esas cosas mordiéndote la cara. O peor aún, la cara de ese niño pequeño allá arriba.

Iver siente su pecho apretarse. Es muy consciente de que Chris lo está manipulando, pero el mero pensamiento de que el niño muera es tan horrible que no puede soportarlo. Además, realmente no puede ver el fallo en la lógica de Chris. Aunque sea un bastardo frío, probablemente tenga razón en que la ayuda no vendrá del exterior pronto, y necesitan asegurar su propia supervivencia.

—Si traigo un arma —dice Iver—, ¿quién la usará? ¿Charlotte?

Chris niega con la cabeza.

—Ella nunca ha disparado un arma.

Da una última calada al cigarrillo, luego lo apaga contra la suela de su zapato mientras mira a Iver directamente a los ojos.

—Pero puedo enseñarte a hacerlo. ¿Tienes el valor?

TREINTA Y UNO

Nasira está lista. Tan lista como siempre ha estado. Lista para ver a su mamá y papá de nuevo, junto con todos los demás miembros de la familia que ha perdido en Irak. Con suerte, no verá a Ali durante muchos años.

Lo extrañará, por supuesto, pero está bien. Sabe que está a salvo con las personas que ahora lo cuidan.

Nasira sigue caminando colina abajo mientras escucha el helicóptero despegar detrás de ella. Camina hacia el sol del atardecer que se dirige hacia el océano. Escucha el canto de las gaviotas. Siente su respiración entrando y saliendo.

También siente la infección. Está más presente ahora. Llenando cada rincón de su cuerpo.

Excepto que no es una infección, no realmente. Sólo parece serlo. Así como las olas del océano parecen cosas separadas cuando en realidad, todas son sólo agua.

Esta cosa que está tomando lentamente su cuerpo es algo completamente diferente. Es maligna. Nasira puede sentir cómo empuja contra su espíritu. Tratando de exterminarla.

Aún no tiene fiebre, y probablemente podría mantenerla a raya por unas horas más.

Pero ya no tiene sentido.

Es hora.

No dejará que la cosa la domine. No dejará que use su cuerpo después de que lo haya dejado.

Llega al punto donde la colina se corta de repente por una caída empinada. Se acerca al borde y mira hacia abajo. Muy, muy abajo, las olas chocan contra los acantilados.

Nasira mira alrededor y ve una roca que sobresale del suelo. Va a sentarse. Cruza las piernas. Gira su rostro hacia el sol y cierra los ojos.

Quiere sentirlo un poco más. Quiere absorber la belleza de este mundo por otro minuto más.

Así que se sienta allí, sin hacer nada más que sentir, respirar, vivir y morir.

El sonido del helicóptero se desvanece y luego desaparece, dejándola con el sonido de la brisa vespertina y las olas abajo.

Se siente agradecida de haber vivido una vida en este mundo, por imperfecto que sea. Y se siente aún más agradecida de que al final de ella, llegó a conocer a Dios íntimamente. Que Él se le reveló cuando más lo necesitaba. Asegurándole que no había razón para el miedo, el dolor o el arrepentimiento.

Sólo amor.

Sólo amor.

Nasira se pone de pie. Sonríe mientras comienza a caminar, aún con los ojos cerrados, hacia el borde.

TREINTA Y DOS

Tan pronto como la luz del día se convierte en crepúsculo, Iver se levanta y se prepara. Lleva la pala como su arma de primera elección y una de las patas de la mesa como respaldo, sobresaliendo de la mochila como un bate de béisbol. Agnete accedió a regañadientes a dejarle llevar la pata de la mesa, ya que se dio cuenta de que probablemente nunca se usaría la mesa para servir la cena nuevamente.

—De acuerdo —Chris lo instruye en la cocina—. Recuerda el plan. Salta tan pronto como puedas cuando los aleje. Cuando vuelvas, llámame un par de minutos antes, y haremos lo mismo para dejarte entrar.

—Entendido —dice Iver, concentrándose en su respiración.

—¿Tienes tu teléfono?

Él palmea su bolsillo. —Aquí mismo.

—¿Está completamente cargado?

—Ajá.

—¿Y cuál es tu objetivo principal?

—Convencer a Fred de que venga aquí.

—¿Y si eso falla?

—Entonces intentaré traer de vuelta armas y municiones.

—Perfecto —dice Chris—. ¿Listo?

—Tan listo como puedo estar.

Chris asiente. —Dime cuándo. —Luego camina hacia la sala de estar. Iver puede verlo tomar posición junto a la puerta de la terraza. Mira hacia Iver.

—Está bien —dice Iver—. Adelante.

Chris aparta la cortina, revelando la horda de zombies afuera. Golpea el vidrio con los dedos, causando que los muertos se alboroten de inmediato y comiencen a empujar contra el vidrio.

Iver se sube a la mesa de la cocina y acerca su rostro al vidrio para mirar afuera. Ve a un par de zombies desaparecer alrededor de la esquina de la casa, atraídos por el alboroto del otro lado.

Luego abre la ventana y sale. Mira hacia atrás brevemente para asegurarse de que Agnete cierre la ventana detrás de él.

Luego Iver corre hacia el camino de grava. Su cabeza gira en todas direcciones mientras comienza a trotar hacia la casa de Fred, sus ojos abiertos y escaneando cada dirección. Desde el pueblo, más abajo en el camino, puede distinguir figuras en el crepúsculo, tambaleándose entre las casas. Y en el horizonte, desde la dirección del océano, vienen más, invadiendo la isla como una plaga bíblica de langostas.

Sujeta la pala y sigue corriendo, concentrándose en la tarea en cuestión. Si deja que su mente piense demasiado en el hecho de que está corriendo al aire libre en medio de una isla con probablemente varios cientos de zombies deambulando libremente, entrará en pánico.

La casa de Fred aparece adelante, hay una sola lámpara encendida junto a la puerta principal, pero todas las ventanas están oscuras. El viejo podría haberse ido a la cama. O tal vez sólo está tratando de no llamar la atención hacia su casa. Sin embargo, Iver puede distinguir a los zombies abarrotando el jardín, por lo que apagar las luces aparentemente no es suficiente para engañarlos. Parecen ser capaces de detectar a las personas vivas desde muy lejos.

También hay bastantes zombies muertos en el césped de Fred, probablemente algunos a los que Fred ha disparado desde dentro de la casa.

Iver mira hacia atrás para asegurarse de que nadie lo esté siguiendo. Cuando vuelve a mirar hacia adelante, una figura sale tambaleándose frente a él desde detrás de un arbusto junto al camino.

Iver grita y corre alrededor de la mujer muerta que lo intenta agarrar. Sin embargo, es demasiado rápido y sale fuera de su alcance con bastante facilidad. Aun así, la forma en que apareció de la nada le asusta muchísimo, y se vuelve aún más consciente de su entorno mientras sigue corriendo, ampliando rápidamente la distancia con la anciana.

Unos momentos después, escucha un gemido desde el otro lado del camino, y mientras mira hacia el paisaje oscuro, puede distinguir tres siluetas acercándose a él. Acelera y los pasa de largo.

«Estoy bien», se dice a sí mismo. «Estoy bien. Mientras siga corriendo, no podrán alcanzarme, y estoy bien».

Lo que significa, por supuesto, que si comete un error estúpido como caerse o torcerse el tobillo, perderá su ventaja, y tal vez también su vida.

«No me caeré. Seré cuidadoso. Y estaré bien. Sólo necesito seguir enfocándome».

Llega a la casa de Fred, y los zombies que tocan las ventanas comienzan a girarse uno por uno al sentirlo acercarse. Lo último que Iver quiere es dejar de moverse, pero se obliga a hacerlo de todos modos. Se detiene justo fuera del camino de entrada de Fred, sosteniendo la pala lista, mirando a su alrededor, mientras particularmente mantiene un ojo en el grupo de zombies que se aproxima desde la casa de Fred. Son diez o doce.

Tan pronto como están lo suficientemente cerca como para que pueda oler el dulce, salado y podrido hedor que emana de ellos, comienza a moverse de nuevo, caminando rápidamente más abajo en el camino.

—Eso es —susurra, asegurándose de que cada dirección esté despejada—. Sigánme ahora...

Los guía unos cincuenta metros por el camino. Luego se sale hacia el borde de la carretera, y tan pronto como lo siguen, corre hacia el otro lado del camino y se dirige de regreso a la casa de Fred, dejando atrás al grupo de zombies.

Llega de nuevo a la casa de Fred, su respiración es más rápida ahora, puede sentir el sudor en su frente y el labio superior.

Se detiene un momento en el camino de entrada, conteniendo la respiración y escuchando. No puede escuchar ningún gemido o pasos cerca. Se ha ganado tal vez tres minutos antes de que el grupo vuelva aquí. Lo que significa que necesita darse prisa.

Mientras se dirige a la puerta principal, el camino de entrada se ilumina de repente con una fuerte luz de búsqueda desde la parte superior de la puerta del garaje, cegándolo efectivamente.

Iver se detiene y se protege los ojos. Al principio, piensa que la luz se ha activado automáticamente por un sensor que detecta sus movimientos. Pero luego la puerta del garaje comienza a abrirse, revelando un Peugeot negro y, frente a él, a Fred apuntándole con su escopeta.

—¿Qué te acabo de decir? ¡Lárgate de mi propiedad, necrófago!

—¡No dispaes! —dice Iver, levantando las manos y dejando caer la pala—. ¡Sólo vine a hablar!

Fred lo mira intensamente. —¿Quién diablos eres tú?

—Me llamo Iver. Me estoy quedando en la casa de Agnete. Nos conocimos hoy más temprano.

—Ah, eres tú —gruñe Fred—. Bueno, no importa quién seas; aún no eres bienvenido aquí.

—Escucha —dice Iver, mirando a los lados, protegiéndose los ojos—. ¿Podrías apagar la luz, por favor? No puedo ver nada a mi alrededor.

—Si te incomoda la luz, te sugiero que te largues de aquí. Esos muertos aparecerán en cualquier momento.

—No estoy armado —intenta Iver—. Sólo quiero entrar y hablar un minuto.

—No tenemos nada de qué hablar —dice Fred, dando unos pasos fuera del garaje—. No tienes nada que quiera, y yo no tengo nada que puedas tener. ¡Así que lárgate!

Iver echa otro vistazo alrededor, pero sus alrededores se han convertido en una masa negra, que podría contener de todo o nada. Intenta escuchar, pero no puede oír nada.

—Por favor —dice Iver, intentando una última vez—. Somos más fuertes si nos mantenemos juntos. Podemos ayudarnos mutuamente...

Iver deja de hablar al parecer escuchar un ruido proveniente de la derecha. Mira el lugar justo al lado del garaje, pero no puede distinguir nada allí. Tal vez sólo fue su imaginación.

Vuelve a mirar a Fred suplicante. —Mira, nosotros también tenemos un arma, y si unimos fuerzas...

Una vez más, Iver se interrumpe al notar un movimiento desde adelante, justo encima del foco. Una sombra oscura se mueve por el techo del garaje. La luz que se proyecta desde abajo revela el rostro de una adolescente mientras se inclina para mirar a Fred.

La chica luego mira a Iver y coloca un dedo sobre sus labios en un gesto inconfundible de «silencio».

Iver está tan sorprendido de verla que no sabe qué hacer.

Fred parece pensar que simplemente está mirando la luz: —Escúchame, muchacho. Me he cuidado toda mi vida. No voy a dejar de hacerlo ahora, especialmente no juntándome con un montón de malditos críos. Ahora, no te lo voy a repetir...

La advertencia final de Fred se corta cuando la chica salta desde el garaje. Aparentemente apunta a agarrar el arma de las manos de Fred. Sin embargo, falla, conectando en cambio con el hombro de Fred y derribándolo hacia el suelo mientras aterriza de espaldas junto a él, golpeando audiblemente el aire de sus pulmones.

Fred da un rugido de dolor y sorpresa mientras se pone de rodillas con sorprendente rapidez para un viejo, y ahora están luchando por el arma.

Un grito de ataque se escucha mientras un hombre se precipita desde la derecha, desde donde Iver escuchó el ruido hace sólo un minuto. Iver alcanza a ver brevemente a un hombre

musculoso con una camiseta ajustada, mostrando su cuerpo bien entrenado. Va por la escopeta, extendiendo sus brazos tatuados y lanzándose sobre ella.

Pero Fred llega primero. La recoge por el cañón, se retira fuera del alcance del hombre, voltea la escopeta y dispara antes de que el hombre pueda hacer otro intento.

El disparo resuena en la noche, no tan ensordecedor como los disparos que Chris disparó dentro de la sala de estar de Agnete, pero aún así ensordecedor.

La cabeza del tipo se echa hacia atrás y por un momento Iver tiene una vista clara de su rostro. O más bien, el lugar donde solía estar su rostro. Luego se desploma sobre el concreto, sus brazos y piernas dando un par de espasmos antes de quedar inmóviles.

Iver recoge la pala.

La chica, que acaba de lograr ponerse de pie, jadeando por su respiración, ahora comienza a llorar al ver al tipo muerto.

—¡Nooooooooo! ¡Lasse! ¡Noooooooo! —Se vuelve hacia Fred, su rostro es ahora una máscara de rabia—. ¡Pedazo de mierda! ¡Lo mataste! —Se lanza hacia Fred como un animal.

Fred se ha levantado y está preparado para ella. Iver está seguro de que también le disparará. En cambio, gira la escopeta y conecta el extremo de la culata con la mandíbula de la chica, enviándola de vuelta al suelo.

Un hombre muerto sale tambaleándose de la oscuridad y entra en escena, dirigiéndose hacia Fred y la chica.

Iver está a punto de gritar una advertencia cuando una mano agarra su hombro. Instintivamente se lanza hacia adelante, y puede escuchar un conjunto de dientes chasqueando justo al lado de su oreja, fallando por pocos centímetros. Gira, moviendo la pala a ciegas, y golpea el cráneo del zombie, derribándolo.

Otra figura sale de la oscuridad antes de que el primero pueda levantarse.

Iver se vuelve y ve a Fred apuntar y disparar la escopeta por segunda vez, quitándole la parte superior de la cabeza al zombie que se aproxima, y este se desploma sobre el tipo muerto.

Aparecen dos más a la vista.

Fred va a su bolsillo y saca dos cartuchos nuevos, luego parece darse cuenta de que no hay tiempo, y en su lugar se dirige al garaje.

Iver no tiene otra opción que seguirlo. Un lado está bloqueado por la casa, y los otros están completamente oscurecidos. Correr hacia la oscuridad, probablemente significará correr directamente hacia los brazos de una persona muerta.

Fred busca un interruptor en la pared, lo gira, y la puerta comienza a bajar.

Iver corre hacia la seguridad, saltando sobre los cadáveres, moviendo la pala contra una mujer muerta que intenta cortarle el paso. La golpea en la garganta con un golpe aplastante, haciéndola tambalear hacia atrás, pero sólo le causa una molestia menor, ya que inmediatamente se lanza hacia él nuevamente. Iver la esquivo y está a punto de entrar en el garaje cuando ve a Fred apuntándole con la escopeta.

—¡Detente ahí mismo! ¡Vuelve atrás!

Iver mira hacia atrás y ve al menos una docena de zombies entrando en el camino desde todas las direcciones, acorralándolo.

—¡No puedo! —le grita a Fred—. ¡No hay a dónde ir!

—¡No es mi maldito problema! —ruge Fred mientras la puerta baja, cortándolo de la vista.

Iver gira y golpea al muerto más cercano, derribándolo. En un instante, se da cuenta de que está condenado. Está atrapado entre la casa y el garaje que pronto estará cerrado. Hay demasiados zombies para que los pueda sortear y llegar a salvo. Y no puede derrotarlos a todos con una pala.

Entonces Fred grita desde atrás: —¡Lárgate de aquí!

Iver se vuelve nuevamente para ver a la chica que se ha arrastrado hacia donde puede estar segura, sentada sobre sus manos y rodillas debajo de la puerta del garaje. Esta presiona sobre su espalda desde arriba, pero al encontrar resistencia, se detiene, todavía a un metro del suelo. Iver puede ver a Fred luchando con la chica desde adentro, tratando de empujarla hacia afuera, pero ella se aferra, luchando por entrar.

Iver no pierde un segundo. Deja caer la pala y se lanza al suelo medio segundo antes de que el zombie más cercano pueda agarrarlo. Rueda bajo la puerta y entra al garaje, la pata de la mesa cae de su bolsa. La agarra y se pone de pie.

Casi de inmediato, el zombie del que escapó por poco, un niño pequeño, entra arrastrándose bajo la puerta.

Iver corre y golpea su cabeza con suficiente fuerza, como que Iver pueda sentir ondas del choque subiendo por la pata de la mesa. El cráneo se rompe y el niño cae al suelo. Iver usa la pata de la mesa para intentar empujarlo hacia afuera cuando el siguiente zombie comienza a arrastrarse bajo la puerta.

Fred todavía lucha con la chica. Ella ha agarrado la escopeta y se niega a soltarla, su rostro torcido en una mueca de determinación, a pesar de que Fred le grita y le golpea el brazo.

Luego grita de dolor cuando alguien comienza a atacar sus piernas, arrastrándola hacia atrás. Fred también es arrastrado, sus manos resbalando hacia afuera por un momento.

Luego arranca la escopeta y retrocede. La chica es arrastrada fuera del garaje, sus uñas están arañando el concreto mientras grita. Fred apunta y dispara la escopeta al zombie que se ha metido bajo la puerta y se está poniendo de pie. Sólo lo golpea en el hombro, sin embargo, lo derriba al suelo, pero inmediatamente comienza a levantarse de nuevo.

—¡Es demasiado tarde! —Iver se oye a sí mismo gritar—. ¡Necesitamos entrar en la casa!

Fred mira a los zombies que se están colando bajo la puerta, luego obviamente decide que Iver tiene razón y se da la vuelta y corre hacia la puerta que conduce a la casa.

Iver lo adelanta, irrumpiendo en la cocina de Fred y sosteniendo la puerta abierta para él. Tan pronto como Fred está adentro, Iver cierra la puerta y gira la llave.

Afuera, la chica todavía está gritando. Pero sólo por un par de segundos. Luego, manos ansiosas comienzan a manosear la puerta.

Iver retrocede y mira a Fred.

El viejo está allí, jadeando y descansando una mano en su rodilla, la otra sosteniendo la escopeta. Mira desde la puerta hasta Iver, su labio superior rizado en una mueca.

—¡Mira lo que has hecho, pedazo de mierda! ¡Acabo de perder acceso a mi coche!

Fred parece furioso, y por un momento, Iver se prepara para pelear, ya que está seguro de que Fred le dará un golpe, o tal vez incluso le apunte con el arma.

En cambio, se da la vuelta y entra en el pasillo.

Iver se queda allí por un largo momento, temblando por completo, escuchando a los zombies gemir fuera de la puerta.

Luego sigue a Fred.

TREINTA Y TRES

William se abrocha el cinturón y se asegura de que esté bien ajustado. Luego toma los trozos de servilleta que ha guardado en su bolsillo, los aprieta en pequeñas bolas y se los mete en los oídos.

Tal vez pueda intentar dormir un poco.

Se apoya contra la pared mientras el helicóptero se prepara para despegar. El rugido del motor, el lento aumento del golpeteo de los rotores ganando velocidad, incluso las vibraciones contra su espalda son reconfortantes.

Afuera, la tarde se oscurece, el sol pinta al cielo y al océano de rojo.

Un hocico húmedo empuja su rodilla.

William abre los ojos y mira a Ozzy. El perro lo mira, dándole una mirada muy significativa.

—No empieces —murmura William—. No lo haremos. No nos mataremos por ese pequeño imbécil.

Ozzy inclina la cabeza hacia un lado, como tratando de entender.

—Mira, ya nos causó demasiados problemas. Si no hubiera sido por él, aún estaríamos a salvo en casa de Holger.

William se da cuenta de que está hablando en voz alta y mira alrededor para ver si alguien más lo ha notado. No lo han hecho; todos están sentados con los ojos cerrados o mirando por las ventanas. Además, nadie puede escucharlo por el rugido de los rotores, que casi han alcanzado la velocidad máxima y están listos para levantarlos del suelo.

William ignora a Ozzy y mira al resto del grupo. Ahora sólo quedan cinco personas, contando a William.

Sebastian, Lærke, Josefine y Ali.

Cinco personas saliendo con vida. No está mal. Probablemente haya más, por supuesto. Quizás cientos. Quizás incluso miles.

Todos huyen en diferentes direcciones, esperando alcanzar la seguridad en algún lugar, esperando encontrar una vida algo normal hasta que esto se solucione.

¿Sin embargo, lo hará alguna vez? No lo cree realmente. Las autoridades no podrán detenerlo. Y no habrá cura. Dan tenía razón sobre eso.

Ozzy vuelve a empujar su rodilla.

—¡Basta! —exclama William, apartando su pierna.

Josefine, que está sentada frente a él, sosteniendo a Ali, abre los ojos y lo mira, diciendo en silencio: —¿Qué?

William niega con la cabeza: —Nada.

Sólo mi estúpido perro tratando de decirme algo...

William no quiere pensar en ello. No quiere pensar en Dan caminando de regreso a Dinamarca a pie, solo. Es su maldita elección. Y William ha hecho la suya.

—No voy a ir con él —le dice a Ozzy—. No voy.

Ozzy sigue mirando a William como si estuviera tratando de hacerle entender algo importante.

—No lo haré —dice William nuevamente, apartando la cara y mirando por la ventana.

—¿Están listos, chicos? —Sebastian grita desde el asiento del piloto—. ¡Vámonos! ¡Próxima parada, Islas Feroe!

Listo, piensa William para sí mismo. Y quiere gritarlo. Pero la palabra que sale de su boca es ligeramente diferente: —¡Espera!

TREINTA Y CUATRO

Iver camina por la casa de Fred, que no está ni de cerca, tan ordenada y limpia como lo estaba la de Agnete. De hecho, muestra claros signos de un anciano viviendo solo.

Llega a la sala de estar y encuentra a Fred sentado en su sillón, la escopeta descansando sobre su regazo. Se quita la gorra, la deja caer al suelo y se frota el cuero cabelludo desnudo, soltando un profundo suspiro. —Por el amor de Dios, qué lío.

Las cortinas están cerradas en todas las ventanas, pero Iver puede oír a los zombies afuera.

—Lo siento —dice, acercándose—. Obviamente, no quería que pasara nada de esto. Sólo vine aquí para hablar.

Fred lo mira con el ceño fruncido, sin decir nada, luego desvía la mirada, murmurando: —Tienes suerte de que no te tire por la ventana ahora mismo.

—No te atacué —dice Iver, señalando hacia atrás—. Ellos lo hicieron. Ellos causaron todo esto.

—Tú fuiste el que me hizo abrir la puerta del garaje en primer lugar.

—No necesitabas hacerlo.

—Si no lo hubiera hecho, habrías roto una ventana para entrar aquí.

—Por supuesto que no —dice Iver, sintiéndose extrañamente ofendido—. Como dije, solo vine a hablar, no a poner a nadie en peligro.

—No me importa para qué viniste —dice Fred, inclinándose hacia adelante—. ¡Quiero que te vayas de aquí!

—Bueno, eso no es posible ahora mismo —dice Iver, señalando hacia las ventanas—. ¿A menos que me fuerces a salir?

La pregunta queda suspendida entre ellos, en la habitación tenuemente iluminada, durante varios segundos.

Iver todavía sostiene la pata de la mesa, colgando a su lado. Sólo hay unos pocos pasos desde él hasta la silla de Fred. No está seguro de poder cerrar la distancia antes de que Fred pueda apuntarle con el arma y disparar, pero duda que el viejo lo haga. Sólo está fanfarroneando, e Iver lo sabe y hace caso omiso.

Finalmente, Fred suspira de nuevo. —Vinieron por aquí sólo diez minutos antes de que aparecieras. Atrajeron a un montón de muertos con ellos. Querían entrar. Dijeron que venían del continente, buscando refugio. Bueno, no lo encontraron aquí, les dije. Deberían intentar en otra casa. Apparently, decidieron quedarse esperando, buscando la oportunidad de sorprenderme. —Fred mira a Iver—. Tú les diste esa oportunidad.

Iver extiende las manos. —No tenía forma de saberlo.

Fred se levanta del sillón con un gruñido. Se dirige a un gabinete de licores, pareciendo de repente mucho más viejo mientras saca un vaso y una botella. —¿Bebes? —pregunta, sin mirar a Iver.

—No, gracias.

—Claro que no —murmura Fred—. Los jóvenes de hoy en día, piensan que son tan malditamente importantes.

Iver finge no escuchar. Pone la pata de la mesa en la mesa del comedor de Fred y se sienta en una silla. Los músculos de sus piernas están felices de tomarse un descanso después de correr afuera.

Fred se desploma de nuevo en la silla. Se sirve una bebida mientras murmura: —Casi me alegra que no estés aquí para ver esto, Grethe. Las cosas realmente se están yendo al demonio. Probablemente todos estemos muertos pronto. Al menos eso significa que te veré de nuevo.

Iver recuerda que Agnete les contó algo sobre que Fred había perdido recientemente a su esposa, y siente una punzada inesperada de simpatía por el viejo.

Saca su teléfono y está a punto de llamar a Chris, cuando Fred pregunta: —¿Qué haces?

—Estoy llamando a los demás para informarles lo que pasó.

—No —dice Fred, negando con la cabeza lentamente—. No vas a llamar a nadie. —Se acerca, pone su vaso en la mesa y extiende la mano—. Dame eso.

Iver frunce el ceño. —¿Por qué?

—Porque no quiero que llames y planees algo estúpido.

—¿Como qué?

—No sé, que vengan aquí, tal vez.

—Mira, eso no va a pasar. Sólo quiero informarles... —Iver deja de hablar al notar un rasguño en el interior de la muñeca de Fred—. ¿Cómo te hiciste eso?

—¿Hacerme qué? —Fred mira hacia abajo—. Oh, eso no es nada, sólo un rasguño.

—Sí, pero ¿de qué? Es reciente, lo que significa que acaba de suceder.

—No sé. Debió haber sido esa loca. Probablemente me arañó cuando saltó sobre mí.

Iver mira a Fred pensativo, recordando cómo luchaba por sacar a la chica de debajo de la puerta del garaje. Muy bien podría haberlo arañado ahí.

Pero también hubo ese momento cuando los brazos de Fred salieron al exterior. Sólo fue un segundo antes de que los retirara.

Pero un segundo fue suficiente.

—¿Por qué me miras así, chico? —gruñe Fred—. Te dije, estoy bien. Ahora dame ese teléfono.

—No dije que no estuvieras bien —dice Iver calmadamente, entregando el teléfono a Fred.

Fred guarda el teléfono en su bolsillo, mirándolo de cerca. —¿Entonces qué dijiste?

—Nada. Sólo quería saber cómo te hiciste ese rasguño.

—Y ya te lo dije.

Iver asiente. —¿Puedo ir al baño?

Fred toma el vaso de la mesa y está a punto de darle un sorbo, luego duda. —¿Por qué?

Iver extiende los brazos. —¿Realmente necesito responder eso?

Fred mastica su lengua. Luego asiente. —Está bien, ve. Pero no tardes mucho.

Iver se levanta y deja la sala de estar. Justo antes de salir a la cocina, mira hacia atrás y ve a Fred desplomarse en el sillón. Parece muy cansado. Exhausto, en realidad. Parece estar murmurando nuevamente a su esposa muerta.

Iver cierra la puerta casi por completo, luego rápidamente se dirige a las ventanas. Incluso a través de las cortinas, puede escuchar a los muertos golpeando el vidrio. Parece que hay muchos. No hay forma de que salga por aquí.

En cambio, corre por el pasillo hacia el baño. Sólo hay una ventana aquí, pero un par de manos la están golpeando.

—Joder —murmura Iver, cerrando con llave la puerta. Se dirige al espejo y se mira a sí mismo—. Piensa, maldita sea.

La versión de Iver que le devuelve la mirada parece diez años mayor que la que vio en el espejo ayer. Su rostro está pálido y tiene círculos oscuros debajo de los ojos. Su cabello también está desordenado.

No tiene forma de llamar a Chris. Incluso si pudiera encontrar otro teléfono, no recuerda su número. Y recuperar su propio teléfono de Fred sería casi imposible.

Lo que significa que necesita encontrar una manera de salir de aquí. Incluso si pudiera abrir una de las ventanas sin que Fred se diera cuenta, no tendría a nadie que lo ayudara a distraer a los zombies.

¿Pero Fred está realmente infectado? ¿O Iver está reaccionando exageradamente?

Ese rasguño en la muñeca del viejo no se veía nada bien. De hecho, cuanto más lo piensa Iver, más seguro se siente de que no fue hecho por la chica. La forma en que la piel se había enrojecido y se estaba hinchando ligeramente alrededor del rasguño le decía que podría estar infectado.

Si está infectado, ¿cuánto tiempo le tomará morir? pregunta Iver a su imagen en el espejo. Probablemente no mucho. ¿Media hora? ¿Veinte minutos?

Las personas en el ferry se convirtieron en cuestión de momentos. Pero estaban mucho más gravemente heridas que sólo un rasguño, por lo que probablemente sería cuestión de minutos más que segundos antes de que Fred muriera y volviera a despertar. Pero tal vez...

Un golpe repentino en la puerta hace que Iver salte. —¡Jesucristo, qué pasa! —grita.

—¡Déjame entrar! —gruñe Fred desde el otro lado—. ¡Ahora!

—No he terminado aquí.

—¡Abre esa maldita puerta o disparo para entrar!

Iver tira de la cadena del inodoro y luego va a abrir la puerta. Apenas ha girado la llave cuando Fred entra de golpe, empujándolo a un lado.

—¡Hey!

Fred se dirige al inodoro, usando la escopeta como un bastón para apoyarse mientras se arrodilla y vomita en el retrete. Escupe y se limpia la boca con la manga. —Maldita sea. Sabía que no debería haber terminado ese cordero.

—¿Te sientes mal? —pregunta Iver, parado allí, notando su corazón latiendo justo debajo de su barbilla mientras mira a Fred intensamente.

Fred lo mira de reojo, como si hubiera olvidado que Iver estaba allí. Su rostro está rosado y el sudor se ve en su frente. —Sólo comí algo de carne en mal estado para la cena, eso es todo.

Iver puede oler el vómito y algo salado también. Es fiebre, se da cuenta. Fred está ardiendo.

—Oye, te ves un poco caliente. ¿Necesitas que te traiga algo? ¿Un vaso de agua?

Iver se dirige a salir, pero Fred voltea la escopeta hacia él. —Quédate aquí. No quiero perderte de vista.

Iver extiende los brazos. —¿Por qué? ¿Qué crees que haría?

—Dejarías entrar a esos malditos muertos aquí —dice Fred, eructando—. Los dejarías joderme sólo para salir de aquí y salvar tu propio trasero. No creas que no te tengo en la mira, chico.

—Estás loco —dice Iver.

Fred vuelve a eructar, luego agita el arma. —Cierra esa puerta. Ciérrala. Lanza la llave aquí.

Iver cierra la puerta lentamente. Pone la mano en la llave y está a punto de girarla. Pero algo le hace dudar. Una sensación repentina de que si cierra esa puerta, nunca podrá salir del baño. Desde afuera de la ventana, puede escuchar a los zombies golpeando el vidrio.

Fred comienza a jadear, pero lucha contra el vómito. —¿Qué estás... esperando? Lanza esa... maldita llave... aquí!

—No puedo cerrarla —dice Iver, escuchándose a sí mismo, mientras gira la llave—. Está atascada.

—¡Estás mintiendo! —grita Fred, luego gira la cabeza para vomitar más.

Iver decide arriesgarse.

Abre la puerta de golpe.

Fred se da cuenta y, girando la cabeza para vomitar en el suelo, dispara el arma que aún apunta en la dirección de Iver.

El sonido es como una bomba atómica estallando, erradicando inmediatamente la audición de Iver, la lluvia de balas está destrozando el armario justo sobre su cabeza, haciendo que pedazos de madera vuelen como confeti.

Iver sale corriendo de la puerta, agachándose aunque ya es demasiado tarde para hacerlo, cierra la puerta detrás de él y corre por el pasillo, volviendo hacia la cocina. No hay escondites obvios aquí, se da cuenta Iver mientras mira alrededor, jadeando.

Sus oídos todavía zumban, pero escucha a Fred rugiendo algo desde el pasillo, y cuando Iver gira, ve al viejo saliendo tambaleándose del baño, agitando el arma.

Iver corre hacia la sala de estar, cierra la puerta y vuelca la estantería más cercana. Aterrizo con un estruendo frente a la puerta, con libros volando por todas partes.

Iver se da la vuelta y mira alrededor de la habitación. Cada ventana está custodiada por al menos tres zombies, y no hay otras puertas.

La perilla comienza a moverse detrás de él, y Fred comienza a golpear la puerta.

—¡Déjame entrar, maldito mocoso! ¡Abre esa puerta o la volaré!

¡Mierda!

Iver mira alrededor de la sala de estar, tratando desesperadamente de convocar una última idea inteligente mientras los segundos pasan y Fred sigue gritando amenazas desde detrás de la puerta, pateándola y haciendo que la estantería tambalee.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

TREINTA Y CINCO

Han pasado unos veinte minutos desde que Dan escuchó partir el helicóptero.

Ahora, el paisaje ondulado está silencioso excepto por un pájaro tardío que canta de vez en cuando. La noche se vuelve más oscura a su alrededor, y sus sentidos se vuelven más sensibles. Sus ojos siguen escaneando adelante y sus oídos se agudizan ante cualquier sonido en los arbustos.

Así que capta de inmediato el sonido de pasos corriendo que se acercan rápidamente por detrás, y se da la vuelta, levantando la barra.

De la penumbra surge una gran bestia peluda que Dan toma por un lobo, y grita.

Justo cuando está a punto de correr por su vida, el animal se acerca lo suficiente para que Dan reconozca a Ozzy.

El pastor alemán corre hacia él, se sienta y comienza a ladrar. Está mirando a Dan, pero Dan tiene la sensación de que no le está ladrando a él.

Está llamando, se da cuenta Dan, todavía demasiado sorprendido al ver a Ozzy como para decir o hacer algo.

En unos minutos, escucha pasos acercándose. Entonces aparece William, trotando, jadeando. Lleva una mochila y sostiene el rifle. Cuando mira hacia arriba y ve a Dan, se detiene y apoya las manos en las rodillas, recuperando el aliento.

—Buen chico, Ozzy —jadea.

Ozzy deja de ladrar y comienza a lamer las manos de Dan con entusiasmo.

—Pensé que no vendrías —dice Dan tentativamente, temiendo que William le diga que realmente no viene, que sólo olvidó decirle o darle algo. Tal vez la mochila extra es para Dan. Tal vez William sólo se la arrojará y correrá de vuelta al helicóptero.

Pero William le lanza una mirada que Dan no puede malinterpretar. —No iba a venir. Pero no puedo dejar que te diviertas tú solo, ¿verdad?

Dan rompe en una sonrisa tan amplia que parece que le va a partir la cara por la mitad. Luego deja caer la barra de metal y se lanza sobre William, abrazándolo fuertemente.

—Hey, hey —dice William, dándole unas palmaditas incómodamente en el hombro—. Bajemos el tono de la hermandad, ¿ok?

Pero Dan no lo suelta, y después de unos segundos, William lo abraza de vuelta. Ozzy se desliza alrededor de ellos y gime felizmente.

—Está bien —dice William, finalmente rompiendo el abrazo—. Será mejor que nos pongamos en marcha, ¿no crees?

—Gracias —dice Dan, recogiendo la barra y secándose discretamente las lágrimas.

—No lo menciones.

Empiezan a caminar hacia el sur, Ozzy corriendo adelante y explorando, constantemente mirando alrededor y oliendo el aire.

—Él detectará el olor de cualquier muerto antes de que podamos verlos o escucharlos —dice William—. Es muy bueno con su nariz.

—Me alegra tenerlo —dice Dan.

—Sí, yo también. Gracias a Dios que esta cosa no parece afectar a los animales.

Caminan unos minutos en silencio.

—¿Qué fue lo que te hizo venir? —pregunta Dan.

William se encoge de hombros. —Ya me has metido en problemas en el pasado. Pensé en hacerte un último favor.

Dan sonríe. —No, en serio. ¿Me crees? ¿Crees que podemos hacer algo?

William no lo mira de inmediato. —Digamos que quiero creerte.

Dan asiente. —Supongo que es todo lo que puedo pedir.

Es una tontería, realmente, pero Dan no puede evitar sentir que la noche se ha vuelto un poco menos oscura ahora que William camina junto a él.

—Entonces —dice William después de otro momento de silencio mientras caminan—. ¿Cuál es el plan del juego aquí? No tenemos mapa. No tenemos vehículo y no tenemos forma de cruzar el agua. ¿Cómo planeas regresar a Dinamarca?

—No lo sé —dice Dan honestamente—. Pensé que por ahora simplemente seguiría la costa. De esa manera al menos podemos estar seguros de que nos dirigimos al sur. Y una vez que lleguemos a una ciudad, tal vez podamos robar un barco.

—¿Por qué no? Ya robamos un helicóptero. ¿Sabes cómo navegar un barco?

—Lo intenté una vez, en unas vacaciones.

—¿Y si no hay barcos? ¿Y si la gente ya tomó todos los barcos para navegar lejos de aquí?

—No lo sé —dice Dan de nuevo—. Supongo que sólo tendremos que tomarlo paso a paso. ¿No crees?

William mira hacia sus pies, como si tomara la pregunta literalmente, luego le sonríe a Dan. — Supongo que eso es tan buen plan como cualquier otro. ¿Tienes el anillo?

—¿Qué?

—Perdón, mala broma.

—Oh. —Dan sonríe—. El Señor de los Anillos, ¿verdad?

—Sí. Me encanta esa película. No me digas que no la viste.

—La vi.

—Bien. ¿Te gustó?

Dan se encoge de hombros. —Estuvo bien, supongo.

—¿Bien, supongo? Dios, hombre, ¡es la mejor película jamás hecha!

—Pensé que esa era El Padrino.

—Esa también es buena.

—Esa no la vi —admite Dan.

William suspira profundamente. —Eres un caso perdido. ¿Qué has visto entonces?

Dan se encoge de hombros. —No vi muchas películas, realmente. Me gustan más los libros.

—Me lo imaginaba —dice William—. ¿Cuál es tu libro favorito de todos los tiempos?

Dan piensa por un momento. —Apocalipsis, creo.

—¿De qué trata?

—El fin del mundo.

—Oh. Muy relevante. ¿Zombies?

—No, era una gripe. La gente simplemente moría. No volvían.

—Eso sería preferible. ¿Cómo terminó?

—Bien, supongo.

—¿Encontraron una cura?

—No, pero... había esperanza. Comenzaron a construir una sociedad nueva y mejor. Recuerdo sentirme alentado cuando terminé de leer el libro.

William respira profundamente. —Supongo que eso no es algo malo. Terminar con un poco de esperanza.

Dan lo mira y sonríe de nuevo. —Supongo que s .

TREINTA Y SEIS

Dennis abre la trampilla con cuidado y asoma la cabeza en el huerto.

Ahora está oscuro, excepto por la luz de la luna que ilumina todo, haciendo que las plantas se vean plateadas.

—Grrrraaaaahh...

Dennis gira la cabeza rápidamente, casi dejando caer la trampilla sobre su propia cabeza. Mira a la pareja al otro lado de la cerca. Es un hombre con uniforme de policía y una mujer asiática con la mayor parte de su cabello arrancado. Están agarrando la cerca de metal, tratando de romperla, de morderla, pero no funciona.

Dennis pensó que estaba preparado para verlos de cerca, pero es muy diferente a cuando los observaba en el monitor en el búnker hace un minuto.

—Está bien —se dice a sí mismo—. Puedes hacerlo.

Aparta la vista de la pareja muerta y abre la trampilla por completo para poder subir. El olor de los tomates es casi lo suficientemente fuerte como para cancelar el olor a sangre, carne e infección de las personas muertas.

Dennis cierra la trampilla con cuidado, luego se endereza y mira el arma en su mano.

Es mucho más pesada de lo que parece en las películas. También es muy fría.

Es un Glock; no lo dice en ningún lugar del rifle, pero Dennis está bastante seguro. Pasó veinte minutos buscando imágenes de armas en Google y encontró una que coincidía, lo que le dijo el nombre y las especificaciones del arma que ahora sostiene.

Luego encontró un video en YouTube que le enseñó cómo poner balas en el arma. Y cómo dispararla. El tipo le dijo repetidamente que no mantuviera el arma cargada antes de que realmente necesitara dispararla y que nunca apuntara a nada que no tuviera la intención de matar o destruir.

Dennis mira a las personas muertas y traga grueso.

Han estado allí la mayor parte del día. Al otro lado de la casa hay más, pero estos dos parecen preferir este lado, donde está el huerto.

Dennis sabe que vendrán muchos más.

Está bien. No pueden entrar a la casa.

Pero aun así, necesita practicar, necesita aprender. Necesita poder matarlos.

Las cosas no parecen volver a la normalidad en el corto plazo. De hecho, siguen diciendo en la televisión que los muertos están tomando país tras país. Mostraron un mapa de lapso de tiempo de Europa durante los últimos cinco días, y Dennis sintió escalofríos recorriendo su columna, mientras veía la animación tragarse todos los países alrededor de Dinamarca. El reportero de noticias dijo con voz grave que si las cosas continuaban así, para mañana, la mayor parte de Europa estaría infectada.

Entonces, Dennis necesita prepararse. Probablemente tendrá que disparar un arma tarde o temprano. Ya sea para protegerse a sí mismo o a mamá.

Silas tenía razón cuando le dijo que tenía que crecer y hacerse fuerte; Dennis no está exactamente seguro a qué se refiere con "fuerte", pero entiende la idea.

Dennis mete la mano en su bolsillo y saca las balas. Brillan a la luz de la luna. Se toma su tiempo para cargarlas en el cargador del arma una a una, ignorando los gemidos y quejidos de la pareja muerta y el ruido de la cerca.

Fue sorprendentemente fácil escabullirse. Mamá ni siquiera notó que se fue de la habitación del búnker. Si tiene suerte, tal vez ni siquiera escuche el disparo.

Dennis carga la pistola y la sostiene como practicó en el búnker: brazo recto, agarre firme, cañón apuntando hacia abajo.

Luego respira hondo para calmarse y mira nuevamente a la pareja muerta.

¿Cuál?

Dennis no tiene una buena manera de decidir, así que simplemente susurra un "tin marín de do pingüe".

Termina el último "pingüe" en el tipo.

Está bien. Va a ser él.

Dennis da un paso más hacia la cerca. No es fácil hacer que sus pies cooperen; sólo estar aquí, en medio de la noche, fuera del búnker, solo, justo frente a dos personas muertas vivientes, debería ser suficiente para que Dennis se orine en los pantalones.

No quiere nada más que correr de vuelta al búnker, guardar la pistola en el armario de metal y volver a la cama.

Podría hacerlo. Podría cancelar todo. Abortar la misión. Mamá nunca tendría que saber en qué había estado.

«No», piensa Dennis para sí mismo, apretando la mandíbula. «No, necesito crecer y ser fuerte».

La gente viene a este lugar. Gente en la que podría o no confiar. Y si resulta que no puede, quiere estar listo para defenderse a sí mismo y a mamá.

Entonces, da un paso más hacia adelante, dejando sólo alrededor de metro y medio entre él y la cerca.

El tipo muerto y la mujer muerta comienzan a rasgar la cerca con más entusiasmo, gimiendo de hambre, tratando desesperadamente de apretarse y llegar hasta él.

Dennis siente que sus piernas comienzan a doblarse y hace un esfuerzo para tensar los músculos de sus muslos, manteniéndose firme.

Luego levanta el brazo a la altura de los ojos, manteniéndolo recto todo el tiempo, colocando su otra palma en sus nudillos, que están blancos de agarrar el mango del arma.

—Respira, apunta —recita, cerrando un ojo—. Concéntrate en la mira, deja que el objetivo se desenfoque.

No tener que mirar directamente a la cara del tipo en realidad hace que sea un poco más fácil, descubre Dennis, mientras mira fijamente la pequeña protuberancia en el extremo de la pistola.

—Respira, aprieta el gatillo.

Dennis exhala, pero su dedo no sigue con la última parte.

—Respira, aprieta el gatillo —susurra Dennis nuevamente.

Aún así, no hay reacción de su dedo. Es como si de repente no tuviera dominio de su propia voluntad, y se negara a cumplir la orden.

—Hazlo —se insta Dennis a sí mismo—. Aprieta el gatillo. ¡Apriétalo!

Nada pasa. Excepto que sus brazos comienzan a temblar. El tipo se mueve un poco de un lado a otro, y Dennis tiene que mover el arma junto con él.

—Sólo hazlo —croá—. Tienes que crecer y ser fuerte. Hazlo. Aprieta el gatillo, maldita sea. Luego, sintiendo una rabia repentina, grita: —¡Aprieta el maldito gatillo, imbécil!

el arma retrocede con fuerza cuando el disparo resuena en la noche. El retroceso no es tan fuerte como el del rifle, pero aún lo suficientemente fuerte como para que Dennis casi se golpee la cara.

Baja la pistola y mira al tipo.

Su ojo derecho ha desaparecido, junto con un gran trozo de su sien. Abre y cierra la boca un par de veces, luego se desploma.

Dennis lo observa caer.

—Lo hice... lo hice...

Apenas puede escuchar su propia voz por el zumbido en sus oídos. Una mezcla de emoción salvaje sube a su pecho. Para asombro de Dennis, el temor de ver al tipo al que acaba de disparar se ahoga en la euforia de haber podido hacerlo.

Sin pensar, vuelve a levantar la pistola y apunta a la mujer.

—Respira, apunta. Respira, aprieta el gatillo.

Es mucho más fácil esta vez.

Y está preparado para el retroceso, también, por lo que la pistola sólo apunta brevemente al cielo antes de volver a bajar.

Logra arrancar la oreja de la mujer, sin embargo.

—Maldición —murmura Dennis, apuntando de nuevo.

Mientras pasa por el ritual por tercera vez, se sorprende al descubrir que siente poca resistencia en su cuerpo. Impulsado por la emoción de quizás la mayor victoria que Dennis ha tenido en su vida, siente algo que debe ser confianza fluyendo por su sangre, y dispara la pistola de nuevo, esta vez golpeando a la mujer directamente en la frente, enviándola de espaldas donde permanece absolutamente inmóvil.

Dennis baja la pistola y mira los dos cuerpos muertos al otro lado de la cerca. Exhala temblorosamente y se da cuenta de que está temblando por completo. Pero no es miedo, al menos no todo.

—¡Dennis!

Gira rápidamente, casi levantando la pistola como un reflejo, pero logra detenerse en el último instante cuando ve a mamá mirándolo desde la trampilla abierta, con los ojos grandes y abiertos, alternando entre él y los cadáveres.

—¿Qué diablos está pasando? —Ve la pistola en su mano y su boca se abre—. ¿Fuiste tú? ¿Acabas de... disparar eso?

—Sí —dice Dennis, sorprendido de lo calmada que suena su voz a pesar de que todo dentro de él está en caos—. Los maté, mamá.

Ella sube completamente, sin quitarle los ojos de encima. —Pero... ¿por qué?

—Estoy practicando. Necesito aprender a protegernos.

Mamá sacude la cabeza. —No necesitas hacer eso. Me aseguraré...

—No puedes protegerme para siempre, mamá. —Dennis está más que sorprendido al escucharse interrumpir a mamá de esta manera, y a juzgar por el rostro de mamá, ella también está sorprendida—. El mundo se está yendo al infierno —continúa—. Y necesito crecer y ser fuerte si voy a sobrevivir.

El rostro de mamá pasa por una gama de emociones, antes de asentarse en la sospecha. —Ese lenguaje... ¿quién te dijo todo eso?

—Nadie —dice Dennis, encogiéndose de hombros. No puede creer lo fácilmente que salió la mentira. Podría haber dicho "Silas" con la misma facilidad, pero por alguna razón, no quiere que mamá lo sepa. Lo que pasó entre él y Silas aquí en el huerto parece algo extrañamente íntimo. ¿Cómo lo llamó Silas? Un “rito de paso a la hombría”.

—Me estás mintiendo, Dennis —dice mamá, sus ojos se estrechan mientras se acerca—. ¿Con quién has estado hablando?

—Nadie —dice Dennis nuevamente, aún más firme—. Sólo vi un video de YouTube sobre cómo usar esto.

Levanta el arma para que mamá la vea, asegurándose de que el cañón apunte hacia abajo y su dedo esté fuera del gatillo.

Mamá extiende la mano para tomar la pistola, pero Dennis la retira instintivamente antes de que pueda siquiera pensarlo.

La mano de mamá se detiene en el aire mientras lo mira en silencio.

Lentamente, su rostro cambia. —Dame la pistola, Dennis —dice suavemente.

—¿Por qué? —pregunta Dennis.

Apenas se reconoce a sí mismo.

—¿Por qué? —repite mamá, levantando una ceja—. Porque yo lo digo.

Dennis lo considera por un momento. Su corazón late con fuerza en su garganta, incluso más fuerte que antes.

—Prefiero conservarla —dice—. Si te parece bien, mamá. —Rápidamente agrega—: Tendré cuidado, por supuesto. Sé cómo manejarla.

Suena como alguien que ha estado familiarizado con las pistolas toda su vida, cuando en realidad apenas la ha disparado por primera vez, y apenas ha tenido tiempo de procesar algo. Sin embargo, siente una extraña sensación de poder, relacionada con la pistola.

Hizo que esas dos personas muertas horribles murieran de verdad.

Eliminó la amenaza.

Parte de él espera que mamá reaccione con furia. Que le grite. Incluso está preparado para que lo abofetee.

Pero ella simplemente dice en un tono distante: —No me siento segura cerca de las armas de fuego.

—Bueno, yo sí —dice Dennis—. Y creo que ambos estaríamos más seguros si la mantengo cerca de mí. —Con mamá todavía sin parecer convencida, Dennis continúa—: Ya es hora de que crezca, mamá. Ya no soy un niño pequeño. Soy un hombre ahora.

Mamá lo mira durante mucho tiempo. Dennis literalmente puede sentir el rocío asentarse en su piel. Puede escuchar la brisa susurrar a través de las plantas. Comienza a sentir un poco de frío.

Finalmente, mamá habla: —¿YouTube, eh?

Dennis sonríe. —Sí.

Ella asiente una vez, sin parecer convencida en absoluto. Luego dice: —Está bien, puedes quedártela. Pero avísame la próxima vez que salgas en medio de la noche a practicar.

—Lo haré, mamá. Lo siento si te asusté.

—Vamos —le hace un gesto—. Vamos a volver adentro.

Dennis sigue a mamá por la escalera, y se asegura de cerrar con llave la trampa después de ellos.

Mientras caminan por el túnel subterráneo, Dennis siente el peso de la pistola en su mano muy intensamente. Se siente maravilloso. Se siente casi como un amigo.

Y nota que mamá no camina delante de él, sino a su lado. Se da cuenta de que su paso es más rápido de lo habitual, sus pasos son más largos. Mamá no dice nada, pero Dennis puede sentir que ella necesita caminar rápido para mantenerse a su lado, y lo está mirando por el rabillo del ojo.

Dennis respira profundamente mientras sigue caminando.

El mundo podría estarse yendo al infierno como dijo Silas. Al menos está cambiando. Convirtiéndose en algo nuevo. Y probablemente nunca será igual.

Tampoco lo será Dennis.

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 7 en **nick-clausen.com/dia7**

O, si aún no lo has hecho, puedes obtener la precuela gratuita, *Día 0*.

Te contaremos todo sobre cómo empezó todo esto.

Sólo disponible en **nick-clausen.com/dia0**